160

LOS INCAS.

TOMO II.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
Research Library, The Getty Research Institute

http://www.archive.org/details/losincasladestru02marm

Huascar, cargado de prisiones, compareció ante Atalíba. Ve, le dijo aquel padre afligido, ve, cruel, lo que me cuestas. Pag. 8.

LOS INCAS ó la Destruccion DEL IMPERIO DEL PERÚ

POR Marmontel

TOMO II.

Barcelona
LIBRERÍA
de Juan Oliveres y Gavarro.
1837.

LOS INCAS,

ó

LA DESTRUCCION

DEL IMPERIO DEL PERU

POR MARMONTEL.

EDICION HECHA CON EL MAYOR ESMERO Y CORRECCION, Á VISTA DE LA PUBLICADA EN PARIS

P. D. F. DE C.

Antiguo oficial-general, autor del Diario erudito de Lima, del Telégrafo de Buenos-Aires, y de la Gramática Sinóptica; director principal de la nueva oficina de interpretacion general de lenguas, etc.

ÚLTIMA EDICION.

TOMO II.

BARCELONA,

IMPRENTA DE JUAN OLIVERES,

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 25.

1837.

LOS INCAS.

CAPÍTULO XXVI.

HABIENDO AMAGOS DE GUERRA CIVIL EN EL REINO DE LOS INCAS, SOLICITA ATALIBA LA MEDIACION DE ALONSO DE MOLINA PARA CONSEGUIR DE SU HERMANO QUE LE DEJE EN PAZ. CON ESTE MOTIVO LE REFIERE DESDE UN PRINCIPIO LA HISTORIA DE LA FUNDACION DEL REINO, DEL ACRECENTAMIENTO DE SU PODER Y RIQUEZAS, Y DE COMO FUÉ DIVIDIDO ENTRE LOS DOS INCAS POR EL REY SU PADRE.

Como el monarca de Quito continuase triste y melancólico, se valió Alonso de la confianza con que le honraba para cerciorarse del motivo de sus disgustos, y, á este fin, fué á visitarle, y le dijo: — Inca, yo he llegado á entender que el peligro que te amenaza, y del que yo he deseado preservarte, te hace una viva impresion de dolor.

— Tu alivias mi dolor, respondióle el Inca, pues tomas parte en él; yo no habia querido instruirte de mi tristeza; mas considero que me es forzoso abrir mi corazon á un amigo. Sábete, pues, que se trata nada menos que de mis derechos al trono que ocupo, del cual el Inca, rey del Cuzco, se obstina en querer

despojarme. Yo necesitaré para con él de un ministro ilustrado y un habil medianero, y me parece que nadie puede serlo mejor que tú. ¿Quieres aceptar este encargo? — Con gusto, respondió Alonso, con tal que tu causa sea justa. — Ella es justísima, y yo quiero que la juzgues por ti mismo.

« En otro tiempo, este inmenso pais era habitado por pueblos sin leyes, sin disciplina y sin costumbres. Vagaban por las selvas, y vivian de sus rapiñas ó de las frutas que la naturaleza parecia facilitarles por pura compasion. Su caza no era otra que una guerra que el hombre hacia al hombre mismo; los vencidos servían de pasto á los vencedores; ni aun aguardaban estos que el enemigo herido hubiese exalado su último aliento para beberse la sangre de sus venas (1), descuartizándole vivo. Ellos hacian cautivos, y los engordaban para sus abominables festines. Si tenian mugeres, les permitian juntarse con ellas, ó bien las fecundizaban ellos mismos, para devorar luego á sus propios hijos.

« Algunos de ellos, movidos por el instinto del reconocimiento, adoraban en la naturaleza á cuanto les hacian bien, como á las sierras madres de los rios, á los rios mismos, á las fuentes que regaban y fertilizaban sus praderas, á los árboles que les producian leña para sus fuegos; á los animales mansos y tímidos cuya carne les servia de alimento; y á la mar abundante en pescados, á quien llamaban su *mama cocha* (2); el culto del terror era el del mayor número.

« Habíanse hecho dioses de cuanto el mundo produce de mas feo y espantoso; pues parece que el hombre

(1) *Véase Garcilaso, libro I, capit. II.*
(2) *Mama cocha*, mère-mer, *madre mar.*

toma placer en espantarse. Ellos adoraban al tigre, al leon, al buitre, á los culebrones, á los elementos, las borrascas, los vientos, los rayos, las cavernas, los precipicios; prosternábanse ante los torrentes, cuyo ruido les infundia pavor; ante las selvas tenebrosas, al pie de aquellos volcanes terribles que vomitaban sobre ellos torbellinos de llamas y de betunes.

«Habiendo asi imaginado unos dioses tan crueles y sanguinarios, fué preciso tambien rendirles un culto bárbaro como ellos. Algunos creian agradarles, atravesándose el pecho, ó despedazándose las entrañas; otros, mas furibundos, arrebataban á los niños del seno de sus madres, y les degollaban sobre el altar de esos dioses sedientos de sangre. Cuanto mas se estremecia la naturaleza, mas debia la divinidad regocijarse, viendo inmolarla los objetos mas queridos (1).

«Aquel cuyos rayos animan la naturaleza vió y se lastimó de tales estravios. No es de admirar, dijo, que unos hombres insensatos sean malos. Así pues, en vez de castigarlos; enviémosles la verdad, esa luz, y ellos irán á su encuentro. Tan fácil me es el ilustrar su entendimiento como el comunicar luz á sus ojos.

«En cuanto dijo esto envió á estos climas dos de sus queridos hijos, el sabio y virtuoso Manco, y la hermosa Oella su hermana y su esposa (2).

«Tú verás, mi querido Alonso, el lugar célebre y reverenciado donde bajaron los hijos del Sol (3). Altivos se juntaron los salvages, que se hallaban espar-

---

(1) *Véase Garcilaso, lib. I, cap. II.*

(2) *Vease Garcilaso lib. I, cap. XV.*

(3) *Al borde de una laguna situada á una legua del Cuzco, donde los Incas habian edificado un templo magnifico, consagrado al Sol.*

dos por aquellas selvas. Manco enseñó á los hombres á labrar la tierra, á sembrarla, y á dirigir el curso de las aguas para regarla; Oella enseñó á las mugeres á hilar, á teger la lana, á vestirse con estos tegidos, á cuidar de las cosas domésticas, á servir con un zelo tierno á sus esposos, y criar á sus hijos.

«Ademas de estas artes, aquellos fundadores les dieron leyes. El culto del Sol, su padre, este culto inspirado por el amor, apoyado por el reconocimiento, y que jamas costó una lágrima á la naturaleza, ni hizo murmurar la razon: he aqui la primera de estas leyes, y el alma de todas las demas.

«El hombre, al ver tan cerca de él unos bienes de que ni aun siquiera tenia la mas leve idea, cuales eran los de la abundancia, la seguridad y la paz, creyó recibir un nuevo ser. Satisfechas sus necesidades, disipados sus terrores, el placer de adorar á un dios propicio y benéfico, el deber de ser justo y bueno en imitacion suya, la facilidad de ser feliz, la mútua benevolencia y, en fin, el encanto de una sociedad inocente y apacible, cautivó todos los corazones. Avergonzados de haber sido ciegos y bárbaros, estos pueblos se dejaron domesticar sin trabajo y colocar bajo de dulces leyes. Cuzco fué fundado por sus manos, y cien villas se establecieron en su contorno (1). El venerable Manco, antes de ir á reposarse en el seno del Sol, su padre, vió prosperar el imperio que él mismo habia fundado.

«Sucedióle su hijo primogénito (2), y, á su ejem-

---

(1) *Trece al oriente, treinta al occidente, veinte al norte, y cuarenta al mediodia.*

(2) Sinchi Roca, 2° *rey, y quien conquistó veinte leguas á la parte del mediodia.*

plo, usando de los medios de suavidad, de persuacion y beneficencia, dilató los límites de este dichoso imperio.

« El hijo de este hizo respetar sus armas (1); mas no las empleó sino en hacer á sus vecinos mas dóciles, sin manchar sus manos con sangre.

« Su sucesor (2) fué menos feliz, porque los pueblos que queria ganar le obligaron á combatirlos 3), la primera accion fué sangrienta, mas el vencedor se hizo perdonar la victoria por sus virtudes. Su valor enseñó á temerle, y su clemencia á amarle.

« El hijo mayor de este héroe (4) hizo conquistas aun mas extensas, sin que costasen ni lágrimas ni sangre á los pueblos que sometió á su obediencia. Su vuelta al Cuzco fué el triunfo mas completo y glorioso, pues que entró conducido por reyes.

---

(1) Loque Yupangue, 3° *rey, y quien conquistó cuarenta leguas de norte á sur, y veinte de poniente á levante.*

(2) Maieta Capac, 4° *rey, y quien conquistó* 90 *leguas en el pais llamado* Cunti suyu.

(3) *El de* Guyaviri, *situado al mediodia, quien sitió por la montaña; el de* Colla, *á quien combatió en el paso de un rio; los de* Aton Puna, *y los de* Villili y Dallia, *situados al poniente.*

(4) Capac Yupangue, 5° *rey, y quien extendió sus conquistas por la parte del poniente hasta el borde de la mar; por la del mediodia hasta Tatira; al oriente del pais de los Charcas, hasta la falda de la montaña, llamada Antis, y despues Cordillera real de los Andes; y á la del norte, hasta la provincia de Chinca, hoy Chincha.*

« Los Incas que le sucedieron (1), se vieron obligados algunas veces, para domar pueblos feroces, á sitiarles en sus retiros, á arrojarles fuera de ellos, y á hacer que tomasen consejo de la misma necesidad; pero nuestras armas les aguardaban, y nunca les provocaban. Teníase por máxima abandonarles, mas bien que destruirles, si se obstinasen en vivir independientes é infelices. Siempre se comenzaba por anunciarles la paz bajo de condiciones alagüeñas; pues que la única cosa que exigia de los rebeldes era que consintiesen en gustar los bienes que les ofrecia (2). En efecto, el gran proyecto de los Incas, fué el de hacer que los pueblos fuesen felices. Un culto puro, leyes sabias, conocimientos y artes útiles, estos eran los frutos de la victoria, y ellos los dejaban gozar á los vencidos. Tal fué, en once reinados, su ambicion y su gloria, y tan loable el premio que consiguieron.

« Sin embargo, cuanto mas se ensanchaban los límites de este imperio, mas dificil era el guardarlos. Durante diez reinados no habia visto sino una revolucion. Mi padre, el mas justo y dulce de los reyes,

---

(1) Roca, 6° *rey, llamado Llora sangre;* Viracocha, 7° *rey;* Pachacutec, 8° *rey;* Vupangue 9° *rey;* Tupac-yupangue, 10° *rey;* Huaina Capac, *padre de los dos Incas reinantes.*

(2) *Cuando estaban sitiados por las montañas, carecian de subsistencias; y si encontraban los sitiadores algunas de las mugeres é hijos de los sitiados, tan ostigados del hambre que, como bestias salvages, se apacentaban en los vallejos, los regalaban bien, y los hacian retornar con sus familias, cargados de víveres, ofreciéndoles la paz y la amistad.*

vió tres, la una hácia el norte, y las otras al mediodia. Las estremidades remotas no estaban ya bajo los ojos del monarca. Por la parte del oriente servia de límites la alta barrera de los Andes; tocábase al mar por la del occidente; el norte y mediodia nos quedaban aun que penetrar por desiertos dilatados; en fin, el plan de nuestras conquistas abrazaba todo este continente. Era pues necesaria una particion de terreno entre los hijos del Sol.

« Luego que mi padre hubo conquistado esta vasta y rica provincia, creyó que ya era tiempo de efectuarla. El se habia casado con dos mugeres: una de ellas era Ocello, su hermana, y la otra Zulma, de la sangre de los reyes (1). Huascar es el primogénito de los hijos de Ocello, y posee el Cuzco, ciudad del Sol é imperio de nuestros antepasados. Yo soy el mayor de los hijos de Zulma; y la provincia de Quito, fruto de las hazañas de mi padre, es la herencia que me dejó.

« ¿Ha podido, mi padre, disponer de un bien que era suyo propio, ganado por su valor? Hé aquí lo que causa, entre mi hermano y yo, unas contestaciones que serán sangrientas, si me obliga á tomar las armas.

« Mi hermano es altivo y soberbio. Su orgullo frio nunca se ha sugetado á nadie. En desprecio de la voluntad y memoria de un padre virtuoso, exige de mí que yo descienda del trono, y me constituya su vasallo. Bien conoces que yo no puedo resolverme á ello. Yo amo á mi hermano, y encuentro horrible el ver que su odio me persigue; me es dolorosí-

---

(1) *Caciques, reyes de Quito, antes de la conquista de este pais.*

simo el pensar que su pueblo y el mio van á ser enemigos uno de otro, y que una guerra doméstica, entre los Incas, va á entregarles á un opresor estrangero. Pero este cetro, esta diadema, que son presentes de mi padre, ¿podré dejar que me los roben? No hay cosa alguna que á título de igual, de aliado, de hermano y de amigo, no pueda Huascar obtener de mi. Si quiere extender sus conquistas mas allá de las riberas del Mauli (1), ó sobre el rio de las culebras 2), yo le ayudaré en su empresa. Si aun le quedan por domar algunos rebeldes en las valles de Nasca ó de Pisco, yo cooperaré tambien á sujetarlos; de forma que sus enemigos serán los mios. ¿Mas porque pedir mi vergüenza? ¿porque querer deshonrar su propia sangre? Las lágrimas que ves correr de mis ojos, te son garantes de mi franqueza. Yo anhelo la paz: soy sensible, pero violento, y, sobre todo, me temo á mi mismo. Tú, querido Alonso, eres quien puedes salvarnos de los males con que nos amaga la discordia. Anda, vé á presentarte á mi hermano en el Cuzco. La humanidad reside en tu corazon, y la verdad en tus lábios. Tu candor, tu rectitud, el ascendiente natural de tu razon sobre nuestros ánimos, y, en fin, el encanto maravilloso de tus palabras, le moverá acaso, y nos preservará de horribles calamidades. No temas el manifestarle con demasiada viveza el horror que me causa la guerra civil, como tampoco el asegurarle que yo jamás abandonaré mis derechos. Mi padre, al morir, me dejó en un trono erigido y afianzado por él mismo: no consentiré que me saquen de él, sino es hecho pedazos.

---

(1) *Rio en el reino de Chile.*

(2) *Amarymayu, que hoy se conoce por Rio de la Plata.*

Alonso sintió la importancia y las dificultades de semejante mediacion; mas no tuvo reparo en consentir, y todo fué al instante preparado para dar á su embajada un esplendor que fuese digno de la magestad de ambos reyes.

CAPÍTULO XXVII.

EN UN SACRIFICIO HECHO AL SOL POR EL FELIZ ÉXITO DE LA EMBAJADA, ALONSO VE Á CORA, UNA DE LAS VÍRGENES SAGRADAS; SE PRENDA DE ELLA Y ES CORRESPONDIDO.

Antes de la partida de Alonso, el Inca, para emprender la obra de la paz bajo de favorables auspicios, hizo un sacrificio al Sol. Asistieron á él los mejicanos, y el mismo Alonso, sin tener parte en él, creyó poder ser testigo sin escrúpulo.

Las vírgenes del Sol, admitidas en su templo, servian al pontífice en el altar. El pan del sacrificio lo recibia de sus manos, y despues del ofertorio, una de ellas lo presentaba á los Incas (1).

Quiso el destino de Cora que en este dia solemne fuese ella quien ejerciese este funesto ministerio.

Alonso, por un favor particular del monarca, estaba colocado junto á él. Adelántase la sacerdotisa

(1) *Este pan estaba hecho con la flor de la harina del panigo, llamado cancu, y posteriormente maiz.*

con un velo sobre su cabeza, y las sienes coronadas de flores. Sus ojos miraban hácia la tierra, pero sus hermosos párpados dejan salir de ellos algunos rayos de luz chispeando. Sus manos de alabastro estaban trémulas, sus lábios palpitantes, y su pecho vivamente agitado; todo en ella manifestaba la expresion de un corazon sufriente. Feliz aun, si sus ojos tímidos no hubieran levantado la vista sobre Alonso. Perdióla una sola mirada, cuya imprudencia la dió á conocer el mas formidable enemigo de su reposo y candor. Aquel cuya gracia, cuya hermosura, entre los feroces antropófagos, habia suavizado corazones sanguinarios, ¡que encanto no era capaz de producir en el corazon puro de una virgen tierna, inocente y hecha para amar! Este sentimiento, cuyo peligroso gérmen puso la naturaleza en su seno, se desenvolvió de repente.

En el arrebato que le causó la vista de este mortal cuya vestidura daba aun mayor realce á su belleza, la faltó poco para dejar caer de sus manos el canasto de oro que contenia la ofrenda. Ella perdió el color de su hermoso rostro, y de repente su corazon suspendió y redobló sus latidos. Acometióla un gran frio, al cual se siguió al instante un fuego ardiente que se derramó por sus venas, y sus rodillas trémulas apenas la permitian sostenerse.

Alonso, presente á su espíritu, parecia estarlo tambien á sus ojos; de forma que, cortada y confusa de su enagenamiento, echa una mirada suplicante hácia la imágen del Sol; mas aun en él cree ver el semblante de Alonso. ¡O Dios! exclamó, ¿que delirio es este? ¡Que turbacion ha causado á mis sentidos ese jóven estrangero, pues que ya no me conozco á mi misma!

Ofrecido el sacrificio y los votos, retírase el Inca, seguido de su corte; las sacerdotisas salen del templo, y vuelven al asilo inviolable y santo que las oculta á los ojos de los mortales.

Desde este momento, aquel retiro, en que Cora vivia contenta, se convirtió en una prision triste y funesta. Ella sintió todo el peso de sus cadenas, y ya su corazon no anheló sino por un desierto y por la libertad, esto es, por un desierto en el que estuviese con Alonso; pues que jamas dejaba de verle, oirle, hablarle y quejarse á él, como si le tuviese presente. —¡Qué! nunca, se decia á sí misma, ¡nunca la ilusion que yo me hago será mas que una ilusion! ¡Ah! para qué te he visto, encanto único de mi pensamiento, si estoy condenada á no volverte á ver? ¡Ay! á lo menos, antes de que yo espire, ven, mortal adorado, ven, y verás que estrago ha causado tu sola vista en un débil corazon: verás, y te compadecerás de tu víctima. ¿En donde estás? ¿Te dignas de pensar en mí, que me abraso, que me muero de deseo, y sin esperanza de volver á verte? ¡Ay! ¡que desgracia es la mia! Yo siento que una fuerza irresistible me arrastra hácia á él; sin cesar mi alma se sale de estos muros para buscarle; en mis vigilias, como en mi sueño, él solo ocupa mi espíritu; yo daria mi vida porque uno solo de mis sueños llegase á realizarse siquiera por un momento, y hé aquí, que aun este momento se ha negado á mi triste vida. ¡O Dios benéfico! ¿eres tú el que tomas placer en tiranizar, en despedazar así á un corazon sensible? ¿sabes tú si el mio daba su adhesion al juramento que te hacia mi boca? Un poder absoluto me le hizo pronunciar, pero la naturaleza, por un grito que debió elevarse hasta tí, reclamaba en el mismo instante contra una injusta violencia. No es perjuro mi corazon, pues que él nada te ha prometido. Vuélveme, pues á mí misma. Pero. ¿soy yo digna de tí? Demasiado inocente, demasiado frágil, un solo momento, una sola mirada ha turbado mi alma: despavorida, fuera de mí ya, yo no ejerzo imperio

alguno sobre mi razon, ni sobre mi sentido. — A estas palabras, prosternada, y no osando ya mirar la luz del Dios á quien creia haber sido infiel, cúbrese el rostro con su velo empapado en lágrimas. Mas pronto se le presenta la imágen de Alonso, y este pensamiento triste de *no le volveré á ver*, viniendo á ofrecérsele de nuevo, la hacia manifestar su dolor. O padre mio, ¿que habeis hecho? ¿que os he hecho yo misma? ¿porque separarme de vos? ¿porque sepultarme viva? ¡Ay! yo tenia por vos una veneracion tan tierna! Yo os hubiera servido con todo zelo y amor. O padre mio, yo hubiera sido á vuestro lado el dulce consuelo de vuestra apacible vejez, y compartiendo con mi esposo el deber de criar á vuestra vista mis hijos.... Mis hijos, ¡ay! ¡no, nunca seré yo madre, nunca este nombre querido y sagrado hará saltar mi corazon de alegria! Este corazon es muerto á los sentimientos mas tiernos de la naturaleza, sí, sus inclinaciones las mas dulces, sus placeres los mas puros me están ya prohibidos para siempre.

Aquel relámpago veloz y terrible, que abrasa á la vez dos corazones hechos el uno para el otro, ha herido al jóven español en el mismo instante que á la jóven india. Atónito al ver tantos hechizos, conmovido, turbado hasta la embriaguez, con una sola mirada que ella le habia dirigido, no la perdió de vista hasta lo interior del templo; de forma que hasta el Dios mismo tuvo zelos de ver adorar á Cora.

Taciturno, inquieto, impaciente, vuelve al alcazar regio: todo le aflige y le molesta. Quiere recobrar su razon, reprehéndese de una pasion loca, condénala, sonrójase de ella, procura alejarla de su alma: ¡vanos remordimientos! ¡esfuerzos inútiles! La reflexion misma mete mas adentro en su corazon la flecha que quisiera arrancar de él. Una sola mirada de la sa-

cerdotion ha derramado en el fondo de su alma el dulce veneno de la esperanza. Votos indisolubles, estrecha esclavitud, una guardia incorruptible y vigilante una prision austera: todo esto vé, y espera aun.... Le es imposible el poseer á Cora, mas no el haber sabido agradarla; y si ella me amase, decia, si ella supiese como yo la adoro, si nuestros dos corazones, á lo menos, por una reciprocidad de sentimientos, pudieran entenderse, ¡ah! esto seria lo bastante.

Pensando siempre en ella, su alma estaba agitada de todos los sentimientos que inspira un amor insensato; mas pronto la refleccion le volvia en sí mismo, y le hacia ver la imprudencia de sus arrebatos. ¡Entre un pueblo religioso intentar un sacrilegio! ¡En la corte de un rey amigo, violar los derechos de la hospitalidad, y esponer á quien se ama al oprobio y castigo señalado á quien violaba sus votos! De tal cúmulo de delitos, uno solo bastára para estremecer de horror á Alonso; pero desecnaba este pensamiento con la seguridad de no ejecutarle nunca.

Contentábase, no obstante, con ir á alimentar su profunda melancolía al rededor del recinto sagrado que encerraba á Cora. La cerca de las vírgenes era muy grande y cubierta de árboles frondosos, cuya altura magestuosa aumentaba, por sí misma, el respeto debido que infundia aquel sitio venerado. — Bajo esos árboles, decia Alonso, ¡respira la hermosa Cora! ¡Ay! acaso ella gime dentro de ese sepulcro, sin que ni la compasion ni el amor permitan romper los vínculos que la atan y esclavizan. Estos muros, decia, son altísimos, su guardia es severa; mas sin embargo, que facil me seria el penetrar dentro de ellos, si su santidad misma no fuera su mas segura guardia! El amor, este fatal enemigo del reposo y de la inocencia, el amor, tal como yo le siento, no es conocido de este

buen pueblo. La costumbre de no desear sino los bienes que le son lícitos, le hace marchar apaciblemente en el sendero estrecho de sus leyes. ¡Cuan crueles son estas, cuando hacen víctimas la juventud, la hermosura y el amor! ¡Cuan justo y generoso seria abolirlas! A estas palabras, asustado él mismo de los raptos de su corazon, se alejaba del recinto. ¡Ay! decia, ¡es este acaso el proyecto tan bello, tan magnánimo que me habia traido á la corte del Inca! Yo que me anuncio como un héroe, ¡vendré á ser un aleve, un débil y cobarde raptor!

De esta manera pugnaba su virtud, y ella hubiera triunfado ciertamente, si un acontecimiento terrible no le hubiese hecho ceder á los sentimientos del temor y de la compasion.

CAPÍTULO XXVIII.

Erupcion del volcan de Quito. — Saca Alonso á Cora del asilo de las vírgenes. — Sedúcela y vuélvela á él.

¡Dichosos los pueblos que cultivan los valles y las colinas que forma el mar en su seno, con las arenas que envuelven sus olas, y los despojos de la tierra! El pastor conduce por ellas sus ganados sin temor alguno; el labrador en ellas recoge sus mieses en paz. Pero, ¡desgraciados los pueblos vecinos de esas sierras encrespadas, cuya falda no ha sido nunca bañada por las aguas del océano, y cuya cima se eleva sobre las nubes! Ellas son otros tantos respiraderos qu se ha abierto el fuego subterráneo, rompiendo la bóveda de los hornos profundos en que arde sin cesar. Él es quien ha formado esos montes de peñas calcáreas, de metales ardientes y líquidos, de rios de ceniza y betun que expelia, y que en su caida se acumulaban á las márgenes de esos abismos abiertos. ¡Desdichados los pueblos que viven en un terreno tan pérfido por solo su viguería! Esos gérmenes de fecundidad que penetra la tierra son las exalaciones del fuego que devora sus entrañas: su riqueza, desde que aparece, amaga ya su ruina.

Tal es el clima de Quito. La ciudad está dominada por un volcan terrible(1), cuyas frecuentes erupciones estremecen sus fundamentos.

Un dia que el pueblo indio, esparcido en los campos, labraba, sembraba, segaba en razon de que aquel rico valle presenta todos estos trabajos á la vez, y que las hijas del sol, en el interior de sus palacios, estaban ocupadas, las unas en hilar, las otras en formar los preciosos tegidos de lana de que se vestian el pontífice y el rey, se estendió un ruido sordo en las entrañas del volcan. Este ruido, semejante al del mar cuando concibe las borrascas, se aumenta y pronto se muda en un profundo bramido. Tiembla la tierra, truena el cielo, negros vapores le envuelven; el templo y los palacios, se estremecen y amenazan desplomarse; conmuévese la montaña, y su cima entreabierta vomita, con los vientos encerrados en su seno, torrentes de betun líquido, y torbellinos de humo, que se enrojecen, se inflaman, y arrojan á los aires masas de rocas encendidas que han arrancado del abismo: ¡soberbio y terrible espectáculo, el ver raudales de fuego precipitarse con centelleante furia por medio de las montañas de nieve, y penetrando en ellas, formarse un lecho vasto y profundo!

En los muros y fuera de ellos, la desolacion, el espanto, los vértigos del terror se esparcen en un instante. Mira el labrador, y permanece inmóvil. Aun no se atreve á tocar la tierra, que siente como un mar undoso bajo sus plantas. Entre los sacerdotes del Sol, los unos trémulos, salen precipitadamente del

---

(1) *Llámase Oichencha. Véase la descripcion de ese volcan y sus erupciones en* 1538 *y* 1660, *en la relacion del viage de M. de la Condamine.*

templo; los otros, consternados, abrazan el altar de su Dios. Las vírgenes, despavoridas, corren fuera de sus palacios, cuyos techos amenazan desplomarse sobre sus cabezas; de forma que, vagando por la extension de su inmensa cerca, pálidas, descabelladas, tienden sus manos tímidas hácia los muros á los cuales la compasion misma no se atreve á acercarse para socorrerlas.

Alonso solo, errante de aquí para allí al rededor del recinto, oye sus lamentables voces. En el peligro de la naturaleza entera, no tiembla sino por Cora. Los alaridos que hieren sus oidos, todos le parecen ser de ella. Extraviado entre el dolor y el miedo, y tal cual el palomo que, con temblosas alas, voltegea al rededor de la cárcel en que está encerrada su paloma amante, así Alonso, arrebatado de gozo, sube sobre los restos del muro sagrado, penetra en el asilo en que ántes de él ningun mortal se atrevió á entrar. Favorécenle las tinieblas, porque un dia lúgubre y sombrio hizo lugar á la noche, que solo la iluminan los arroyos de fuego que se precipitan del monte; y este horroroso resplandor, cual el del Erebo inmundo, no deja ver las sacerdotisas del Sol sino como sombras errantes, corriendo despavoridas en los jardines.

Otros ojos que los de un amante, ocupado enteramente del objeto que adora, buscarian en vano á una de ellas entre sus compañeras; pero Alonso reconoce á Cora. Las gracias que, aun en medio del espanto, la han permanecido fieles, la hacen distinguir de lejos. Él contiene sus primeros raptos de alegria por el temor de asustarla; se adelanta con paso tímido: Cora; le dice con voz dulce y sensible; un Dios vela sobre tí, y toma cuidado de tus dias. A esta voz, Cora intimidada se detiene, y al instante estremece la tierra; la montaña, con estruendoso brillo, arroja una

columna de fuego, que en la obscuridad descubre á los ojos de la sacerdotisa su amante que le tiende los brazos.

Ya fuese por un repentino movimiento del susto, ya acaso por amor, Cora se precipita y cae sin sentido en los brazos del jóven español; él la sostiene, la reanima y procura tranquilizarla: — O tú, díjola, á quien yo adoro desde que te ví en el templo, tú por quien solo respiro, Cora, nada temas: el cielo es quien te envia un libertador. Sígueme, abandonemos estos lugares funestos; déjame salvarte.

Cora, débil y trémula, se fia en su guia. Él la toma en sus brazos, salta sin trabajo por encima de los restos del muro desplomado, y el primer asilo que se ofrece á su pensamiento es el valle de Capana, el del cacique amigo de Las Casas.

¿A donde voy? le decia Cora. El susto ha turbado mis sentidos. Yo no sé donde estoy, ni aun siquiera sé quien vos sois. ¿Que se va á hacer de mi? Apiadaos de mi estado.

— Estás, la dijo, bajo la salvaguardia de un hombre que no respira sino por tí. Yo te llevo lejos del peligro á un valle deleitoso, en donde un cacique, mi amigo, te recibirá como á su hija. — ¡Ah! replicó ella, ocultadme mas bien á la vista de todos; de ello pende mi vida; ¡de ello pende aun mas! Vos ignorais la ley terrible que ahora me haceis violar. Héme aquí fuera del asilo en que yo debia vivir escondida; yo sigo los pasos de un hombre, despues de haber hecho voto de huir para siempre de todos. ¿A qué me exponeis? ¡Ah! dejadme, ántes perecer.

— Cora, respondióla Alonso, el primer deber de todo lo que respira, como su primer sentimiento, es el del cuidado de su propia vida, y en un momento en que la muerte te rodea y persigue, no hay ni voto

ni ley que deba oponerse á este movimiento invencible. Cuando todo esté sereno, mañana, antes que amanezca, volverás á esos jardines, en donde tus compañeras asustadas habrán pasado la noche sin duda alguna; y el secreto de tu ausencia nunca será revelado.

Entretanto se aleja el peligro, y pronto se desvanece. Cesa de temblar la tierra, y ya el volcan no brama. Aquella pirámide de lumbre, que se elevaba de la cima del monte, se apaga y parece hundirse; los negros torbellinos de humo, que obscurecian el cielo, comienzan á disiparse; un viento de oriente les expele hácia el mar. El azul del cielo se purifica, y el astro de la noche, con su claridad consoladora, parece querer tranquilizar la naturaleza consternada.

En este momento, Alonso y su amada compañera atraviesaron hermosas praderas, en que mil árboles, cargados de fruto, entrelazaban sus ramas. Los rayos trémulos de la luna, saliendo por entre las hojas, iban á variar el color de la verdura y juguetear entre las flores. Respira, mi amada Cora, dijo Alonso; descansa; y en la calma y silencio de la noche que nos es propicia, deja que me ocupe de la dicha de verte y adorar tus encantos. Cora consintió en sentarse. El primer cuidado de Alonso fué el de coger frutas, que fué luego á presentarla. La dulce savinta, la palta, de un gusto mas delicado aun, la médula del cocó, su sabroso jugo, fueron los manjares de este festin.

Sentado junto á Cora, apenas podia respirar Alonso. La turbacion, el enagenamiento, aquella timidez recelosa que acompaña los ardientes deseos, y cuya emocion redobla al acercarse la dicha, suspenden su impaciencia. Él estrecha con sus manos, y humedece con sus lábios la mano trémula de la vírgen. — Hija del cielo, la dice, ¿eres tú la que yo poseo, tu,

que eras el único objeto de mis ansias? ¿Quien me hubiera dicho que un prodigio, que horroriza á la naturaleza, se operaria para reunirnos, y no espantaria la tierra, sino para robarnos á la vista de tus vigilas inhumanos? Un dios, sin duda, se ha compadecido de mi amor y de mis penas. ¡Ah! aprovechemos sus favores. Estamos solos, libres, ocultos, sin otro testigo que la noche, que nunca ha vendido á los tiernos amantes. Pero estos momentos tan preciosos vuelan rapidamente; no perdamos ninguno; y si tu me amas, díme: *Sé feliz.* — Sé feliz, dijo ella, y desde el mismo instante un nublado se extendió sobre el porvenir.

A sus ojos todo se ha embellecido; la serenidad de la noche, la soledad, el silencio, tienen para ellos un encanto nuevo: ¡Ah! ¡deliciosa morada! dijo Cora; ¿para que buscar otro asilo? Esta apacible claridad, estos vérgeles, estos follages parecen decirnos: ¿á donde quereis iros? ¿en que parte os hallareis mejor que con nosotros? — O dulce mitad de mi mismo, dijo Alonso, ¡ojala que siempre pudiera yo agradarte! Pasemos aquí la noche; y mañana, al rayar el alba, huyamos de estos lugares en que tú estás cautiva. Vamos... ¿que sé yo, á donde nos conducirá el destino? aunque fuese en un desierto, yo viviria feliz contigo; sin tí, no puedo mas vivir. De esta manera el ciego amor hacia hablar á Alonso. Cora le estrechaba en sus brazos, y él sentia caer sobre su rostro las lágrimas que ella vertia.

Amigo mio, mi amante, le decia ella, alejemos, si es posible, una prevision que no puede sino afligirnos. Yo estoy contigo, yo no quiero ocuparme sino de tí: haz pues que un bien porque tanto he suspirado no sea mezclado de amargura.

Cora ignoraba aun el nombre de su amante; ella

deseó oirle, y lo repitió mil veces. Hablóla él de su patria, y aun quiso lisongearla con la dulce esperanza de ver algun dia la villa en que habia nacido. En fin, el sueño suspendió todos los movimientos de sus almas, y Cora, sobre las rodillas de Alonso, reposó hasta el amanecer.

La estrella de la mañana despierta las aves, y los cantos de estas despiertan á Alonso. Abre los ojos, vé á Cora, la observa, y descubre mil encantos. Acerca su boca á sus lábios de rosa, en que el amor se sonrie; percibe su aliento, y su alma entonces vuela á él con el aliciente de un soplo delicioso

Abre los ojos Cora, y un rapto, mezclado de espanto y de alegria, esplica su emocion. ¿Eres tú, dijo ella, arrojándose en el seno de Alonso, eres tú, mi amor, á quien yo veo? ¡Ah! temia haberte perdido. —No, Cora, aquí estoy, tranquilízate, no nos separaremos. Mas démosnos priesa: ves la aurora del dia; pasemos la angostura de los montes, y en la ley de la naturaleza, que mantiene á los moradores de las selvas, busca conmigo, en su asilo, la libertad, el primero de los bienes despues del amor.

¡Ah! mi querido Alonso, dijo Cora, ¡como quisiera poder estar contigo sola en estos bosques, y desconocida del resto de los mortales!

Al pronunciar estas palabras, le estrechaba entre sus brazos conmovida; sus ojos, fijos sobre los de su amante, se anegaban en lágrimas amargas. Él enternecido y turbado, la ruega de descubrirle lo que le agita. Ella se estremece al considerar el golpe que le va á dar, mas cede en fin á sus instancias. O Alonso, delicia del alma mia, le dijo, mi corazon está despedazado, y el tuyo va á serlo; pero, perdona, un deber sagrado, deber terrible me encadena, y el vá á arrancarme de tus brazos para siempre.... Es llegado el mo-

mento de una separacion. —¡Ah! ¿que es lo que dices cruel? — Escúchame. Al consagrarme para el altar, mis padres respondieron de mi fidelidad. La sangre de un padre y de una madre es garante de los votos que hice en aquel momento. Fementida y prófuga, yo les entregaria ahora al suplicio; mi delito recaeria sobre ellos, y les seria infligido un atroz castigo: tal es la ley. —¡O Dios! — Tu te horrorizas....

—¡Desdichada! ¿que has hecho? ¿que es lo que he hecho yo mismo? esclamó Alonso, estrechando su frente contra la tierra, y arrancándose los cabellos. ¿Porque ántes no me has mostrado el abismo, en que me precipitaba, y á que te arrastraba á tí misma?... Déjame. Tu ternura, tu dolor, tus lágrimas redoblan el horror en que me veo.... ¿Que es lo que quieres? ¿que te vuelva á tu asilo? Eso es querer mi muerte.... Yo te guardaré conmigo. ¡Ah! no; si lo hiciese, seria un monstruo. Yo no sufriré jamas que tu seas parricida. Vete cruel.... Detente, aguarda, yo muero....

A estos gritos, Cora, que, afligida y trémula, se habia apartado de Alonso, torna veloz y cae á sus rodillas. Él la contempla, estréchala en sus brazos, la riega de lágrimas, se siente bañar con las suyas, la jura un eterno cariño; y, en el esceso de su dolor, se estravia y se olvida de nuevo. —¿Que hacemos, le dijo Cora? Amanece el dia.... Si tardamos, ya no será tiempo; y mi padre, mi madre, sus hijos, todos van á perecer. Ya me parece que veo encendida la pira en que van á ser consumidos. —Ven pues, la dijo él, mirándola con ojos sombrios, y con el semblante furioso de la desesperacion; y de repente, armándose de aquella fuerza varonil que sabe dominar las pasiones, ásela de la mano, y con paso apresurado, la vuelve hasta el pié de la muralla, en cuyo recinto

sagrado va á ocultar su delito, su amor y su desesperacion.

Hasta el momento de aquella entrevista fatal, el amor no habia sido en el alma de Cora, sino un delirio confuso y vago; ella no sintió su fuerza sino luego que hubo conocido y poseido el objeto. Su pasion, ilustrándose, redobló su violencia; su memoria y el sentimiento de perderle se han hecho su alimento; y el deseo, sin esperanza, siempre engañado, cada dia mas vivo y mas ardiente, es su eterno suplicio.

Esto no obstante, ella estaba sin remordimientos y sin temor sobre el porvenir. El desórden de aquella noche en que cada cual temblaba por sí mismo, no permitió que se echase de menos su falta. Ella no se hace delito alguno del extravío en que la han precipitado el peligro, el miedo y el amor. Lo que unicamente la horroriza, es el hallarse en presa al fuego que la consume y que no se apagaria nunca. Su amante es aun mas desgraciado. A mas de iguales tormentos, esperimenta una zozobra que le roe las entrañas y despedaza su corazon.

¡Ah! bajo de cuantas formas diversas, y todas crueles, tiraniza el amor los corazones! Alonso, turbado al considerar que podia ser padre; este peligro, que la inocencia ocultaba á los ojos de Cora, estaba sin cesar presente á los suyos. Él recuerda con espanto los mas dulces momentos de su vida, y detesta el amor que le ha hecho feliz. Mas siendo preciso partir, aléjase de Quito, y su alma, arrastrada por una fuerza irresistible, se desprende de él, y se va al muro dentro del que su amada Cora gime.

CAPÍTULO XXIX.

EMBAJADA DE ALONSO DE MOLINA Á LA CORTE DEL CUZCO.

Un camino inmensurable que recorrer de una á otra extremidad del imperio, por medio de encumbradas sierras cortadas de torrentes y de despeñaderos (1), monumento prodigioso de la grandeza de los Incas; y sobre este camino, los arsenales distribuidos de distancia en distancia; los hospicios siempre abiertos á los viageros; las fortalezas, los templos, los canales que derramaban sobre las campiñas las aguas de los rios (2), las maravillas de la naturaleza en cli-

(1) *El camino real desde Quito al Cuzco era de 300 leguas castellanas, hecho durante el reinado de* Huaina Capac. *Bajo la dominacion de este mismo Inca, se hizo otra igual en los valles del imperio, y otras que lo atravesaban desde el centro hasta sus estremidades; en cuya operacion fué preciso levantar el terreno, en muchas partes mas de cuarenta pies para ponerlo al nivel de las colinas.*

(2 *Uno de estos canales, que cruzaba las llanuras del poniente, tenia 150 leguas del sur al norte.*

mas nuevos para él, nada podia borrar en la mente de Alonso la imágen de su Cora; y por mas que quisiese apartarla de ella, siempre se le volvia á representar con mayor viveza.

Hízose, en fin, oir la voz imperiosa de la amistad, y cediendo á ella, Alonso, como si saliese de un prolongado delirio, comienza á ocuparse del objeto de su mision, desde que descubrió los alrededores del Cuzco. Anunciósе al monarca, por medio de tres caciques que le precedian de órden suya, en estos términos. «Un hombre nacido mas allá de los mares, « y hácia las riberas en que amanece el Sol, un cas- « tellano, á quien tu hermano ha admitido en su « corte, viene á verte y á hablarte de paz. »

La fama de los castellanos habia penetrado hasta el Cuzco, y este nombre, que se habia hecho terrible, escitó la soberbia de Huascar. Mandó pues al encuentro de Alonso una parte de su corte, y recibióle él mismo con todo el esplendor de la magestad de los Incas, elevado sobre un trono de oro, en un palacio cuyos umbrales, cuyos muros mismos estaban revestidos de este metal resplandeciente, teniendo á sus pies veinte caciques, y á sus costados veinte tribus de Incas descendientes de Manco.

Alonso, que nunca habia visto cosa tan augusta, no pudo menos de maravillarse al contemplar tal espectáculo. El príncipe, con una bondad magestuosa, le hizo señal para que se acercase á hablarle.

— Inca, le dijo Alonso, un hermano virtuoso y tierno, y un verdadero amigo, son dos dones que rara vez concede el cielo. Él te ha otorgado uno y otro en el rey de Quito. Regocíjate pues. Yo conozco su alma, y mi corazon, que nunca supo mentir, te responde del suyo. A ambos os amenaza un enemigo formidable y cruel, que viene del oriente. Teneis nece-

sidad el uno del otro para resistir á sus esfuerzos. Reunidos, podeis vencerle; divididos, sois perdidos. El Inca tu hermano pide tu ausilio, y te ofrece el de sus armas. Tal es el objeto de la embajada con que me honra cerca de tí.

—Aunque enviado por un rebelde, le respondió el Inca, ves que me he dignado de oirte. Pero, antes de todo, díme, ¿no eres tu mismo uno de aquellos estrangeros aparecidos recientemente en nuestras costas, y que en los valles han sembrado el espanto? Tu te dices castellano, y, si no me engaño, este es el nombre que se les dá: ellos vienen, como tu, de la parte del oriente.

—Sí, yo soy del número de aquellos estrangeros, le dijo Alonso. Sí, siguiendo su partido, yo buscaba la gloria; mas no he visto en ellos sino delitos, y les he abandonado. Yo gusto de la buena fé, amo la rectitud, y sé honrar la grandeza de alma: he aqui lo que me ha hecho unirme con el príncipe generoso que te habla aqui por mi voz. Nacidos tu y él de una misma sangre, hijos de un mismo padre, os debeis amar mutuamente y vivir en paz, si quereis ser felices, si ambos quereis ser poderosos.

—Si se acuerda, replicó Huascar, de que padre hemos nacido, que piense tambien cuales rangos nos señaló el nacimiento. El Sol no ha dado sino un monarca á este imperio; en consecuencia, el reinado de su hijo debe ser la imágen del suyo; es decir, que, así como el Sol no tiene igual en el cielo, yo tampoco le quiero tener en la tierra.

—En hora buena, Inca, le respondió Alonso: yo quiero hablar tu lenguage, y suponer lo que tu crees. Pero dime: ¿no amas tu bastante á los hombres, y no estimas tambien bastante las leyes de tus abuelos, para desear que el universo sea colocado bajo la salvaguardia de leyes tan apacibles?

—Es positivo, respondió el Inca, yo lo deseo, y aun lo espero: así lo quiere el Sol, y los tiempos verán su voluntad cumplida.

—Y entonces, prosiguió Alonso, el mundo no tendrá mas que un rey, así como no tiene mas que un sol. La sabiduría de un hombre solo podrá estender sus miradas tan lejos como el astro del dia estiende el resplandor de su luz. Tú no lo creerias; confiesa, pues, que así como tu vigilancia tiene límites, así debe tambien tenerlos tu poder, y que seria injusto el querer invadir lo que no se puede gobernar.

—Estrangero, le dijo el Inca, ¿como osas señalarme los límites de mi poder?

—No soy yo, díjole Alonso, es la naturaleza quien los ha señalado: yo no digo sino lo que ella ha hecho; pero te advierto que tú eres hombre por tu debilidad, cuando pretendes erigirte en dios por tu ambicion.

—Soy hombre, pero soy rey, repitió el Inca; y este solo nombre te enseña el respeto que me es debido.

—Sabete, le dijo Alonso, que mis iguales hablan á los reyes sin adularlos, y les respetan sin temerlos. No pende sino de tí el verme á tus pies; pero empieza por ser justo, y por honrar la memoria de un padre que fué rey. De sus manos recibió tu hermano el cetro que tú le disputas, y por oponerte á este don, tú le insultas en el sepulcro.—

Estremecióse el Inca; mas su orgullo superó á su piedad.—Mi padre, dijo, habia envejecido, y en el estado del desfallecimiento el hombre es crédulo, y se deja facilmente engañar. Él cedió á los artificios de una muger ambiciosa, y por el hijo de una estrangera ha desheredado al que las sabias leyes de Manco le habian dado por único sucesor.

—Él te entregó, le dijo Alonso, cuanto habia re-

cibido: solo ha dispuesto del fruto de su conquista.

—Si como él, cada uno de nuestros reyes, dijo el príncipe, hubiese disipado lo que habia adquirido, ¿que seria del imperio? La unidad de poder hace su grandeza y su fuerza; y mi padre, que sin desmembramiento le habia recibido de sus abuelos, debió igualmente dejarlo por entero. Le sorprendieron, sí, le sorprendieron, y así es que sin dejar de honrar sus virtudes y reverenciar sus cenizas, yo puedo desaprobar un acto de debilidad que le hizo olvidar mis legítimos derechos.

—Sábete, le dijo Alonso, que al norte de estos climas, un imperio tan dilatado y mas poderoso que el tuyo acaba de ser asolado, destruido, inundado con la sangre de sus pueblos, por haberse dividido. Sus príncipes, apenas escapados del acero del vencedor, se han refugiado en la corte del Inca tu hermano, y su desventura confirma lo que yo te digo. Un enemigo terrible va á encontraros debilitados y deshechos uno por el otro. ¡Ah! piensa en salvar tu imperio, y cuando el rayo está sobre tu cabeza y el abismo á tus plantas, tiembla, infeliz príncipe, y estremécete tú mismo, en vez de amenazar.—

Toda la corte que le oia pareció turbada con este lenguage; el mismo Inca fué conmovido; mas disimulando su temor bajo la apariencia del orgullo, dijo:

—Al usurpador es á quien toca prevenir los males de que seria causa, y á sujetarse á mis leyes.

—No lo esperes, dijo Alonso consternado, viendo su resistencia obstinada; Ataliba, coronado por su padre, no creerá jamas haber usurpado lo que ha recibido de él. Su voluntad la mira como una ley inviolable. Para despojarle del trono has de ver primero su cuerpo hecho tajadas. Sí, Inca, yo te lo aseguro. A tí te toca, pues, el ver si quieres bañarte en

la sangre de un hermano virtuoso, que te ama, que hace consistir su gloria y su felicidad en ser tu aliado y tu amigo mas tierno, que te ruega en el nombre de su pueblo y del tuyo propio, no le obligues á una guerra impía. Dispon de él y de sus armas: él no teme la guerra: él tiene bajo sus banderas un pueblo fiel y valeroso; él tiene ademas veinte reyes que le ayuden, y todos ellos le son tan afectos como yo. La única cosa que teme es el verter la sangre de sus amigos, de su familia, de unos pueblos que, súbditos de vuestros padres, nacidos bajo las mismas leyes, son sus hijos como tuyos. Consulta como él tu corazon, pues debes tenerlo magnánimo y sensible, á lo menos á la compasion. No se trata aquí de que ventilemos tus derechos y los suyos: tales debates no han sido nunca concluidos sino por las armas. De lo que únicamente se trata es de saber cual de los dos pierde mas en ceder. Va en ello un reino, y en tí una provincia inútil á tu gloria, á tu poder y á tu grandeza. Él defiende con su corazon el honor de tu padre y el suyo; y á estos intereses, ¿que opones tú? ¡el orgullo de no sufrir un reparto! Contempla si eso merece el encender entre vosotros el fuego de una guerra civil, al momento en que un peligro comun os manda que os reunais. —

El orgulloso Huascar no quiso oir mas; pero la franqueza valerosa, la noble altivez de Alonso infundieron en todos los ánimos el asombro y el respeto, y hasta en el del Inca mismo.

Yo no sé, decia; pero esta casta de hombres tiene algo de respetable y superior á nosotros. Yo quiero grangearme la benevolencia y la estimacion de este castellano. Ríndansele todos los honores debidos á la dignidad de que se halla revestido.

Admitióle á su mesa, y usando para con él del tono

de la amistad: castellano, le dijo, yo accederé en cuanto me sea posible á la paz que me propones. Que Ataliba guarde su patrimonio, y que reine en Quito; yo consiento en ello; mas á condicion de que sea tributario del imperio, y obligado á rendir homenage al primogénito de los hijos del Sol.

Aunque hubiese pocos visos de que Ataliba admitiese esta condicion, no creyó Alonso que debiese rechazarla sin darle parte de ella, y aguardando su respuesta, tuvo el tiempo de observar por dentro y fuera esta ciudad floreciente.

CAPÍTULO XXX.

Descripcion del cuzco. —Sus riquezas. — Fiesta del matrimonio, celebrada en el solsticio del invierno.

El templo del Sol, el palacio del monarca, los alcázares de los Incas, los albergues de las vírgenes, la fortaleza á triple muralla que dominaba la ciudad y que la protegia, los canales que de lo alto de las vecinas sierras derramaban en ella con abundancia aguas vivas y saludables; la extension y magnificencia de las plazas que la decoraban, aquellos monumentos de que no subsisten sino lamentables ruinas, asombraban de admiracion á Alonso. Sin el yerro, deciase, sin el arte de las mecánicas, la mano del hombre ha obrado tantos prodigios. Ella ha rodado estas enormes peñas con las cuales ha formado esos muros, cuya solidez no cederá nunca sino á las vicisitudes de los tiempos y á la destruccion del globo. Hé aquí la prueba de que todo lo puede suplir el trabajo y la constancia.

Mas él veia con espanto aquel cúmulo prodigioso de masas de oro que en el templo y los alcázares tenia el lugar del yerro, de la madera y de la piedra, y que

bajo de mil formas diversas deslumbraba los ojos.

¡Ah! decia con suspiros, si alguna vez la avaricia europea llega á descubrir estas riquezas, ¡con que ciego furor va á devorarlas!

El culto del Sol tenia en el Cuzco una magestad sin igual. La magnificencia del templo, el esplendor de la corte, la afluencia de los pueblos, el órden de los sacerdotes y el coro de las vírgenes escogidas (1), todo esto daba á la pompa del culto un carácter tan augusto que á Alonso mismo le causó respeto.

Habia en todas las fiestas, ritos, juegos, festines y sacrificios. Lo que distinguia la del matrimonio era el don del fuego celestial. Alonso la vió celebrar. Celebrábase el dia en que el Sol, terminando su carrera al mediodia, se reposa sobre el trópico para volver sobre sus pasos hácia el norte.

Observábase el instante en que el luminar del dia, hallándose en su baja, formaba al oriente las columnas misteriosas, y entonces el Inca, prosternado delante del Sol su padre: Dios benéfico, le decia, tú vas á alejarte de nosotros y á volver la vida y la alegría á los pueblos de otro emisferio, á quienes el invierno, hijo de la noche, aflije en tu ausencia; mas por ello no murmuramos. No fueras tú justo si no amases que á nosotros, y si por tus hijos olvidases el mundo. Sigue tu inclinacion; pero déjanos como prenda de tu bondad una idea justa de quien eres y de quien procedes, y que el fuego de tus rayos, alimentado en tus altares, derramado entre tu pueblo, le consuele en tu ausencia y le asegure de tu vuelta.

Esto dijo, y presenta al Sol la superficie hueca y pálida de un cristal (2) esmaltado en oro: artificio mis-

---

(1) *En el templo del Cuzco habia* 1500.

(2) *Tenian el cristal de roca, segun Garcilaso.*

terioso que se tenia gran cuidado de ocultar al pueblo, y que no era conocido sino de los Incas. Los rayos, cruzándose en todas partes, caen sobre una pila de maderas de cedro y de aloes que, de repente, se inflama, y derrama por los aires el mas delicioso perfume.

Así fué como el sabio Manco hizo creer á los indios, por el Sol mismo, que él le enviaba para darles leyes. O Sol, le dijo, si yo hé nacido de tí, haz que tus rayos enciendan esta pila de leña que mi mano te consagra; é incontinente apareció encendida.

La multitud, al ver este prodigio renovarse de año en año, se enloquece de alegria, cada cual se apresura á recoger una centella del fuego celestial; el monarca le distribuye á la familia de los Incas; estos la reparten al pueblo, y los sacerdotes cuidan de que este fuego no se apague jamás sobre el altar.

Entonces se adelantan los amantes que la edad llama al ejercicio de los deberes de esposos (1), y nada hay mas magestuoso que este círculo inmenso, formado de una juventud lozana, que hace la fuerza y la esperanza del estado, que pide el reproducirse y enriquecerle con su sucesion. La salud, hija del trabajo y de la templanza, reina en ellos, y se junta á la hermosura, ó suple á la belleza misma.

Hijos del estado, dijo el príncipe, ahora es cuando él espera de vosotros el fruto de vuestro nacimiento. Todo hombre que mira la vida como un bien, está obligado á transmitirla y á multiplicar sus dones. Aquel únicamente que es ya impotente, y para quien la vida misma es y ha sido una desgracia, este es el

---

(1) *Los hombres debian tener cumplidos veinte y cinco años, y las mugeres veinte.*

solo que está dispensado. Si hay alguno entre vosotros á quien le pese el vivir, levante la voz, y dígamelo; porque á mi me toca oir sus quejas. Mas si cada cual de vosotros goza apaciblemente de los beneficios del Sol mi padre, venid dándoos una fé mutua, y haced voto de reproduciros y aumentar el número de los afortunados.

No se oyó una queja; y mil parejas, cada una por su turno, se presentaron ante él. Amaos, observad las leyes, adorad al Sol mi padre, les dijo el príncipe. Por símbolo de los trabajos y cuidados que van á compartir entre sí, les hacia tocar, al darse la mano, el azadon antiguo de Manco y la rueca de Oella, su laboriosa compañera.

Alonso, recorriendo con sus ojos aquel círculo de jóvenes hermosas, suspiró y se dijo en sí mismo: ¡Ah! hermosísima Cora, hija del cielo, si tú te apareciese en esta fiesta, borrarias con tus encantos todos los suyos.

Una de aquellas jóvenes esposas, al acercarse al Inca, tenia sus ojos anegados en lágrimas. El príncipe lo apercibe, y le pregunta. ¿Que te aflige? Ella, triste y silenciosa, no osaba responder. El Inca se digna tranquilizarla. —¡Ay! dijo ella, yo esperaba consolar al amante de mi hermana, que, por ser tan bella, la reservan para el templo; y el desventurado Ircilo, á quien la niega mi padre, llora siempre al lado mio. Elina, díjome un dia, tú no eres tan bella; mas tú eres igualmente dulce, tu corazon es bueno y sensible, tú amas tiernamente á Meloé: yo se que ella te adora: yo creeré verla viendo á su hermana misma: concédeme por compasion el lugar de ella. Yo me negué en un principio. Meloé llorosa me instó porque se lo concediese. ¿Quien le consolará sino tú, me dijo ella? ¿Ves como él se aflige? — Muy bien, yo lo haré si eso es capaz de aliviar su dolor. — Él lo creia, y lo

prometió; pero ahora acaba de confesarme que nunca puede amar sino á ella, y que la llorará siempre.

El Inca hizo llamar al padre de Elina y de Meloé. Tráeme á Meloé, le dijo. Tú la reservas para el templo, mas el Sol quiere corazones libres, y el suyo no lo es. Ella ama á ese jóven, y yo quiero que él sea su esposo. Cuanto á Elina, yo tendré cuidado de escogerle uno que sea digno de ella.

Obedeció el padre. Meloé se adelanta afligida y trémula; mas desde que vió á Ircilo y oye que es él á quien se concede su mano, su hermosura se reanima, un dulce enagenamiento resplandece en su frente, y levantando enternecida sus ojos sobre los de su tierno amante, ¡Ya cesará tu afliccion! le dijo ella. Hé aquí por lo que yo suspiraba.

Preséntase una nueva pareja, y de repente un jóven despavorido atraviesa el tropel, se arroja entre los dos esposos, y, prosternado á los pies del Inca: Hijo del Sol, exclamó, impide á Osai el faltar á la fé que me ha jurado. Yo soy aquel á quien ella ama. Ella va á hacer su infelicidad al mismo tiempo que la mia.

El rey, sorprendido de su audacia y conmovido de su desesperacion, le permitió que se explicase: Inca, díjole, era el tiempo de la siega, yo hacia la del campo de mi padre, cuando se anunció la del suyo. ¡Ay! díjeme yo, mañana se recogen las del campo de Osai; mis rivales correrán á él en tropel. ¡que desgracia para mí sino estoy allí! Apresurámonos, redoblamos el ardor para acabar de recoger las mazorcas del maisal de mi padre. Conseguilo en efecto; pero, exausto por la fatiga, yo fuí á reposarme un rato: el sueño me engañó, y cuando me desperté, ya tu padre iluminaba el mundo. Desconsolado, llego, y me encuentro á Osai en los campos con el

jóven Mayobé, que desde el alba habia estado trabajando con ella. Anda, me dijo ella, vete, Nelti, tú no me amas, ni tampoco quieres á mi padre, el amor y la amistad deberian haber sido mas diligentes. Ella no quiso oirme, y despues no ha cesado de huir de mí. Pero ella me ama aun; sí, está seguro que me ama, pues ella, que jamas engaña me ha dicho muchas veces: *Nelti, yo no amaré sino á tí.*

—Osai, preguntó el príncipe, ¿es verdad esto? —Si, es positivo; nunca hubiera yo amado sino á él; pero el ingrato, descuidóse en venir á segar el campo de mi padre, que le queria como su hijo. A estas palabras ella se enterneció. Tú le amas y tú le perdonas, repitió el Inca; recibe su mano. Y tú, dijo á Mayobé, cédela á su amante, y para consolarte mira á esotra, ¿no es bastante linda? ¡Ah! es hermosísima, dijo el jóven, y tanto que Osai misma no obscurece á mis ojos su hermosura. —Pues bien, si tú la agradas yo te la doy, dijo el príncipe. ¿Lo consientes, Elina? Sí, dijo ella, con tal que no se aflija; pues que el gozo del marido es lo que hace tambien la gloria de la muger. Mi madre me lo decia así, y mi corazon me lo repite.

Tales eran entre este buen pueblo los sinsabores del amor á cada instante.

En medio de los cantares y de las danzas que precedian al sacrificio, apareció en el aire un prodigio Vióse una águila acometida y despedazada por milanos, que alternativamente se abalanzaban á ella con aceleradísimo vuelo. El águila, despues de haber forcejado inutilmente, cae toda ensangrentada al pié del trono del Inca, y en medio de su familia. El rey, así como el pueblo, pasmóse y atemorizóse al pronto; pero con aquella

firmeza que nunca le abandonaba: pontífice, dijo, inmola sobre el altar del Sol mi padre ese pájaro, imágen patente del enemigo que nos amenaza.

El pontífice invitó al príncipe á ir con él al santuario. Yo te sigo, le dijo Huascar; pero t advierto que ocultes el miedo que está pintado en tu rostro; porque paraque el vulgo tiemble no es preciso avisarle.

Antes de entrar en el templo, le dijo el pontífice: Mira esos tres círculos señalados sobre la frente pálida de la esposa del Sol. La luna se levantaba entonces sobre el orizonte, y él distinguió evidentemente tres círculos en su órbita, el uno de color sanguineo, otro negro, y el tercero turbio y semejante á una fogarada de humo.

Príncipe, le dijo el sacerdote, no ocultemos la verdad de estos presagios. Ese círculo de sangre es la guerra; el negro anuncia los reveses; y esa fogarada de humo, mas espantosa todavia, es el presagio de la ruina.

Por ventura el Sol, díjole el monarca, ¿te ha revelado ese porvenir horrible? — Yo lo entreveo, respondió el pontífice; mas el Sol no me ha hablado.

Pues siendo así, replicó el Inca, déjame el último de los bienes que quedan al hombre, la esperanza. que le alienta y sostiene en sus desgracias. Todo lo que puede no ser sino un fuego, ó un accidente de la naturaleza, no debe jamas tomarse por un signo prodigioso, á ménos que no sea oportuno para intimidar al vulgo. No es este el momento de amedrentarle.

CAPÍTULO XXXI.

DESCRIPCION DE LOS CONTORNOS DE CUZCO. — CONVERSACION DE ALONSO CON UN SACERDOTE DEL SOL, Á QUIEN HALLÓ LABRANDO LA TIERRA.

Huascar, lejos de manifestar la turbacion que esperimentaba su alma, se mostró mas firme y resuelto que nunca á los ojos de Alonso. Al siguiente dia, llevóle á aquellas florestas magníficas donde resplandecian, imitadas en oro, y con bastante buen arte, las plantas, las flores y los frutos que nacen en aquellos climas. Lo que entre nosotros hubiera sido un ejemplo inaudito de lujo, no anunciaba allí sino la abundancia y la inutilidad del metal mas precioso.

De aquellas florestas, en que el arte se habia ejercitado en copiar la naturaleza, el Inca hizo pasar á Alonso á aquellas en que esta ostentaba sus propias riquezas. Estos jardines ocupaban un valle hechicero, á las orillas del rio Apurima, y formaban el compendio de las campiñas del Nuevo Mundo. Hileras de árboles magestuosos, reuniendo sus sombras, enlazando sus ramas frondosas, formaban por la variedad de sus troncos y follages una miscelanea rara y maravillosa. Mas lejos, bosques compuestos de arbustos coronados

de flores, atraian y encantaban la vista. Allí, odoríferas praderas derramaban los perfumes mas deliciosos; aqui los árboles de un vergel, agobiándose bajo el peso de sus frutas, estendian y doblaban sus ramas delante de la mano, cuya eleccion solicitaban. Allá, plantas de una virtud y un sabor precioso, parecian presentar, á porfia, socorros á la enfermedad, y placer á la salud.

Alonso recorria con ojos tristes y compasivos aquellos recintos encantados. Estos hermosos lugares, decia, estos asilos sagrados de la paz y de la sabiduría serán violados por nuestros bárbaros europeos, y bajo su segur impía veré yo caer estos árboles cuya sombra ha cubierto la cabeza de los reyes.

No lejos del Cuzco hay un lago que reverencia el pueblo indio, pues dicen que fué sobre sus orillas donde Manco descendió del cielo con Oella su compañera. En medio de él está una isla risueña donde los Incas han erigido un templo soberbio al Sol, isla deliciosa cuya fertilidad es portentosa. Ni las praderas de Chita, en que se veian pacer los rebaños del Sol, ni los campos de Colcampara, cuyas mieses le estaban consagradas, ni el valle de Youcani, llamado el jardin del imperio, nada de esto la igualaba en belleza. Allí, maduraban las frutas mas deliciosas; allí, se recoltaba el mais, del cual las manos de las vírgenes escogidas hacian el pan de los sacrificios.

El rey quiso tambien conducir á ella á Alonso. El jóven castellano no se cansaba de admirar en ella, á cada paso, los prodigios de la cultura.

Allí, vió á los sacerdotes del Sol labrar ellos mismos sus campos. Dirígese á uno cuya vejez y rostro venerable llamaron su atencion: Inca, le dice, pertenecería á ti entregarte a unos tan duros trabajos? ¿no te dispensa de ellos tu ministerio augusto? ¿no ves que el degradarte así es profanarle?

Apoyándose sobre su azadon, le mira con asombro. ¿Que me preguntas, le dijo, jóven estrangero, y que ves tú que pueda envilecer en el arte de hacer fértil la tierra? ¿No sabes tú que sin este arte divino, los hombres, esparcidos por las selvas, se verian aun reducidos á disputar la presa de los animales silvestres? Recuérdate que la agricultura fundó la sociedad, y que con sus nobles manos, ella ha erigido nuestros muros y templos.

—Esas ventajas, dijo Alonso, honran sin duda al inventor del arte; pero su ejercicio no es por eso menos humillante, bajo y penoso: así es como se piensa en los climas en que yo nací.

—Siendo así, replicó el viejo sacerdote, en esos climas debe ser vergonzoso el vivir, pues que hay deshonra en trabajar para alimentarse. Este trabajo es penoso, no hay duda, y por lo mismo todos deben contribuir á ello; pero es honroso en cuanto es útil, y entre nosotros nada es mas mal visto que el vicio y la ociosidad.

—Con todo, es estraño, repitió Alonso, que unas manos que se consagran para los altares, y que acaban de presentar en ellos los perfumes y los sacrificios, tomen al instante el azadon, y que la tierra sea labrada por los hijos del Sol.

—Los hijos hacen lo que hace su padre, dijo el sacerdote. ¿No ves tú que él está todo el dia ocupado en fertilizar nuestras campiñas? Tú le admiras en sus beneficios, y te parece mal que sus hijos le imiten.

Confundido el jóven español, insistia todavía, y le dice: el pueblo no está obligado á cultivar por tí los campos que te alimentan?

—El pueblo está obligado á venir en nuestro ausilio, dijo el viejo; pero á nosotros toca el ser ecónomos de su sudor.

— Vosotros dijo Alonso, teneis con que pagar sus trabajos; y vuestro superfluo.... — Nunca lo tenemos, dijo el viejo. — ¡Como! replicó Alonso, tan inmensas riquezas! — Tienen su empleo, respondióle el sacerdote. Si has visto nuestros sacrificios, ellos consisten en una ofrenda pura, de la cual una leve parte se consuma sobre el altar; la otra se distribuye al pueblo. Tal es el uso que quiere el Sol que se haga de sus bienes; así se le rinde el culto mas digno de él y, sobre todo, bajo este caracter se reconocen sus hijos. Satisfechas nuestras necesidades, el resto de nuestros bienes no es nuestro; él es el patrimonio del huérfano y del enfermo: el príncipe es su depositario; á él toca dispensarlo, pues nadie debe conocer mas bien las necesidades del pueblo, que el que le sirve de padre.

— Mas, despojándoos así de vuestras riquezas, ¿no conoceis que el pueblo no os puede respetar tanto, como si por vosotros mismos las distribuyeseis como únicos dueños de ellas?

A estas palabras el sabio anciano sonrióse modestamente, y sus manos volvieron á tomar el azadon.

— Perdona, díjole Alonso; perdona la imprudencia de mi edad; yo no busco otra cosa que el instruirme.

— Amigo, díjole entónces el viejo, yo no sé si el fausto y la magnificencia pueden inspirar tanta veneracion como la simplicidad de una vida inocente; pero seria una razon de mas para que nos despojásemos de nuestros bienes, pues, lisongeándonos de ser amados y reverenciados por solas nuestras riquezas, nos dispensaríamos acaso de decorarnos de nuestras virtudes.

Alonso dejó al viejo enternecido de su piedad y penetrado de su sabiduria.

Habiendo luego manifestado al Inca el deseo de

ver los manantiales de aquel oro, cuya abundancia le asombraba, el mismo Huascar le acompañó hasta el Abitanis, la mas rica mina que se conocia en aquel tiempo. Un gentio inmenso, esparcido sobre la falda del monte, trabajaba allí en la estraccion del oro de las venas de los peñascos. Apercibióse Alonso que apenas se dignaban desflorear la tierra, y que abandonaban las venas mas preciosas y ricas, en cuanto se veia que era menester sepultarse para seguirlas en sus ramificaciones. ¡Ah! dijo, ¡con cuanto mas ardor adelantarán estos trabajos los castellanos! ¡Pueblo inocente y débil! ellos te harán penetrar en las entrañas de la tierra, despedazar sus flancos, profundizar sus abismos y socavarte en ellos un dilatado sepulcro, y aun eso no bastará para saciar su avaricia. Tus dueños opulentos, desidiosos y soberbios, se harán los tributarios de los talentos y de las artes de sus laboriosos vecinos; ellos derramarán por la Europa los tesoros de la América, y será esto como el betun arrojado en el horno ardiente. La codicia, irritada por la riqueza y el lujo, se asombrará al ver sus necesidades renacientes atraerse de nuevo la indigencia; el oro, acumulándose, se envilecerá pronto él mismo; el precio del trabajo, á par que crezca, seguirá los progresos de las riquezas. Y tú, pueblo desventurado, y tu posteridad tambien, pereceréis en esas minas agotadas por vuestros trabajos, sin haber por ello enriquecido á la Europa.

CAPÍTULO XXXII.

FRUSTRANSE DE REPENTE LAS ESPERANZAS DE PAZ.—LA GUERRA SE DECLARA ENTRE LOS DOS INCAS.

Regresado Alonso á la ciudad del Sol, recibió la respuesta de Ataliba, concebida en estas palabras: « Si « el Rey del Cuzco ha olvidado la voluntad de su pa- « dre, el de Quito la tiene presente. Él desea ser el « amigo y el aliado de su hermano; pero no consenti- « rá nunca en ser incluido en el número de sus vasa- « llos.

Como el jóven embajador preveia que la guerra no podia tardar en declararse, quiso preparar á Huascar á la respuesta del Inca su hermano; y habiéndole atraido al templo en que estaban los sepulcros de los reyes le dijo; esplícame Inca, ¿por qué privilegio es tu padre el único entre todos esos reyes, hijos del Sol?— Él, respondió el Inca, tiene solo esta gloria, porque es su hijo predilecto.—¡Su hijo predilecto! ¿No son la lisonja y la mentira las que le han decorado de ese título?—Su pueblo todo, respondió, se lo ha dado, y todo un pueblo no es adulador.—Créeme, dijo Alonso, y haz que cese esa injusta distincion; tu sabes que él no es digno de ella.—Estrangero, dijo el

Inca, respeta mi presencia y su memoria.— ¿Como quieres tu, replicó Alonso, que yo respete á un rey á quien su hijo va mañana á declarar insensato, perjuro y sacrílego? No ha coronado él mismo á su hermano? ¿no ha violado las leyes? Aquel cuyos últimos suspiros han encendido el fuego de la guerra civil entre los hijos del Sol, ¿ha merecido ocupar un lugar en su templo? O tú eres injusto, ó lo fue él; y la guerra es tu delito ó el suyo. Elige, pues el rey de Quito está resuelto á atenerse á la voluntad de su padre.

Un caballo fogoso y soberbio no se asombraria mas del freno que un ginete diestro y animoso quisiese ponerle por la primera vez, que lo que se asombró el altanero Inca, al ver el interés poderoso que oponia Alonso á su cólera rabiosa.—¿Con que tú has recibido la respuesta de ese rebelde? — Sí, díjole Alonso, y gracias al cielo, él es digno por su constancia de ser tu amigo y el mio. Yo le desaprobaria que, siendo rey legítimo, se hiciese tu tributario.

Huascar, sumamente airado, se fue á su palacio. Los primeros movimientos de su corazon fueron los del resentimiento y la venganza, y cediendo á ellos, fué preciso deshonrar á su padre y ultrajar su memoria: cosa que en las costumbres de los Incas era el colmo de la impiedad. La naturaleza resistia á este horrible pensamiento, y el alma de Huascar, dejándose llevar alternativamente de sus sentimientos opuestos, no sabia, en el estado de turbacion en que se hallaba, á cual de los dos debia abandonar.

En el momento de esta lucha se le presenta su esposa favorita, la hermosa y modesta Idali, la cual, al verle tan violentamente agitado, no se acercó á él sino temblando. Llevaba de la mano al jóven Xaira, su hijo, el heredero presuntivo del imperio, y sus ojos clavados tiernamente en este se anegaban en lágrimas.

Notándolo el rey, mírala tristemente, tiéndela la mano, y pregúntale cual era el motivo de su afliccion.— ¡Ay! díjole ella, yo estoy temblando. Me hallaba con mi hijo y colmaba de caricias á la imagen de un esposo adorado, cuando he aquí que Oella, tu augusta madre, se llega á mí, pálida y desconsolada, demostrando en sus ojos la turbacion y el espanto: Querida y desventurada Idali, me dice, tú te complaces en mirar á ese niño, tu única esperanza; tú te aplaudes de su destino; pero, ¡ay! ¡cuan incierto es él, y que mal seguro está el derecho que le llama al imperio! Una paz odiosa pone la voluntad de los incas en el lugar de nuestras leyes santas, y una vez dado el ejemplo, todo se lo creerán permitido. El capricho de un hombre, la astucia de una muger, el encanto de la novedad, la seduccion de un momento basta para destruir todas nuestras esperanzas. El cetro de los Incas pasará á las manos de la que haya sorprendido un postrer movimiento de amor ó debilidad. El hijo de la estrangera, coronado en Quito, y reconocido por rey legítimo, nada puede ser ya mas sagrado. ¡Ah querido niño! dijo estrechándole entre sus brazos, ¡ojalá que tu padre, despues de haber autorizado el perjurio de tu abuelo, no se prevalga de él el mismo! De esta manera me habló tu madre, y ella solicita el verte.

Al instante se apareció Oella, y á las reconvenciones del Inca, que se ofendia de sus alarmas, ella no respondió sino colmándole de reprehensiones amargas.

Rival de Zulma y rival abandonada, ella guardaba al hijo el odio que habia tenido á su madre; el nombre de Atalibade era odioso. El amor irritado en vano se debilita con la edad, pues que aun en el momento mismo que espira, deja su veneno en la llaga: césase de amar al infiel, mas no al objeto de la infide-

lidad. Con un odio tal por la sangre de Zulma, la mas altiva de las Palas (1) se esforzó para animar á su hijo á la venganza.

Y bien, le dijo ella, ¿acabas de ceder al orgullo del rebelde. del usurpador de tus derechos? ¿Has anunciado al mundo que las leyes del Sol deben todas ser sometidas á la voluntad de un hombre? ¿que la embriaguez, el descarrio, el capricho de un rey hace la suerte de un estado? ¿que un padre injusto puede escluir á su hijo de la herencia á que la naturaleza le llama, y disponer de ella á su antojo?

—Yo estoy muy lejos de aplaudir, dijo el Inca, á esas máximas peligrosas, y si yo disimulo la iniquidad de un padre. creed que me veo forzado á ello. —Entonces la manifestó las razones que se oponian á su resentimiento.

—Esas razones especiosas, le replicó su madre, ocultan en sí dos cosas las cuales yo penetro, y tú no osas confesarme. La una, es la esperanza de que á tu tu no te sea lícito el poner la pasion en el lugar de las leyes, que ya, altaneras rivales, comparten entre sus hijos los restos de tu herencia y del imperio del Sol. La otra, es la indolencia y la molicie, el trabajo que te cuesta tomar las armas, y el temor de ser vencido; eso es, por lo ménos, lo que pensará el pueblo entero, testigo de esta paz infame, y no le alucinarán vanas razones. El reinado de todos tus abuelos ha sido señalado por la gloria; pero el tuyo lo será por una eterna ignominia. Este imperio que ellos fundaron, que extendieron y afianzaron por su valor y constancia, tú habrás apresurado por tu flaqueza,

---

(1) *Así se llamaban las mugeres de la familia real.*

su decadencia y su ruina; la sangre habrá perdido sus derechos, y el primer ejemplo de este cobarde abandono, ¡será mi hijo quien le habrá dado! ¿Es eso honrar la memoria de un padre? y para ellos, para tus abuelos, y para ese Dios mismo de quien sois descendiente, ¿no es el mas culpable de los ultrages, el de envilecer su sangre? Si tu padre tuvo virtudes, imítalas; si tuvo un momento de debilidad, confiesa que él fué hombre, frágil y seducido una vez por los alagos de una muger; y despues de hecha esta confesion, haz ceder á las leyes, que son siempre sabias y justas, la pasion, que es ciega, y el capricho pasagero, que el sentimiento desaprueba y condena.

Quiso insistir el Inca sobre los males que acarrea la guerra civil. No, no, díjole ella; vé y suscribe á esa paz deshonrosa que te impone el usurpador; y si esto no bastase á aplacarle, pon tu cetro á sus pies. O desventurado niño, exclamó abrazando al jóven príncipe, ¡que lástima me causas! ¡quien me hubiera dicho que un dia tú tendrias que avergonzarte de tu padre! esto dijo, y se fué.

Afectado mortalmente, el Inca, con tales reprehensiones, salióse tambien, y mandó decir al instante al embajador de Quito que la guerra estaba declarada, y que se diese prisa á partir. Pidióle Alonso que le permitiese verle otra vez; mas fueron en vano sus instancias; y aquella misma noche fué conducido hasta mas allá del Abanzai.

CAPÍTULO XXXIII.

ATALIBA, REY DE QUITO, JUNTA SU EJÉRCITO. — SALE DE SUS ESTADOS. — ASEGURASE DEL FUERTE DE CANARES. — SALE AL ENCUENTRO DEL ENEMIGO.

Consternóse Ataliba al saber el mal éxito de la mediacion de Alonso; encerróse solo con él, y despues de haberle oido: O rey soberbio, exclamó, ¡con que nada puede aplacarte! ¡con que quieres mi ignominia ó mi pérdida! Pero el cielo es mas justo que tú, y él castigará tu orgullo. A estas palabras, precipitándose en los brazos del jóven español; O amigo mio, le dijo en voz alta, ¡cuanta sangre vas á ver derramar! Nuestros pueblos se degollarán uno á otro.... El lo ha querido así, y será satisfecho; mas la pena seguirá su delito mismo.

Dispon de mi, le dijo Alonso. Con el mismo ardor que yo imploraba la paz, déjame rechazar la guerra; y sea cual fuese la suerte de las armas, permite á tu amigo el vencer ó morir á tu lado.

No, dijo el príncipe abrazándole, yo no quiero exponerte á las atrocidades de una guerra impia. Guárdame tu valor para peligros dignos de tí. Tú, sensible y virtuoso jóven, no estás hecho para man-

dar á parricidas. Solo tú y algunos amigos verdaderos á quienes he confiado mis penas, leeis mi pesar en el fondo de mi corazon. El resto del mundo, al ver que la discordia arma á los dos hermanos, confundirá al inocente con el culpable. Déjame la vergüenza á mi solo, y cuida de tus dias para ser partícipe de mi gloria.

Orozimbo y sus mejicanos, Capana y sus salvages querian igualmente armarse en su defensa, pero él lo rehusó, y no les permitió, como al jóven español, sino el acompañarle hasta los campos de Alausi, en los confines de ambos reinos.

Entretanto, sobre una de las cimas del monte Ilinisa, el Inca de Quito hizo enarbolar el estandarte de la guerra, á cuya señal todos sus pueblos se pusieron en movimiento.

Reúnense en las fértiles llanuras de Riobamba, y los primeros que se presentan son los pueblos de aquellas campiñas que encierran, del norte al mediodia, dos largas cordilleras de montañas, valles deliciosos, y mas vecinos del cielo que la cima de los Pirineos (1). De la falda del Sangai, cuya cima ardorosa humea sin cesar mas arriba de las nubes, del bramador Cotopaxi (2),

---

(1) *El suelo del valle de Quito se eleva sobre la cima del Canigon y del Pico del mediodia, que son las dos montañas mas altas de los Pirineos.* (*M. de la Condamine.*)

(2) *Sus erupciones han sido terribles en* 1738, 1743, 1744, 1750, 1753. *En* 1753, *la llama se elevó á* 500 *toesas sobre la cumbre de la montaña. En* 1743, *el estruendo de la erupcion se oyó hasta ciento veinte leguas. Este volcan ha arrojado, en los valles distantes mas de tres leguas, pedazos de piedra*

del terrible Latacunga (1), del Chimborazo, cerca del cual el Emus, el Cáucaso, el Atlas no serian sino humildes collados (2); del Cayambur, que, ennegrecido con los betunes, disputa su elevacion al Chimborazo mismo, todos los pueblos corren presurosos á las armas en defensa de su rey.

De las regiones del norte adelántanse los de Ibara y de Carangué, pueblos falaces y feroces, antes que hubiesen sido domados, pero despues dichosos y fieles. Ellos habian, en otro tiempo, degollado sobre el altar de sus dioses, y devorado en sus festines, á los Incas que les habian dejado para amansarlos é instruirlos. Tal delito fué seguido de un castigo horrible, y el lago en que fueron precipitados los cuerpos mutilados de los aleves (3) se ha llamado el lago de sangre (4).

Júntase á estos pueblos el de Otovallo, pais fértil (5) y atravesado de mil arrojos que, bajo un cielo ardiente, derraman una frescura saludable.

De las riberas de poniente, desde Acatames hasta los campos de Sullana, todos los pueblos de aquellos valles que riegan la Esmeralda, la Saya, el Dolé, y los brazos del rio cuya velocidad arrolla las olas

---

de doce á quince toesas cúbicas. (Ibid.)

(1) *En* 1738, *un terremoto de esta montaña destruyó los lugares de Latacunga y de Hambato, y los habitantes fueron casi todos enterrados vivos.*

(2 *La altura del Chimborazo es de* 3220 *toesas sobre el nivel de la mar.*

(3) *Hasta* 2000, *segun Garcilaso, y de* 20000 *segun Pedro de Cieza.*

(4) *Yauricacha.*

(5) *La tierra produce* 150 *por* 1.

del golfo de Tumbés, vienen con el broquel al hombro, y la lanza en mano, al parage en que el Inca les llama, y en cuanto les vé reunidos (1) les habla en estos términos.

—Pueblos que ha sometido mi padre, tanto por sus beneficios como por sus armas, os acordais de haberle visto, con su blanca cabellera y su aire venerable, sentarse en medio de vosotros, y deciros: sed felices; este es el premio de mi victoria. Ese buen rey ya murió; dejó dos hijos y al morir les dijo: reinad en paz, el uno al mediodia, y el otro el norte de mi imperio. Entonces mi hermano, contento con este reparto, dijo á este padre en su agonía: Tu voluntad será para nosotros una ley sagrada. Pues ved ahora que él mismo se desmiente, y pretende despojarme de la herencia de mi padre. Pueblos, yo os tomo por mis jueces. Si yo no tengo razon, abandonadme; mas si la tengo, defendedme. — Tú tienes razon, gritáronle unanimemente, y nosotros tomamos tu defensa. — Ved aquí á mi hijo, repitió el Inca, el que debe sucederme y aventajarme en sabiduría, pues que á mas de tener como yo, el ejemplo de los reyes sus abuelos, tendrá tambien el mio. — Viva, responden los pueblos, y cuando tú ya no existas, basta solo que él nos recuerde su padre.

— Venid pues, prosiguió el Inca, venid á defender mis derechos y los suyos. Mi hermano, mas poderoso que yo, me menosprecia, y está haciendo los preparativos de una guerra cuya señal cree, sin duda, que va á hacerme temblar; yo quiero sorprenderle antes que él haya podido juntar sus fuerzas. Mañana marchamos al Cuzco.

---

(1) *Componian un ejército de* 30,000 *hombres.*

Desde el amanecer del siguiente dia, se adelanta por los campos de Alausi hácia los muros de Canares ciudad célebre por su magnificencia y por sus tesoros ocultos. Los Incas, al decorarla de murallas, de alcázares y de templos, habian hecho de ella una fortaleza para dominar sobre los Chancas.

Esta nacion numerosa, aguerrida y poderosa, abraza multitud de pueblos. Los unos, como los de Curampa, Quinvala y Tacmar, orgullosos de creerse descendientes del leon que adoraban sus padres, se presentan todavia vestidos de los despojos de su dios, ceñidas sus sienes con su crinera, y llevando en sus ojos su orgullo amenazador. Otros, como los de Sulla, Vilca, Hanco, Urimarca, se jactan de haber nacido, los unos de una montaña, los otros de una caverna, de un lago ó de un rio, á quienes sus padres inmolaban sus hijos primogénitos. Este culto horrible se ha abolido; pero aun no ha podido desengañárseles de su fabuloso origen, cuyo error sostiene su valor guerrero.

Al acercarse Ataliba, estos pueblos, sorprehendidos é indefensos, le hicieron preguntar ¿por que penetraba en su pais con las armas en la mano? Voy, dijo, á suplicar al rey del Cuzco, mi hermano, que me conceda su alianza, y á jurarle, sobre el sepulcro de nuestro padre, una inviolable amistad, si es que él consiente en ello.

Nada se asemejaba menos á un rey suplicante que aquel príncipe á la frente de un poderoso ejército; pero fingiose que se le creia, y engañado por las apariencias, iba á adelantar camino, cuando hé aquí que vió entrar en su tienda á uno de los caciques del pais, quien, resentido del orgullo del Inca del Cuzco, saluda á Ataliba y le habla de esta suerte: Tú crees poder pasar con seguridad por entre un pueblo

á quien prohibes que se haga injuria ó violencia; pues sabete que en un consejo, al cual yo acabo de asistir, se ha conspirado contra tí. Yo te amo, porque se me asegura que tú eres bueno y afable, y yo odio á tu rival, porque es duro y soberbio. El me ha humillado. Yo soy hijo del leon, y no quiero que se me humille.

Ataliba dió las gracias al cacique, y consultó á sus tenientes Palmore y Corambé, ambos criados en los combates bajo las banderas del rey su padre, y reverenciados por las tropas que ellos mismos habian aguerrido en la conquista de Quito. Príncipe, díjole uno de ellos, veis esas llanuras, en donde se levantan montones de huesos humanos sepultados bajo la yerba; esos pues son las reliquias honrosas de veinte mil Chancas muertos en una batalla (1) defendiendo su libertad. Sus hijos no son hombres sin valor si les vencemos, ya creo que podremos imponerles respeto, mas la suerse de los combates es engañosa, y aquel que no prevee tu inconstancia es un insensato. Yo me lisongeo de que hemos de salir victoriosos; pero no se me oculta que podemos ser vencidos, y en tal caso, yo veo á esos pueblos, alentados por nuestra derrota, precipitarse sobre un ejército disperso y fugitivo, y acabar de destruirlo. No dejes, pues, de seguir los consejos de ese cacique; la fortaleza de Canares es un punto de apoyo, de defensa y de reunion en caso necesario. Este puesto, del cual pende la gloria del ejército, debe

---

(1) *En tiempo del Inca Roca, quedaron muertos* 30,000 *hombres, entre los cuales* 8000 *eran de la sangre real. La llanura de Sascahuama, donde se dió esta batalla, fué despues llamada* Yahuaripampa *esto es,* campana de sangre. *Véase el cap.* 30.

ser confiado á manos cuya fidelidad sea bien conocida, y si me atrevo á decírtelo, Inca, tú solo eres quien debe guardarlo. —

El Inca no vé en tan prudente consejo sino la intencion de defenderle; pero, no obstante: — Si temes algo por mi presencia, dijo á Corambé, mal me conoces; tu edad, tus hazañas, la estimacion de mi padre, te han adquirido mi confianza y no he sabido nunca concederla á medias. Tú mandarás, y yo seré tu primer soldado; así se aprenderá de mí á obedecerte con zelo; y si la victoria es nuestra, no tengas miedo de que tu rey te quite el mérito de ella. Cuanto al cuidado de mis dias, no es este el momento de ocuparnos de él. Ahora va á pelearse por defender mis derechos, y seria vergonzoso que, sin mí, se pelease por mí. No hay pues que hablarme mas sobre que permanezca lejos del combate, pues que yo debo hallarme en él.

No, príncipe, díjole Corambé, yo te serviria mal si te creyese cobarde; mas tú eres zeloso y envidioso de tu gloria; tú sentirás haber hecho esta injuria al zelo de un amigo, á quien conoció mejor que nadie tu padre.

—¡Ah! generoso anciano, perdona, díjole el Inca abrazándole. Yo he sido un momento injusto. Mas ¿porque dejarme ocioso á la sombra de esos muros?

— Yo permaneceré en ellos, le dijo Corambé. Déjame tres mil hombres con estos valientes caciques y este estrangero que, como ellos, no pide sino que les permitas servirte. —El Inca no vaciló en ello; Alonso, Capana, el valiente Orozimbo, los mejicanos, todos lo aplaudieron con alegría, resueltos á derramar su sangre en defensa del Inca. Habiendo pues dejado con ellos tres mil hombres escogidos en

los muros de Canares, hizo adelantar su ejército hácia los campos de Tumibamba.

CAPÍTULO XXXIV.

HUASCAR, REY DEL CUZCO, MARCHA Á LA FRENTE DE SUS PUEBLOS. — BATALLA DE TUMIBAMBA. — ES VENCIDO EL EJERCITO DE QUITO. — ATALIBA ES HECHO PRISIONERO, Y ESCÁPASE DE LA PRISION.

Entretanto, el rey del Cuzco, se apresuraba á juntar sus tropas; y todos los pueblos circunvecinos abandonaban sus campos, volaban á las armas, y se colocaban bajo sus estandartes.

De las riberas de aquel lago (1) célebre en que Manco descendió, los pueblos de Asilo, Avancani, Uma, Urco, Cayavir, Mullama, Atan, Cancola y Hillavi, comprendidos bajo el nombre de Collas, dejan sus risueñas dehesas, en donde adoraban en otro tiempo á un carnero blanco, como el dios de sus rebaños y la fuente de sus riquezas. Ellos se dicen nacidos de aquel lago que circunda sus cabañas, y es el Letéo á donde van las almas despues de esta vida, para volver un dia á ver la luz pasando á nuevos cuerpos.

Por su lado, se avanza la altiva y valerosa nacion de los Charcas. La razon es la que la ha sometido,

(1) *La laguna del Collao.*

y no la fuerza de las armas. Cuando los Incas la anunciaron que venian á dictarla leyes, sus jóvenes guerreros, llenos de ardor, pidieron todos pelear y morir, si era necesario, en defensa de su libertad. Los viejos les elogiaron la sabiduria de los Incas y su bondad generosa; cayéronseles entonces las armas de las manos, y fueron todos en tropel á prosternarse á las plantas del hijo del Sol que queria reinar sobre ellos.

Mas sabio, aun, habia sido el valeroso pueblo de Chayanta; su reduccion voluntaria bajo el poder de los Incas es el modelo de los buenos consejos. El príncipe que iba á someterle le mandó decir que le traia leyes, costumbres, política, culto y un modo de vivir mas racional y feliz. Si así es, respondieron los Chayantas á los diputados, tu rey no necesita ningun ejército para reducirnos. Que le deje, pues, en la frontera; que venga y nos persuada, y nosotros nos someteremos á él, pues que el mas sabio es el que siempre debe mandar; pero que prometa tambien dejarnos en paz, si, despues de haberle escuchado, no tenemos el mismo modo de ver que él, en cuanto á las ventajas que nos anuncia con la mudanza de culto y de costumbres. A tan justas condiciones, vino el Inca casi sin escolta, habló, escuchósele, y en cuanto comprendió el pueblo que le seria útil el colocarse bajo las leyes de los Incas, se sometió y le dió gracias. Tales eran aquellos salvages, que los europeos creyeron no poder conquistar sino por la esclavitud y la sangre.

En mas corto número se adelantan los pueblos que hácia el oriente cultivan la falda de las montañas inaccesibles de los Antis. Sus abuelos adoraban unas enormes culebras (1) de que abunda aquel pais agreste.

---

(1) *Entre ellas hay algunas de* 25 *á* 30 *pies de largo.*

Adoraban así mismo al tigre, á causa de su crueldad. Ellos han abjurado su antiguo culto, pero se hacen aun gloria de conservar sus restos, y su corazon no ha olvidado todavia la ferocidad de él. Entre los Antis de quienes son descendientes, la madre, antes de presentar el pecho á su hijo, le empapa en sangre humana, á fin de que habiendo mamado la sangre al mismo tiempo que la leche, tengan sus hijos una ansia eterna de beber aquella.

A la parte del norte se replegan hácia las riberas del Apurimac, los pueblos de Tumibamba, de Casamarca, de Zamora, y aquella nacion fiera cuyos muros han conservado el nombre de *Contorno* (1), el Dios de sus padres. Un morrion de plumas de este pájaro terrible (2) distingue á los hijos de sus adoradores, y fluctúa sobre sus orgullosas cabezas.

Despues viene lo mas selecto de los pueblos de Sura, pais fértil, y en donde nace el oro; de Rucana, en donde la belleza parece ser uno de los dones del clima; y de los campos de Pumalacta (3), en otro tiempo receptáculo de los leones que adoraba el hombre.

De las pampas ó llanuras del poniente, se juntan en tropel los valientes pueblos de Imara, de Collapompa, de Queva por quienes se libertó el imperio de

---

(1) *Era un pájaro llamado* Cuntur-Marca.

(2) *Este pájaro es banco y negro como la urraca. La naturaleza le ha rehusado las presas ó uñas de un halcon, pero le ha dado un pico tan duro y fuerte, que de un solo picotazo ahugerea la piel de un toro. Sus alas tienen mas de veinte pies de estension. Dos de estos pájaros bastan para matar un toro y devorarle.*

(3) *Depósito del leon.*

la rebelion de los Chancas (1) y que conservan aun las señales de su gloria, señales que son las mismas para ellos que las de los hijos del Sol (2).

Finalmente, venian los habitantes de los ricos valles de Yca, Pisco, Acari, Nasca, Rimac, sometidos sin trabajo, y los de Huaman, que, aunque mas rebeldes, habian sido reducidos a su turno. Cuando se les propuso primero el recibir el culto y las leyes de los Incas, respondieron, que adoraban al mar, divinidad fecunda y liberal; que no impedian á los pueblos de las montañas que adorasen al sol, que les hacia bien, y cuyo calor templaba la aspereza de sus helados climas; pero que cuanto á ellos, como él consumia y quemaba sus campos, jamas lo adorarian como su dios; que estaban contentos con su rey, como con su divinidad, y que al aprecio de su sangre estaban resueltos á defender uno y otro. Fué la guerra larga y terrible; mas el enemigo, para reducirles, hizo cortar los canales que regaban sus áridos surcos: la necesidad hizo la ley, y la dulce equidad del trono de los Incas justificó su violencia.

Apenas estas naciones se habian juntado bajo las murallas del Cuzco, cuando se supo que el rey de Quito avanzaba hácia Tumibamba. Huascar queria ir á esperarlo al paso del rio que baña sus campos; mas la fortuna le sirvió mejor que la prudencia y los consejos mismos.

Ataliba habia pasado el rio, y sobre la colina opuesta queria establecer su acampamento. El dia

---

(1) *Bajo del Inca Roca. Veánse los cap.* 30 *y* 34.

(2) *Estas señales son los cabellos cortados, las orejas ahoradadas, y la franja real sobre la frente.*

empezaba á disminuirse. El ejército de Quito habia hecho una larga marcha, y los soldados, exhautos de fatiga, no pedian sino el descanso. No obstante, su zelo les esforzaba, y subian por la colina. De repente aparece en columna, sobre la cima, el ejército del rey del Cuzco. Desplégase á vista del enemigo, y al instante se dá la señal del combate. La ventaja del lugar y del número, sobre tropas ya vencidas por la pérdida de sus fuerzas, pudo mas que el valor. Los de Quito, veinte veces reunidos y deshechos, no consiguieron salvarse, sino á favor de la noche, que favoreció su retirada. Fué preciso volver á pasar el rio, y el rey, que quiso en persona proteger este paso, cayó en manos de los enemigos. Desdeñóse Huascar de verle: Tendrá, dijo, la suerte de un rebelde: que se guarde con cuidado en el fuerte de Tumibamba.

Este desastre llevó la desolacion al ejército del rey cautivo; todo el campo estaba alborotado. El hijo de Ataliba corria por él despavorido, y gritaba á sus pueblos, tendiéndoles los brazos: Hijos mios, volvedme á mi padre. Su dolor, su delirio redoblaba aun la tristeza que oprimia todos los ánimos.

Palmore, desconsolado, pero sereno, vase al encuentro de Zorai, y, volviéndole á su tienda: — Príncipe, le dijo, modérate; no hay porque desesperarte. Tus pueblos son fieles. Tu padre vive, y te será vuelto. — Tú me lisongeas, dijo el jóven, temblando de espanto y de alegría. — Yo no te lisongeo, él te será vuelto, repitióle el viejo. Anda, y dá á tus pueblos el ejemplo de la firmeza.

Viene la noche, y un profundo silencio, esparcido por todo el ejército, denotaba su consternacion. Palmore solo, encerrado en su tienda, velando y meditando, se decia á sí mismo: ¿Que he de hacer yo ahora? Si por la fuerza quiero libertar á mi rey, yo co-

nozco á su enemigo, él le hará morir antes de entregarlo, y si yo doy á conocer alguna irresolucion, flaqueza ó temor, el desaliento se apoderará del ejército, y todo se pierde entonces.

Abismado en tan tristes pensamientos, un soldado anciano se presenta á el. ¿Me conoces, dice? Yo he peleado bajo tus banderas en la conquista de Quito. Ved aun mis cicatrices. Cuando fué vencido el cacique de Tacmar, preso y encerrado en el fuerte de Tumibamba, yo era uno de sus guardas. Vinieron á sacarlo, y por una larga caverna iban á taladrar su prision. Fué descubierta la empresa, y Tacmar, reducida á rendirse, obtuvo que su cacique fuese puesto en libertad. La paz hizo olvidar los males de la guerra, y aun se olvidó tambien la mina principiada bajo del fuerte; solamente su entrada está cubierta por frondosos mangleros; pero yo la conozco, y si, lo que yo creo, la prision del Inca es la misma que tuvo el cacique, no necesito sino diez hombres de un valor experimentado para salvarle esta noche misma.

Aplaudió Palmore su zelo; díjole que escogiese compañeros dignos de él, y con el mas profundo silencio él los vió partir. Pasa la noche en las mas crueles agonías; ya teme, ya espera, ya medita sobre la incertidumbre, la apariencia, y el peligro del suceso.... Vá en ello nada menos que la libertad y la vida de su rey. ¿Le habrá salvado? ¿le habrá perdido? Ya el momento estará decidido. Este era su contínuo pensamiento.

Entretanto el rey de Quito gime bajo el peso de sus cadenas, mas atormentado por el cuidado de sus pueblos y de su hijo, que por el de su propia desgracia.

De repente, en medio de estas reflexiones, oye un ruido subterráneo. Escucha, acércase mas el ruido, y siente la tierra estremecer bajo de él mismo; apártase

y la ve hundirse. Al instante, sale como de un sepulcro un hombre que, sin hablarle, le hace señal de callarse, y asiéndole de la mano, le conduce al abismo que acababa de abrirse delante de él.

Ataliba, sin resistencia, se entrega á su guia, síguele, y al salir de la caverna vese rodeado de soldados que le dicen: Ven, príncipe, libre estás; ven, tus pueblos te aguardan: vuélveles la vida y la esperanza... —¡Estoy libre, y por vosotros! O mis libertadores, les dice abrazándoles uno á uno, ¡cuanto os debo! ¿Podré yo recompensaros cuanto lo mereceis? Acabad vuestra obra. Ahora debemos asombrar los ánimos por la apariencia de un prodigio: ocultadles que sois vosotros quienes me habeis libertado. Ellos le prometen el silencio, y al favor de la noche, Ataliba pasa el rio, llega á su campo, y penetra sin ruido hasta la tienda de Palmore.

El anciano, que al ver su príncipe se habia libertado del tormento de su inquietud, va á arrojarse á sus plantas. Levántale el Inca, y le abraza enternecido. Soldados, dice Palmore, yo ruego que uno de vosotros corra á anunciar al príncipe el regreso de su padre; y un instante despues, llega este hijo tan querido, enagenado por la sorpresa y la alegría. Los transportes mútuos del jóven Inca y de su padre fueron interrumpidos al despertarse el ejército por los gritos de una multitud apresurada por ver de nuevo á su rey. Ataliba se presenta, y la griteria redobla. Ahí está, vedle ahí, él mismo es. Está libre. Él nos es vuelto.

Sí, pueblo, dijo Ataliba: El Sol mi padre ha burlado la vigilancia de mis enemigos. Él me ha hecho escapar de la prision en que me tenian encerrado. Mi libertad es solamente obra suya.

Como la multitud tiene siempre costumbre de ponderar el objeto de su admiracion, añadió que Ataliba,

para escaparse de su prision, se ha transformado en serpiente (1). Tal rumor vuela de boca en boca, créese, y se publica como una señal brillante de los favores del cielo.

Palmore, dijo entonces el rey, he aquí el momento de sorprender á mis enemigos y reparar mi desgracia.

No, príncipe, no, díjole Palmore, no te volverás á esponer.» Basta ya de las ansias que nos has hecho pasar esta noche. Véte á reunir con los que defienden á Canares, y envíame á Corambé. Cedió el rey á sus instancias, y mandó llamar á su hijo.

Principe, dijo, yo te dejo bajo la conducta de mis amigos, y bajo la salvaguardia de mis pueblos. Acuérdate de tus abuelos. Ellos llevaron á los combates una sabia intrepidez. Imita su prudencia, ó mejor consulta la de los caudillos que comandan. Una sabia docilidad á los consejos de aquellos á quienes han instruido los años, es la prudencia digna de tu edad. Amigos mios, dijo á Palmore y á los guerreros que le rodeaban, yo os lo confio, y os doy sobre él los derechos de un padre. Adios, hijo mio. Vuelve á verme digno de toda mi ternura. A estas palabras, estrechando en sus brazos al jóven, cuya belleza, noble con modestia, y altiva con dulzura, era la imágen de la virtud, dejó escapar algunas lágrimas, y echando sobre Palmore y sobre los caciques una mirada que les manifestaba toda la emocion de su corazon paternal, entrególes su hijo, y apartó á un lado la vista.

---

(1) *Hecho sacado de la historia.*

CAPÍTULO XXXV.

SUBLEVADOS LOS CANARINOS EN FAVOR DEL REY DE CUZCO, SITIAN EN SU FORTALEZA LAS TROPAS DEL REY DE QUITO. — ECLIPSE DEL SOL. — DERROTA DE LOS CANARINOS. — BATALLA DE SASCAHANA; ES VENCIDO EL REY DEL CUZCO Y HECHO PRISIONERO. — EL HIJO MAYOR DEL REY DE QUITO ES MUERTO EN LA ACCION.

Mientras que Ataliba, para volver á Canares, atravesaba los campos de Loja, sublévanse los Canarinos. Un pueblo entero sitiaba la ciudadela, y amenazaba cortar los canales de las fuentes, cuyas aguas les eran estremamente urgentes. Para forzar este pueblo aguerrido á levantar el sitio, era preciso salir de los muros y atacarle, á riesgo de ser envuelto y abrumado por su crecido número.

Aparece entonces el mas asombroso de los fenómenos de la naturaleza. El astro adorado en aquellos climas se obscurece de repente en medio de un cielo sin nublados; al instante una profunda noche envuelve á la tierra. La sombra no venia del oriente, sino que cayó de lo alto de los cielos, y cubrió al horizonte, y un frio húmedo se apoderó de la admósfera.

Los animales, instantáneamente privados del calor que les anima, y de la luz que les guia, parecen preguntarse la causa de esta noche inopinada: su instinto, que cuenta las horas, les dice que no ha llegado aun la del reposo. En los bosques, llámanse unos á otros con una voz de espanto, asustados de no verse; en los valles, se reunen y se estrechan temblando. Los pájaros, que sobre la fé del dia, han tomado su vuelo en los aires, sorprendidos por las tinieblas, no saben á donde ir. La tórtola, se precipita ante el buitre que se espanta al encontrarla. Todo lo que respira se halla atemorizado. Los vegetales mismos se resienten de esta crisis universal. Diríase que el alma del mundo va á disiparse ó á estinguirse, y en sus ramificaciones infinitas el raudal inmenso de la vida parece haber moderado su curso.

¡Y el hombre! ¡ah! para él es para quien la refleccion añade á los sobresaltos del instinto la turbacion y perplexidad de una prevision impotente. Ciego y curioso, hácese fantasmas de cuanto no concibe, y se llena de negros presagios, amando mejor el temer que el ignorar. Dichosos en este momento los pueblos á quienes los sabios han revelado los arcanos de la naturaleza. Ellos han visto sin inquietarse al astro del dia, en medio de él, quitar su luz al mundo, y serenos aguardan el instante señalado en que nuestro globo va á salir de la obscuridad. Mas, ¿como esplicar el terror, el espanto que este fenómeno ha causado á los adoradores del Sol? En una plena serenidad, al momento en que su Dios en todo su esplendor se eleva á lo mas alto de su esfera, se desvanece, y la causa de tal portento, como su duracion, aun le ignoran totalmente. La ciudad de Quito, la ciudad del Sol, Cuzco, los campos de los dos Incas, todo gime, todo está consternado.

En Canares, un horror repentino habia helado todos los ánimos; los sitiados y sitiadores tenian su frente en el polvo. Alonso, impasible en medio de aquellos indios atemorizados, observaba con un asombro lleno de compasion lo que pueden hacer la ignorancia y el miedo. Él veia palidecer y temblar á los guerreros mas intrépidos. Amigos, díjoles, escuchadme, pues que urge el tiempo y es importante que vuestro error sea disipado. Sabed que lo que pasa ahora en el cielo no es un prodigio funesto. Nada hay mas natural, vais á concebirlo, y cesareis de temerlo. Los indios comenzando á tranquilizarse al oir tal lenguage, prestan un oido atento, y Alonso prosigue: cuando á la sombra de una montaña no veis al Sol, entonces, decis sin asustaros: esa montaña me impide el verlo, no es él quien está en la sombra, sino yo; él está siempre lo mismo en el cielo. Pues bien, en lugar de una montaña, considerad que un globo espeso y sólido, un mundo semejante á la tierra, pase en este momento por debajo del Sol. Mas este mundo, que sigue su camino va á alejarse, y el Sol aparecerá de nuevo mas brillante que nunca. No tengais pues miedo de una sombra pasagera.

El carácter del error entre los pueblos del nuevo mundo es el de no estar arraigado. El se apega tan poco á los ánimos que el mas leve soplo de la verdad le desprende de ellos. Tómanlo sin examen, y le abandonan sin pesar. Alonso, con el solo medio de una imágen clara y sensible, desengañó á todos; y volvió la paz á sus corazones. Vióse en efecto al Sol que, como un círculo de oro, resplandeciendo por entre la sombra, empezaba á deshacerse de ella. ¡Que! esclamaron entonces, esto no es ni desfallecimiento ni cólera en nuestro Dios; y Corambé, acabando de disipar sus temores: soldados les dijo, yo he visto

suceder lo que él nos anuncia. Él es mas ilustrado que nosotros. Apresuraos pues, tomad las armas, salgamos y derrotemos á esos rebeldes que ya están vencidos por el miedo.

A los gritos de los sitiados, que desde el crepúsculo del Sol renaciente se arrojaban fuera de los muros de la ciudadela, los canarinos se abandonaron á un terror insensato. Fué acometido su campamento, y un instante bastó para derrotarlos, y el Sol iluminando de nuevo la tierra, la vió sembrada de muertos y moribundos.

Alonso, en aquella salida, no habia dejado á Capana, y á la cabeza de los salvages acababan los dos de disipar los batallones que habian desordenado, cuando vieron de lejos empeñarse otro combate. Ved allí, dijo Alonso, una partida de nuestros amigos sobre quienes se están vengando los canarinos: volemos en su ausilio. Atraviesan la llanura con la rapidez de un viento tempestuoso, y un torbellino de polvo señala las huellas de sus pasos. Llegan; era el rey, el Inca mismo, á quien rodeaba una valerosa escolta, y le defendia contra una multitud de enemigos.

A la banda que le ciñe las sienes, al brillo de su escudo y, mas todavía, á su valor reconoce Alonso al rey de Quito. El relámpago parte de la nube con menos velocidad que la espada del castellano, y desconcierta el grueso batallon que oprime á Ataliba. Este vé á Alonso, y cree ver la victoria. No se engañaba en ello, pues que sus esfuerzos reunidos desordenan, repelen y echan por tierra cuanto se opone á sus golpes.

En cuanto los Canarinos huyeron dispersos delante de ellos, Ataliba arrojándose en los brazos de Alonso: O amigo mio, le dijo, ¡cuan dulce me es el deberte mi libertad! Mas yo estoy herido. Yo te dejo el cui-

dado de reunir mis tropas. Haz gracia á los vencidos desarmados. A estas palabras, pálido y trémulo hízose conducir al fuerte.

Era grave su herida, mas no fue mortal. La goma del mulli, este bálsamo precioso, con que la naturaleza ha hecho presente á aquellos climas, como para espiar el delito de haber hecho nacer el oro, derramado en la llaga, consiguió sanarla, y volvió á aquel desventurado príncipe á la vida y al dolor.

Corambé llevó al campo la noticia de la victoria del Inca sobre los canarinos; pero Palmore quiso aguardar á que se esparciese en el campo enemigo, y que hubiese causado en él la alarma y el desórden. Entonces fué él mismo á visitarle, y hablando al rey del Cuzco: El Inca tu hermano, le dijo, te pidió la paz, y tu le declaraste la guerra. Él ha vencido, y aun pide la paz. Un momento de imprudencia que te ha dado sobre nosotros la ventaja de una sorpresa, no nos ha desalentado, y asi no debes vanagloriarte. Nosotros deseamos la paz únicamente por amor de ella, y por el justo horror que nos causa la guerra civil. Inca, piensa bien tu respuesta. Bajas están nuestras lanzas, nuestros arcos plegados, la flecha mortífera en su escudo: piensa antes que vuelvan estas armas á ponerse en ejercicio; piensa, repito en las desgracias que una palabra de tu boca puede prevenir ó causar. Aqui, sobre todo, es donde la palabra es terrible, y donde la lengua de un rey es como un dardo de cien mil puntas. Tú eres responsable para con el Sol, tu padre, de la sangre de sus hijos y de la de tus súbditos. La igualdad, la independencia, la concordia y la union, he aquí lo que el rey tu hermano me encarga que te ofrezca y te pida.

Respondióle el monarca que los Incas sus abuelos

nunca habian recibido la ley de persona alguna. Palmore, con tristeza, le dijo: ¡Y bien! ¡tú lo quieres! Hasta mañana. Diciendo esto se volvió á su campamento.

El alba vió á los dos ejércitos desplegarse en la llanura. Era la primera vez que, desde once reinados, se veia enarbolar en los dos campos el estandarte de Manco. Esta insignia sagrada era la prenda de la victoria: y el centro en que estaba colocado, era tambien el punto mas importante del ataque y de la defensa.

Lejos de este centro peligroso del lado del Cuzco resplandecia, con los rayos del Sol, el trono imperial de Huascar, sostenido por veinte caciques y cubierto á manera de palio, por un pabellon de plumas de mil colores. Huascar desde lo alto de este trono, dominaba el campo de batalla, y parecia presidir al combate que iba á darse.

Los dos ejércitos, con paso igual, marchan á su encuentro; y repentinamente el grito de guerra de aquellos pueblos, la voz formidable de *Illapa.... Illapa....* (1), repetida por mas de cien mil bocas, resuena por los valles y bosques. A este grito redoblado, se junta el silbido de las flechas que van á empaparse en sangre. Agotáronse pronto los repuestos de estas armas, y en su lugar sirviéronse de la piedra, que arrojada mas de cerca, da mas seguros los golpes. Pronto los batallones flotantes, ya desplegándose, ya cerrándose por llenar y ocultar sus flancos, estaban en un continuo movimiento. El dolor ahoga sus gritos; la muerte, aunque horrorosa, les es mu-

---

(1) *Ya se ha dicho que Illapa significa el relámpago, el trueno y el rayo.*

da; pues, por no dar al enemigo el placer de oir ayes y vergonzosos lamentos, el indio comprime dentro de su pecho hasta su último suspiro.

A la piedra se siguió la hacha y la maza, armas terribles entre pueblos, á quienes el hierro, el plomo y la pólvora, abortos de las furias, son totalmente desconocidos. Hasta aquel momento, una intrepidez igual habia hecho dudosa la victoria; pero bien se apercibió la ventaja que tenian los pueblos aguerridos sobre los que largo tiempo habian estado pacíficos. Las tropas mas valientes del ejército del Cuzco defendian el collado; y el resto, compuesto de pastores y gentes flojas por su eterna ociosidad, era muy numeroso. Nuevos refuerzos se presentan de tropel en reemplazo de los batallones, que, rotos y deshechos, volvian la espalda al enemigo, y tambien caen á su turno. El ejército quiteño se adelanta paso á paso, y amenaza envolver al cuerpo cuzqueño que defiende el estandarte. El rey del Cuzco observa que el ejército del centro cede; al momento, destaca del collado lo mas selecto de sus guerreros que hacian la guardia de su persona.

Esto era justamente lo que deseaba Corambé; de forma que, mientras los cuzqueños volaban al socorro del centro, Corambé, con batallones escogidos que tenia en reserva, marcha al collado, penetra en el recinto debilitado del trono del Inca, ábrese un camino de sangre hasta que le hizo prisionero, lo amarra y se lo lleva consigo.

Al momento, mil fuertes alaridos anuncian este desastre, espárcese la noticia en el ejército, y lleva á él la desesperacion: todo se espanta, todo se dispersa. No se vé ya sino pueblos despavoridos que arrojan sus armas para huir; pero el dolor, la turbacion, el espanto les impide la fuga; descienden al valle, y ven-

cidos, no les queda otra esperanza que la clemencia de los vencedores, clemencia que imploran en vano. No hay cuartel; la rabia mas ciega y mas furiosa exalta á los de Ataliba, los dos viejos que les comandan les gritan inutilmente que economicen la sangre; pero ellos no creen poderse vengar bastante de la pérdida que han tenido: su príncipe. el hijo de su rey, Zorai, ya no existe. ¡O padre desventurado! ¡cuantas lágrimas va á costarte la victoria!

Al ataque del estandarte, Zorai se adelantaba al frente de los suyos, á quienes alentaba con su ejemplo. A su juventud, á su belleza, á su valor todos los corazones estaban conmovidos. El enemigo mismo, viéndole esponerse á sus golpes, le admiraba, le compadecia, y ninguno se atrevia á herirle. Uno solo, y fué de los feroces Antis, al momento en que el jóven príncipe venia de apoderarse del estandarte, en lo mas fuerte del conflicto, ese indio le dispara una flecha homicida, y el pedernal con que está armada le atraviesa el pecho. Bamboléase al instante, sus indios le sostienen á porfía; pero, ¡ay! inutilmente. Apágase el fuego de sus ojos, bórrase la brillantez de su hermosura, y el frio de la muerte comienza á esparcirse por sus venas A la manera que en las cercanías de una selva, un tierno cedro, desarraigado por un vendabal furioso, no hace sino reclinarse sobre los robustos cedros vecinos que le sostienen; pero que bien pronto la languidez de sus ramas y palidez de sus ojas anuncian que está desprendido de la tierra que le ha criado; así tambien Zorai apoyándose sobre sus soldados acabó de existir. ¡O padre mio! dijo este jóven Inca con voz desfallecida, ¡cual será tu dolor! Amigos, continuó diciéndoles, acabad vuestra obra, y ojala que mi sangre os adquiera la victoria. Cubrid, cubrid mi cuerpo con este pendon sagrado

cuya conservacion me ha costado la vida; cubridle, digo, para ocultar á los ojos de un padre amoroso una imágen demasiado aflictiva, pero que al mismo tiempo le servirá de consuelo al ver que he muerto como digno hijo suyo.

El grito del dolor y el de la venganza resonaban al rededor de él. No, dijo, harto es el vencer; yo no quiero ser vengado. Soy Inca, y perdono. Aléjanse al instante del combate, cuyo furor se renueva; y algunos instantes despues, levantando aun sus párpados belados hácia los montes de Quito, pronuncia otra vez el nombre, el dulce nombre de padre, y exala su último aliento.

En el momento mismo, alaridos lamentables anuncian á los del Cuzco que su rey habia sido hecho prisionero; de forma, que por un lado el espanto, por otro la pena y el furor, no presentan en los campos da Tumibamba sino la carniceria y la derrota mas completa. La ciudad del Cuzco fué tomada y saqueada; el primogénito de los hijos del rey, el valiente y sabio Mango, que la defendia, viendo que iba á perecer, se retiró peleando, y se refugió en los montes.

La altiva Oella, la bella y lastimosa Idali, con aquel niño precioso (1), á quien el nacimiento habia destinado al mando del imperio, apenas tuvieron tiempo para escaparse, y los generales de Ataliba, despues de inauditos esfuerzos, para hacer cesar el estrago, reunieron sus tropas sobre las riberas del Apurimac.

---

(1) *Xaira.*

CAPÍTULO XXXVI.

LLEVAN EL CADAVER DEL JOVEN PRÍNCIPE Á SU PADRE.— ENTREVISTA DE ATALIBA Y DE HUASCAR SU PRISIONERO Y HERMANO.

Gemia Huascar bajo una guardia vigilante, cuando Palmore y Corambé entran en su tienda, se prosternan delante de él, segun costumbre, y usando de palabras de paz procuran suavizarle. Huascar apénas levanta la cabeza, y mirando á sus vencedores con ojos de indignacion, les dice: Traidores, romped mis cadenas, ó empapad vuestras manos con mi sangre. Vosotros insultais mi desgracia mezclando el respeto al ultrage. Si soy rey, volvedme la libertad, y entonces os prosternareis. Mas si no soy mas que un esclavo, ¿porque no me arrollais á vuestros pies?

No bien habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando sus oidos fueron heridos con ayes y lamentos. No eres tú solo el desgraciado, díjole Palmore, pues que Ataliba á acaba de perder su hijo adora-

do.—¡Ah! exclamó Huascar con una alegría inhumana, yo le veré llorar y ojala que el cielo le vuelva todos los males que me ha hecho.

Los pueblos de Quito reunidos en su campo han pedido ver el cadáver del jóven príncipe, que se ocultaba á sus ojos, y sus gritos de dolor y rabia son los que acaban de oirse. Se les apacigua, se les reorganiza, se les hace pasar el rio, y la marcha de este ejército victorioso se parece á la pompa fúnebre de un jóven á quien su familia, de quien hubiera sido la esperanza, acompañaria al sepulcro. La consternacion, el luto y el silencio rodeaban el féretro en que el príncipe estaba estendido, envuelto en aquella insignia triste, glorioso monumento de su valor. Despues de él iba el rey del Cuzco, que se regocijaba, en el fondo de su corazon, de la calamidad pública.

Los dos generales de Ataliba acompañaban, con ojos sombrios y la cabeza baja, el lecho fúnebre, olvidando que acababan de conquistar un imperio, y no pensando sino en el dolor que iba á sufrir el infeliz padre.

¡Ay! decia Palmore, él nos le habia confiado: ahora le aguardan, para abrazarle, sus brazos paternales, y no es mas que un cadáver yerto lo que vamos á volverle. ¿Como nos presentaremos delante de él?

Él es hombre, dijo Corambé, y su hijo era mortal: yo le compadezco; mas en vez de lisongear su flaqueza, quiero darle ánimo para resistir á su desgracia. Déjame ir delante del ejército, antes que aquí haya esparcido el rumor de su muerte.

Ataliba, curado de su herida, pero débil aun y lánguido, habia tenido el pesar de oir que la derrota de los Chancas no le habia vengado. Él gemia por su victoria, revolviendo en su pensamiento, con sumo desasosiego, los peligros que arrostraban por él su

hijo, sus amigos y sus pueblos, cuando oyó anunciar la llegada de Corambé. Sorprendido y ansioso por saber cual podia ser el motivo de su venida en aquella forma, manda que le introduzcan. Preséntase Corambé delante de él: Inca, dícele, acabóse ya la guerra; el imperio es tuyo todo entero; tus enemigos están ó destruidos ó desarmados; el único que queda de ellos es Huascar, y á ese le traen cautivo.

No bien hubo acabado estas palabras, cuando Ataliba, enagenado de gozo, se levanta, le abraza, y le dice: Invencible guerrero, todo lo esperaba de tí y de tu compañero; pero tal prodigio ha superado mis esperanzas. Acaba de echar el colmo á la dicha de tu rey. Sabes que es padre, y que como tal experimenta graves ansias. Y mi hijo ¿donde está? ¿donde le dejastes? ¿porque no ha venido contigo? —¡Tu hijo!... ... él ha visto peligros que al mas valeroso arredran. —Y sin duda, los habrá arrostrado, dice el padre; responde. —¿Que te he de decir? ¡ay! Él veia por la primera vez el horror de las batallas. La naturaleza tiene impulsos que la virtud no puede domar. ¡Cielos! ¡que es lo que oigo! ¿ha huido acaso mi hijo? ¿se ha cubierto de ignominia? ¿ha deshonrado á su padre? — Consuélate: él se ha coronado de gloria, muriendo digno de tí. —¿Con que es muerto?— Llorando te le trae tu ejército, de quien fué el ídolo y el ejemplo. Nunca en edad tan tierna manifestó nadie tanto volor. —

Tan terrible golpe penetró hasta en el fondo del alma de un padre. Atérrase bajo el peso de su dolor, y entonces dos fuentes de lágrimas corren de sus ojos. ¡Aq cruel! ¿porque prueba, decia, has preparado mi corazon á la constancia? tú has podido calumniar á mi hijo, y yo he podido creerte. ¡Ah! ¡caro hijo! perdona. lágrimas eternas expiarán mi error. La glo-

ria misma de tu muerte me lo hace mas terrible. ¡O dia desastroso! ¡ó combate funesto! Así venga el cielo el delito de una guerra impia: los vencidos, los vencedores, comparten su horrorosa pena, y su misma ra les confunde.

Fué preciso tomar por aquel padre afligido el cuidado de su nuevo imperio. Tan rica y vasta conquista, fruto de los trabajos de once reinados, que él habia hecho en un dia. Cuzco sometido á sus leyes, su rival mismo cautivo en poder suyo, nada le mueve: solo pide á su hijo. Llega el acompañamiento del cadáver envuelto en la insignia fatal, y es colocado á su vista. El Inca le mira silencioso. Hace señas al acompañamiento y á su corte para que se retiren. Obedécenle, y en el fondo de su palacio se encierra con el objeto de su dolor; acércase, y con una mano trémula, levanta el velo, descubre aquel cuerpo ensangrentado, da un grito, y cáese de espaldas como si fuese herido de un golpe mortal. Él mismo inmóvil y yerto, hállase sin calor, ni voz; y cuando recobra el sentido abandónase á él todo entero. Cien veces abraza á su hijo, cien veces, pegando su boca á sus lábios frios, y abrigando con su pecho un corazon que no late mas, ruega al cielo que le vuelva la vida quitándosela á él mismo. Otras veces, contemplando la herida, lava con sus lágrimas la sangre que ha salido de ella; ya sus ojos inmóviles, fijos en los de su hijo, parecen buscar en ellos la vida que ha perdido. ¡Ah, dijo, si este cuerpo helado pudiese resucitar! ¡si estos ojos pudieran volverme á ver! Mas, ¡ay, ya no hay mas esperanza! Ellos están cerrados, y lo estarán para siempre. Sus gracias, su hermosura, sus virtudes, nada ha podido prolongar sus dias, ¡de un hijo que nacia mi gloria y mi dicha, he aquí lo que me queda! De esta manera, olvidando sus prosperidades y su

triunfo, se abismaba el infelice padre en su dolor terrible. Su naturaleza debilitada con tal pena y congoja, aquel padre desventurado se dejó desprender de los tristes restos de su hijo. Sus amigos, y sobre todo Alonso, procuraban consolarle. ¡Ah! dejadme, decia, dejadme pagar á la naturaleza el tributo de una alma sensible. Yo he bebido la copa de la felicidad, y he agotado sus delicias; en el fondo está la amargura, dejadme empapar en ella. Mi hijo, mi querido hijo me daba tantas y tan dulces ilusiones, tantas esperanzas lisonjeras.... El dolor sigue á la alegría. El júbilo no volverá á mi corazon jamas.

Hablósele de su poder, del cuidado de afianzarlo, de los medios de conservarlo. ¿Que haré yo de él? dijo, él es para mí una pesada carga. ¿Soy yo algun dios, para velar sobre un imperio tan dilatado, y estar siempre presente á sus necesidades? Que me traigan á mi hermano. Sí, yo quiero apaciguarle; quiero que, testigo de mis lágrimas, se conmueva por ellas; que se compadezca, y me encuentre aun mas infeliz que él mismo.

Huascar, cargado de prisiones, compareció ante Ataliba. Ve, le dijo aquel padre aflijido, ve, cruel, lo que me cuestas.—¡Bien te sienta, responde el ceñudo Huascar, el echarme en cara una muerte, cuando diez mil Incas degollados son las víctimas de tu encono! Tigre, ¡tu lloras! debes llorar; mas, ¿es eso lo que te aflije? Ve á ver la carnicería que se ha hecho con los pueblos súbditos de tus padres.... Contempla al Cuzco, sus alcazares y templos anegados con la sangre de los ancianos, de las mugeres y de los niños; mira sus muros derribados, sus campiñas convertidas en sepulcros; y te atreves aun á llorar tu hijo.!!

Tan terribles palabras ahogaron en el corazon de Ataliba el sentimiento de su propia desgracia: tomó

el rey el lugar del padre. El miraba sus tenientes, é interrogábales con sus ojos. Su silencio fué la confesion de lo que acababa de oir. Con que es verdad, dijo, y por un ciego furor se me ha hecho execrable á la tierra. Esto era lo que faltaba á mis males. Entonces reclinándose sobre su trono, y apartando sus ojos para no ver la luz, permanece melancólico y no respira sino por largos sollozos.

Hasta el instante en que tu hijo pereció, le dijo Palmore con tristeza, yo pude ejercer el mando sobre tus pueblos; mas desde que le vieron caer, su dolor transformado en rabia no conoció mas freno. Castígales si quieres de haberte amado con demasía, ó perdona á su desesperacion, cuya causa es justísima, y cuya disculpa la tienes en tu corazon. Ellos han vengado á tu hijo, como su padre mismo le habria vengado.

Huascar, repitió Ataliba despues de un largo y doloroso silencio; ya ves los escesos espantosos á que se dejan llevar las naciones, cuando una vez la discordia y la guerra han roto los nudos mas santos, y desconocido á la naturaleza de sus corazones. Ahoguemos estos furores con nuestros abrazos. Vuelve á tomar tu cetro y tu corona, y perdóname tus desgracias.

Huascar indignado, le repele y le dice: Anda, asesino de mi familia, ve á reinar sobre cadáveres, á sentarte sobre ruinas, y apláudete al contemplar los restos de la carnicería. Tal es el imperio que tu me ofreces. No quiero de tí sino la muerte. Guarda tus presentes, tu compasion y los frutos de tus delitos; que ellos eternicen tu vergüenza, y que, para mejor detestarte, los desdichados que yo te dejo sean condenados á obedecerte.

Bien sabes tú, le dijo Ataliba, que los delitos que tú me imputas no son mios; bien lo sabes; mas tu dolor te hace injusto. El tiempo lo calmará, y algun dia tú te acordarás de que yo he procurado evitar la guer-

ra, pidiéndote la paz; de que yo te la pido aun, penetrado y mas dolorido que tú de los males que nos hemos hecho. Entonces volverás á hallar á tu hermano, tal cual hoy le ves, tratable, humano, sensible y justo. Adios. Yo te dejo en estos muros, cautivo, es verdad, mas no pende mas que de tu voluntad el dejar de serlo. El dia mismo en que, sobre el altar del Sol nuestro padre, tu consentirás en que nos juremos una alianza, una paz inviolable, tu trono, tu imperio, todo te será devuelto.

CAPÍTULO XXXVII.

Regreso de Ataliba á Quito con el cadaver del jóven príncipe.

La ciudadela de Canares fué la prision del rey cautivo. El vencedor dejó en ella una guardia fiel á las órdenes del severo Corambé, y envió á Palmore para que gobernase en su nombre los estados del Cuzco. Cuanto á él, volviendo á los valles de Riobamba, Muliambo, Llinisa, los labradores que habia sacado de ellos, regresó á Quito sin pompa, acompañado del lecho fúnebre que llevaba á su deshraciado hijo.

La llegada de Ataliba fué el cuadro mas lastimoso de la desolacion pública. Su familia desconsolada salió á su encuentro, acompañada de un pueblo numeroso que, lleno de dolor, se olvida de aclamar la victoria de su rey. Ataliba ocupa los ánimos de todos, y si la noche ocultaba á su vista aquel pueblo numeroso, sus ayes, en medio de un profundo silencio, le hacian figurarse estar en un desierto, en donde algunos infelices estraviados imploran el favor del cielo.

Entre aquel tropel, y en medio de la familia del Inca, se apareció una muger despavorida; sus velos en añicos, su cabeza desmelenada, su pecho magullado, sus ojos descarriados, su palidez, las convulsio-

nes que sufrian á cada instante sus miembros, sus labios y todas las facciones de su rostro, sus manos en fin, levantadas al cielo, todo anunciaba que esta muger era madre, y madre afligida y desesperada.

En cuanto el Inca la divisó, desciende de sus andas, va á su encuentro, y recibiéndola en sus brazos: — Querida mia, la dijo, el Sol nuestro padre llamando á sí tu hijo, dispone de los suyos. Dichoso aquel á quien la inocencia, la virtud, la gloria y el amor acompañará hasta su sepulcro. Él ha hecho la siega, y deja el campo de la vida. Tu hijo ha vivido poco para nosotros, pero bastante para él mismo: él lleva consigo lo que apenas dan los años, y lo que un instante puede robar, el amor del mundo y el sentimiento de dejarle. Aflijámonos de sobrevivirle: aquel de quien se debe tener lástima, es del que llora, y no del que es llorado. Mas por un esceso de dolor no acusemos al hado; no hechemos al Sol en cara el haber vuelto á tomar uno de sus dones. — ¡Ah! ¡verdades consoladoras para dolores menos agudos, pero triste alivio para el corazon de una madre! Ella pide ver á su hijo; traenlo á sus pies, y al instante, con un alarido que parte de lo íntimo de sus entrañas, arrójase sobre aquel cuerpo exánime, le abraza, estréchale fuertemente inundándolo con sus lágrimas, hasta que ella misma, ahogada, espirando, ha perdido el sentimiento de la vida y del dolor.

El Inca, en los brazos de Alonso, sentia renovarse con esta vista todas las llagas de su corazon; el jóven mezclaba sus lágrimas con las de su amigo, y los sobrinos de Motezuma, testigos de la desolacion de una augusta familia, pensaban tambien en sus propias desgracias.

Aciloé, así se llamaba aquella madre desventurada, fué llevada á su palacio; y el Inca se dirigió al templo

en que el cadáver de su hijo regado de perfumes, fué depositado, en tanto que llegaria el dia destinado á sus exequias.

Despues de un humilde sacrificio para dar gracias al Sol, salióse el Inca del templo, y bajo el pórtico en que le rodeaba su pueblo, levantó la voz y pidió silencio: Mi causa era justa, dijo, y nuestro dios la ha protegido; pero el ciego ardor de mis tropas en vengarnos, á mi hijo y á mí, ha deshonrado mi victoria, y yo soy quien sufro la pena de los escesos cometidos en mi nombre. Pueblo, yo quiero espiar cuantas injusticias y atrocidades se han cometido; pero bástale á vuestro rey el ser desgraciado; no acabeis de afligirle creyéndole culpable, pues no lo es. Yo estaba espirando en Canares mientras se derramaba tanta sangre allí; hallábame lejos del Cuzco al tiempo en que se le saqueaba, y yo detesto tales horrores. Os ruego, en el nombre de Dios que me castiga por ellos, no me los echeis en cara. ¡Ojalá que mi nombre sea borrado de la memoria de los hombres antes que se añada á él el epíteto de cruel! El rey mi hermano, á quien la suerte ha puesto en mis manos, será á su pesar un ejemplo de mi clemencia. Entretanto, si el grito de la calamidad llegare hasta vosotros, y si os diere á entender que Ataliba fué violento y sanguinario, pueblo mio, levanta la voz, y responde: Ataliba, solo fué desgraciado.

La misma tarde, aliviando con Alonso su corazon oprimido: Amigo mio, le dijo, tu sabes cuanto horror me inspiraban nuestras discordias; el suceso ha superado mis temores; y en este abismo de males, yo veo cumplirse demasiado mis funestos presentimientos. Querer la guerra, es querer á la vez todos los crímenes y todas las desgracias. Decir á unos asesinos, á quienes se junta para que lo sean, que usen de mode-

racion, es decir á los torrentes de las sierras, que suspendan su caida y moderen su curso. Ninguno podrá jamas estar mas resuelto que yo lo estaba á reprimir el furor y los abusos de la victoria; y con todo, hé aquí que millones de hombres me miran como un azote.

¡Ah! príncipe, le dijo Alonso, si el hombre en presa á sus pasiones, es tan débil contra sí mismo, y está muy poco seguro de dominarse, ¿como pudiera asegurarse la moderacion de una multitud desenfrenada? Pero todo este imperio es testigo de que el inflexible rey del Cuzco te ha forzado á estender el arco. No te aflijas tú mismo con injustos remordimientos; y si los infelices que han hecho la guerra te acusan, deja á tus virtudes que respondan de tu inocencia, y rechaza la injuria por la clemencia y los beneficios.

Estas palabras reanimaron el espíritu de Ataliba, y su dolor tuvo treguas hasta el dia que habia señalado para las exequias de su hijo. Era este dia el de la fiesta del Sol, cuando, pasando de nuevo el ecuador, vuelve á nuestro emisferio, para dar la primavera y el verano á los climas del norte. Era igualmente el dia en que se celebraba la fiesta de la paternidad.

CAPÍTULO XXXVIII.

FIESTA DE LA PATERNIDAD, EN EL EQUINOCCIO DE LA PRIMAVERA.— EXEQUIAS DEL JÓVEN INCA.

Despues de los yaravíes, votos y ofrendas acostumbrados, el monarca, sentado en su trono en medio de un prado inmenso (1), teniendo á sus pies á los caciques y á los ancianos jueces de las costumbres (2), vé adelantarse los padres de familia, que llevan cada cual, delante de sí, á sus hijos llegados á la edad de la adolescencia. Inclínanse ante el Inca, y despues de haberle saludado, el padre que lleva en sus manos un manojo de palmas, las distribuye á aquellos de sus hijos que han llenado fielmente los sacrosantos deberes de la naturaleza. Estas palmas son los monumentos del respeto y amor filial. Todos los años, cada uno de los hijos, cuya obediencia y cuyo amor han obtenido este premio, la añade á su trofeo, y con estas palmas

(1) *Esta playa se llamaba* Cucipata *sitio de los regocijos públicos.*

(2) Lacta-Camayu, *este era el nombre de estos magistrados.*

reunidas, que recoge en su juventud, compone el dosel del asiento paternal, donde él mismo ha de dominar un dia sobre su posteridad. Este asiento es en cada familia como un altar inviolable; el gefe es el que únicamente tiene derecho de sentarse en él, y las palmas de que se halla coronado recuerdan sus virtudes, y dicen á sus hijos: Obedeced á quien supo obedecer; reverenciad á quien reverenció á su padre. Desde que siente la muerte aproximarse, se hace colocar espirando bajo de este venerable trofeo, y da en él su último suspiro. Luego al momento de sepultarle, sus hijos descuelgan estas palmas para cubrir con ellas su sepulcro. La amenaza mas terrible de un padre á su hijo, es la de decirle: «¿Que haces infeliz? si tú eres indigno de mi amor, no tendrás palmas sobre tu sepulcro.» Y esta es la señal y la prenda que viene cada padre á dar al monarca, padre del pueblo, de la obediencia, del zelo y del amor de sus hijos.

Si alguno de ellos ha dejado de llenar estos sagrados deberes, le es negada la palma. El padre suspirando obedece á la ley que le obliga á acusarle. Una queja sincera y tierna se le escapa de la boca, con sentimiento suyo; y si el asunto es grave, el hijo rebelde es desterrado de la casa de su padre. Condenado durante su destierro á la vergüenza de ser inútil á la sociedad, no se le admite ni aun á cultivar la hacienda del Sol, ni los campos del Inca, ni los de las viudas, huérfanos y enfermos, y hasta el campo mismo que mantiene á su padre está vedado á sus profanas manos. Este tiempo de espiacion lo prescribe la ley. El desdichado jóven cuenta sus momentos. Vésele casi siempre estraño para con sus amigos y su familia; vésele vagar de contínuo al rededor de la mansion paternal, cuyos umbrales no se atreve á pisar. Aquel cuyo destierro concluia con el año, vol-

via el mismo dia á la gracia; los decuriones (1) le volvian á traer ante el trono del monarca; su padre le abrazaba en señal de reconciliacion; al instante se precipitaba en sus brazos con el mismo ardor que un desdichado que, habiendo estado hecho mucho tiempo el juguete de los vientos y de las tempestades en el mar, se acoge á la playa donde le arrojan las olas. Desde entonces era restablecido en todos los derechos de la inocencia, pues entre un pueblo tan sabio no se conocia la costumbre de quitar al culpable castigado toda esperanza de vuelta á la estimacion de los hombres. Una vez espiada la culpa, no quedaba ninguna señal de ella; todo, hasta su memoria misma, era borrado.

Despues que la clemencia y la severidad han dado útiles lecciones, el monarca toma la palabra: Padres, dice, escuchadme: yo soy padre, y lo soy tambien con vosotros, y vuestros hijos son los mios, pues que la dignidad regia no es propiamente otra cosa que una paternidad pública. He aquí el título mas augusto que el Sol, padre de la naturaleza, ha dado á sus hijos. Yo vengo pues, á probaros como soy el garante de vuestros derechos; pero vengo tambien, como el modelo de vuestros deberes, á instruiros de ellos, pues que ellos fundan vuestros derechos, y vuestros beneficios son sus titulos. La vida es un presente del cielo que es el único que la dispensa segun su voluntad. Guardaos pues, de prevaleros de un prodigio operado para vosotros, y no olvideis jamas en donde comenzais á merecer el nombre de padre. Este de-

---

(1) *Llamábanse* Chinca-camayu, *esto es, el que tenia que vigilar sobre la conducta de diez jóvenes.*

ber sagrado tiene origen cuando, habiendo recibido de manos de la naturaleza al recien nacido de vuestra sangre, y habiéndolo puesto en manos de quien debe criarlo, velais sobre la salud del niño y de la madre, encargados del cuidado de asegurar su reposo y proveer á sus necesidades. Pero hasta allí todavia, no haceis por ellos sino lo que hacen por sus chiquituelos el buitre, la serpiente, el tigre, y aun los mas crueles de todos los animales. Lo que en el hombre distingue y consagra la paternidad, es la educacion, el cuidado de sembrar y cultivar en sus hijos las virtudes que cada padre se ha recogido por sí mismo, junto con la esperiencia, única ganancia de la vida, y la sabiduría que es el fruto de ella, y la que únicamente nos compensa el trabajo de haber vivido. El formar desde la mas tierna edad, por vuestro ejemplo y vuestras lecciones, una alma virtuosa, un corazon sensible, un ciudadano dócil á las leyes, un esposo, un amigo fiel, un padre reverenciado á su turno, querido de sus hijos, un hombre en fin, segun el voto de la naturaleza y de la sociedad: tales son vuestros deberes, vuestros beneficios y vuestros títulos, y eso es en lo que únicamente se fundan vuestros derechos.

Y vosotros los que sois hijos, acordaos que la naturaleza no ha prolongado la flaqueza y la imbecilidad del hombre, sino para ligarle mas estrechamente á aquellos de quienes ha recibido el ser; y hacerle, por la necesidad, un largo y dulce hábito de depender de ellos y amarles. Si ella hubiese querido dispensarle de este tributo de amor y de gratitud, le hubiera tambien provisto de los medios de vivir independiente casi desde el punto mismo en que hubiese nacido, y destruirse á sí mismo Su larga infancia está destituida de fuerza y de inteligencia; su flaqueza no tiene

por recursos, ni la agilidad, ni la astucia, ni la finura del instinto. Tal es el órden de la naturaleza, para obligar al hijo á amar y reverenciar á sus padres. Parece que ella ha querido abandonarle á sus desvelos para dejarle el mérito de ellos, y que ella igualmente ha consentido en pasar por madrastra, á fin de dar lugar á toda su ternura, paraque se ejerza sobre el niño; de forma que, negándole todo, lo suple por el amor paterno Recordaos pues, vuestra infancia, y cuanto os ha faltado en aquel largo estado de debilidad para libertaros de las necesidades y de los peligros que os sitiaban; acordaos siempre, que estos bienes los habeis recibido de vuestros padres, que la naturaleza al esponeros en medio de los escollos de la vida, ha reposado sobre su amor paternal, en cuanto al cuidado de preservaros de ellos. Pero lo que sobretodo debeis á su vigilancia tierna, es el haberos educado bien, que es uno de los mejores medios para vivir felices; el haberos suavizado, domesticado, sometido á las leyes de la equidad, de la razon y de la sabiduría. Sin sus desvelos, para con vosotros, seriais salvages, estúpidos y feroces como vuestros abuelos. Amad pues, á vuestros padres, porque os han enseñado el uso del don de la vida, cuyo encanto es la inocencia, y el premio su virtud.

A estas palabras, corren de todos los ojos lágrimas de alegría y de amor. Los hijos, arrodillados delante de sus padres, se enternecen y dan gracias; los padres abrazándoles se aplauden de sus beneficios. El Inca, testigo de este espectáculo, siente mas vivamente que nunca la pérdida de su hijo. ¡Guerra desapiadada! dijo: sin tí, sin tus furores, yo compartiria la alegría y la gloria de estos buenos padres; él estaria aquí, y habria recibido de mi mano la primera palma. ¡Quien mejor que él la mereceria! No pudo decir mas, por-

que sus sollozos ahogaron su voz. Permaneció algunos instantes mudo, y bañado en lágrimas: No, dijo recobrando la palabra, que me traigan á mi hijo, y no quiero que sea privado de este último tributo de amor y de alabanza. De lo alto del cielo, él oirá la voz lastimosa de un padre, y me compadecerá de verme privado de él.

Obedécenle y tráenle al pié de su trono el lecho fúnebre en que reposaba el cuerpo de Zorai. Pueblo, esclamó el monarca, arrojándose sobre él, ved aquí el modelo del amor filial, el mas tierno, el mas respetuoso, el mas amable de los hijos. Si desde su nacimiento hasta su muerte fue siempre mis delicias, mis mas dulces esperanzas, y todo lo que el alma de un padre puede esperimentar de alegre y consolador, tal era el premio de mis desvelos, y el presagio de la felicidad que os aguardaba bajo su reinado. Era imposible que tan buen hijo no fuese buen rey. El gusto del bien, el amor al órden, el sentimiento de la equidad eran innatos en su corazon. No estimaba la gloria sino como á la compañera de la virtud; detestaba la mentira como á la esclava del vicio, y adoraba la verdad. Magnánimo sin fausto, modesto con dignidad, era sencillo, y amaba cuanto lo era como él. No veia en su nacimiento sino el destino de consagrar su vida para la felicidad de las gentes; y el dictado de hijo del Sol, lejos de envanecerle, le humillaba sin cesar, haciéndole sentir el peso de los deberes que imponia. Si alguno de los jóvenes Incas se muestra mas digno que yo de regir este imperio augusto, me decia de contínuo, él es quien debe reemplazarte en el trono, y yo debo cedérselo. Juzgad pues, si hubiera sido capaz de haceros felices. Lo habriais sido bajo su reinado, y su padre, aun mas feliz, hubiera muerto sin inquietud en los brazos de un tal sucesor. Un dios

justo no ha querido que aquella alma sensible haya visto los delitos y los estragos de una guerra demasiado funesta. Mi hijo hubiera regado con lágrimas este trofeo de mi victoria, este estandarte que se ha empapado en raudales de sangre. Él ya no existe. Hemos perdido, yo el hijo mas digno, y vosotros el mas virtuoso príncipe. Conformémonos, y vamos á rendirle los tristes honores del sepulcro.

Entonces el monarca, á la frente de su familia y de su pueblo, acompañó el cuerpo de su hijo hasta el templo, en el cual fué colocado sobre un trono, delante de la imágen del Sol, teniendo á sus pies el estandarte que le habia costado la vida, y en sus manos la palma del amor filial.

Cora no asistió al templo. Alonso la buscó en él, y no habiéndola visto, se asustó sobre manera.

El monarca, al volver del templo, le llamó y le dijo: Amigo mio, yo he llenado mis tristes deberes. Es tiempo de que, sin olvidar que soy padre, me ocupe ahora como rey, y que me ponga en defensa contra ese enemigo terrible con que tú nos has amenazado. Yo pongo en tí toda mi confianza. Tu zelo, tu esperiencia, tu valor, he aquí en lo que fundo mis esperanzas. Yo me esmeraré en cumplirlo, dijo Alonso; ¡ojalá que la defensa y la salud de este imperio no debiesen costarte sino mi sangre! Yo la derramaria gozoso. O amigo mio, ¿que es lo que yo he hecho, le dijo el Inca abrazándole, para haber merecido de tí un zelo tan noble y tan tierno?... A estas palabras, vienen á decir al rey que el gran sacerdote del Sol pide hablarle. Alonso se retira, y va á buscar en el sueño, si

es posible, un alivio á sus penas, y á los presentimientos terribles que oprimen su corazon.

CAPÍTULO XXXIX.

CORA ES CONVENCIDA DE HABER QUEBRANTADO SUS VOTOS. — SU PADRE VA Á BUSCAR Á ALONSO; INSTRÚYELE DE LA DESGRACIA DE SU HIJA, Y LE DICE QUE EVITE EL SUPLICIO QUE LE AGUARDA.

Para una alma abandonada á la tormenta de las pasiones, el mayor de los males es la incertidumbre. Combatido sin cesar por la esperanza y el temor, el valor no tiene ya cabida en el corazon del hombre, y la resolucion misma de ser infeliz no tiene término en donde fijarse.

Tal fué para el corazon de Alonso aquella larga y penosa noche. En fin, el sueño por compasion dejaba caer algunas gotas de su suave licor sobre sus párpados sobrecargados. Despiértale un ruido, levántase, y al débil resplandor del crepúsculo de la mañana, vé aparecerse un viejo venerable, con su frente cubierta de cabellos blancos, pálido y triste como un espectro, mas conservando en su dolor un aire de magestad. Yo soy el padre de Cora, le dijo; mi hija es la que me envia aquí. Yo cumplo su última voluntad. Vete, infeliz jóven, y déjanos los males que tú nos has causado. Tú has traído el oprobio y la muerte á una fami-

lia inocente. A estas palabras el viejo sintió sus rodillas aflojarse y cayó desfallecido.

Alonso furioso, descolorido, le abraza, le levanta, y dice: ¿Que es lo que yo hé hecho? habla, ¿de que desgracia soy yo la causa? — ¡ Cruel ! ¿osas aun preguntarlo? ¿quieres oirlo de la boca de un padre? Tú nos anunciabas virtudes: la bondad, el candor estaba pintado sobre tu rostro; tu corazon ocultaba el crímen y la traicion. Ahora estarás contento, cruel. Mi hija, ¡ ay! demasiado débil, demasiado sencilla para poder salvarse de tus artificios, acaba de revelarme el perjurio y el sacrilegio que ha cometido entregándose á ti. Ella no ha podido ocultar que iba á ser madre, y mañana será pública nuestra infamia. Sí, mañana, ella, su madre, y yo, sus hermanas y hermanos inocentes, todos seremos llevados al suplicio.... La soledad, la infamia, una eterna esterilidad señalarán el lugar en que ha nacido mi hija; nuestras cenizas se dispersarán en el aire, y este elemento será nuestra sepultura. Márchate, Castellano, márchate, pues mi hija te lo pide ansiosamente. La desdichada te ama aun, y, al confiarme el secreto de su alma, ella me ha hecho prometerle el guardarlo. Mas teme que tu dolor te descubra y te acuse; y el único premio que ella pide por su muerte, es el de que tú no seas testigo de ella.

Mientras que hablaba el indio, el remordimiento y la desesperacion despedazaban el corazon de Alonso; sus ojos clavados en la tierra, sus cabellos erizados de horror, su inmovibilidad estúpida, todo anunciaba un delincuente condenado por su juez, por su corazon mismo. Él cae á los pies del viejo, y con voz apagada pronuncia apenas estas palabras: ¡O padre mio! tú conoces mi delito, ¿sabes que fatalidad me ha llevado á él, á pesar mio? ¿sabes tú en que momento terrible,

el susto y el enagenamiento me entregaron á tu hija moribunda, y la hicieron caer en mis brazos; yo tomo á mi Dios y al tuyo por testigo de que, en aquel peligro espantoso, mi única resolucion era la de salvarla. Nos hemos perdido los dos, y te hemos perdido á tí mismo. Yo no pretendo aplacar tu enojo; hé aquí mi pecho, vé aquí mi espada, mátame, véngate. — ¡Vengarme! ¡que! ¿no sabes tú dijo el viejo, que la venganza es de insensatos; que á la desgracia añade el delito, y que no alivia sino á los malos? Huye de aquí, pues que tu sangre no puede rescatar ni á la madre, ni á los hijos. Déjame al menos la inocencia, pues que todo lo demas es perdido para mí. Tú te estraviaste, así lo creo; tu no eres ni malvado ni alevoso; pero, aun cuando lo fueses, en el cielo tenemos un Dios para juzgar y castigar.

¡Alma celestial! esclamó Alonso, tú me confundes. ¡Y el oprobio, la muerte, y el último suplicio serian el premio de tus virtudes! ¡Y tu hija tan virtuosa, no menos inocente que tú!... No, no morireis. No me desprecies tanto para creer que quiera ocultarme y huir cobardemente. Yo compareceré, yo lo confesaré todo, y tomaré vuestra defensa; yo os sacaré del abismo en que os habeis precipitado, ó yo mismo pereceré en él. Pero, para efectuar mis intentos, comienza por alejarte de este pais con tu muger y tus hijos.

¿Conoces tú, le dijo el viejo, algun asilo contra las leyes y los remordimientos que acompañarian el perjurio? Yo he prometido al Sol permanecer sumiso á sus leyes. Mi palabra, mi fé, son para mi unos vínculos mas fuertes que no pudieran serlo tus cadenas. Un Inca no conoce otros, y yo moriré sin quebrantarlos. Tú, que no estás obligado por estas leyes temibles, vete al instante; da á mi hija el consuelo de saber que estás salvo de todo peligro. Evítala el horror de tu su-

plicio. — Anda, dijo Alonso, penetrado de respeto, de dolor y de reconocimiento, ve á jurarla que nunca la abandonará su amante. Sí, yo soy esposo y padre, y no hay inconvenientes que no venza un espíritu animado por el amor y la naturaleza. — A estas palabras abrazó al respetable viejo, y le dijo: Padre mio, abrázame, ó atraviésame el corazon. Yo no puedo sufrir que me aborrezcas. El viejo, entonces, cae en sus brazos, le abraza, le compadece, le perdona, y torrentes de lágrimas se confunden en su despedida.

Entretanto espárcese la noticia de que el asilo de las vírgenes ha sido profanado; que una de ellas ha quebrantado sus votos; que lleva consigo el fruto de un amor sacrílego; y que el Sol, irritado por este perjurio abominable, pide su expiacion. Un crímen, inaudito hasta entonces, llena de horror todos los espíritus. Las desgracias que le han anunciado, y de que tal vez es la causa; el fuego de la guerra civil encendido entre los dos hermanos; toda la sangre que ella ha hecho derramar, inclusa la del hijo de Ataliba, el heredero del trono arrebatado á sus pueblos por una muerte funesta, todo este inmenso cúmulo de desgracias y de calamidades se representa como señal de la ira del Sol, confirmada á mayor abundamiento por su eclipse. Témese aun que un dios zeloso no esté todavia apaciguado, y que se vengue sobre un pueblo entero de la injuria hecha á su gloria. ¡O supersticion! El pueblo mas dulce y mas humano del universo, clamaba venganza en nombre de un dios, cuya clemencia adoraba; y ese mismo pueblo no se tranquilizó hasta que supo que el pontífice habia denunciado la delincuente al tribunal supremo; que ya se abria su sepultura y preparaba la hoguera.

CAPÍTULO XL.

Cora comparece ante su juez. — Alonso se acusa á sí mismo, la defiende, y consigue su absolucion.

Cubríase el Sol en aquel dia de tristes nubes, y aquel luto sombrío de la naturaleza añadia el espanto en que se hallaban todos los corazones. Presentóse el rey, segun costumbre, bajo el pórtico de su palacio. Una multitud trémula rodeaba al trono; y por medio de los grupos del pueblo reunido, el pontífice, los sacerdotes, los ministros de las leyes, haciéndose abrir el paso, condujeron ante el Inca la jóven sacerdotisa. Su padre lleno de desconsuelo, su madre pálida y desfalleciente, dos hermanas mas jóvenes y tan hermosas como ella, y tres hermanos en fin, que eran la esperanza de una augusta familia, víctimas de la misma ley, venian todos á ofrecerse al suplicio.

Cora, á quien era preciso sostener, porque se hallaba sumamente débil y trémula, desmayóse al comparecer ante su juez; reanímanla é interróganla. Ella responde con candor: en aquella noche horrorosa, dijo, en que el volcan amenazaba sepultar aquellos muros, el susto me precipitó en los brazos de un libertador. Hé aquí mi desgracia y mi delito. Hijo del Sol, si es

posible suavizar la pena, ove la naturaleza, que reclama contra la ley. Yo no imploro tu clemencia para mí: sé que es preciso que muera, pero mira á un padre, una madre, hermanas y hermanos inocentes; por ellos solos pido yo la gracia.

El padre, entonces, tomó la palabra: Inca, dijo, en un momento de enagenamiento y de terror, mi hija fué débil, imprudente y fragil: el Dios que lee en los corazones es quien debe juzgarla; mas yo soy quien debo acusar al autor de su pérdida. Este primer culpable soy yo. Mi piedad ciega destinó á mi hija al culto de los altares, y la he ofrecido en ellos en holocausto. Al momento del sacrificio, yo oí gemir su corazon, y el mio, religiosamente cruel, se empedernió. Como padre desnaturalizado, ví sus lágrimas, vila precipitarse en el seno de su madre, buscar en él un asilo contra la violencia del poder paterno; y yo, sin lástima, sin remordimientos, ¡ay! consumé el parricidio. Su delito primero, fué el de obedecerme; perdiéronla su respeto y su amor por mí. Yo soy el verdugo de mi hija; yo soy quien la arrastró al suplicio.

Pronunciando estas palabras, el viejo abrazaba á su hija, sus sollozos ahogaban su voz, su corazon se despedazaba de dolor; las lágrimas de sangre que manaban de sus ojos inundaban el seno de Cora, y los corazones de todos los circunstantes estaban despedazados del sentimiento.

El monarca, enternecido él mismo, mas obligado por la ley á usar de este rigor, prosigue, y ordena á Cora que declare su raptor y su cómplice.

Estremecióse Cora, y su silencio fué su primera respuesta; mas las instancias de su juez la obligaron al fin á pronunciar estas palabras: Hijo del Sol, ¿serás tú mas violento y mas cruel que la ley misma? La ley me condena á muerte, y yo arrastro conmigo á mi

familia. ¿No es esto bastante? ¿Te es aun necesario un nuevo homicidio? ¿Quieres que llevando á la sepultura el fruto de mi funesto amor, acuse todavia al que le dió la vida? ¿quieres ver mis entrañas despedazarse de horror, y mi hijo, espantado, arrancarse del vientre que le tiene?

Estas palabras hicieron en el alma de Ataliba la impresion mas vehemente, y, llorando, mandaba al depositario de las leyes que pronunciase la terrible sentencia, cuando se vió á Alonso que, atravesando el tropel, se prosterna á los pies del monarca, y esclama: Yo soy el delincuente, Cora es inocente. No castigues sino á su raptor. A estas palabras, que animaba la desesperacion, se enterneció el rey, y el pueblo, asombrado permaneció inmóvil. Cora trémula y toda enagenada dijo: ¡Ay! con que aun muriendo yo, ¡no habré podido salvarte!

No, repitió Alonso, ella no es culpable; yo la saqué moribunda, y su alma despavorida no pudo ni consentir, ni resistir á su desgracia.

El Inca quiso salvar á Alonso. Estrangero, le dijo, nuestro culto no es el tuyo; tú no conoces nuestras leyes; y lo que es para nosotros un delito, no es para tí sino un error, una culpa leve, que yo no tengo el derecho de castigar. Vete pues. Nuestras leyes no obligan sino á mis súbditos y á mi mismo. Tú fuiste imprudente, pero no eres criminal, á menos que hayas usado de violencia; y en tal caso, Cora sola tiene el derecho de acusarte. — No, no, dijo ella, un encanto tan dulce como invencible me ha entregado á él. Cesa, Alonso, cesa de imputarte mi delito; pues tú me haces con eso que muera muchas veces. — Lejos de acusarte, dijo el rey á Alonso, ya ves que ella te declara inocente. —¿Puedo yo serlo, respondió Alonso, despues de haberla escarriado de su virtud, despues que yo mismo

he cavado su sepulcro, ese mismo sepulcro donde vais á hacerla bajar viva? ¡O cúmulo de horror! Él se abre ya, sí, ese sepulcro espantoso se abre delante de mis ojos, ¡y yo seré inocente!... Yo veo ya encenderse la pira en que su padre, su madre, todos los suyos van á perecer, ¡y yo, autor de tantos males, yo soy inocente! ¡O justo cielo! Inca, tu amistad por mí te ha puesto una benda sobre los ojos que te encubre mi delito. Mas justo que tú, yo me acuso á mi mismo. Perdonadme, víctimas infelices de un amor insensato, perdonadme. Yo no tendré, al menos, ni la vergüenza ni el dolor de sobreviviros; y si se os arrastra á la muerte, yo la encontraré antes que vosotros, y en esa misma pira yo me arrojaré el primero á las llamas; y en ellas este acero, que debia defender á un pueblo virtuoso, y á un rey á quien no soy digno de llamar mi amigo, me atravesará el corazon. Yo no pido, al morir, sino la gracia de ser oido.

Yo no soy ni ingrato ni alevoso, prosiguió con entereza. Recibido en la corte del Inca, honrado de su confianza, colmado de sus beneficios, jamas tuve el inicuo designio de abusar de la hospitalidad. Yo soy jóven; fogoso, sensible en demasía. ¡Ah! ví á Cora; mi corazon se inflamó al instante, pero yo hé respetado su asilo. No fué sino en el momento espantoso en que la montaña, bramando, arrojaba un diluvio de fuego, en que el cielo abrasado, en que la tierra trémula no ofrecia por todas partes, sino los horrores de mil muertes inevitables; no fué, digo, sino en aquel momento cuando, pasando por entre ruinas de los muros de aquel recinto sagrado, busqué, agarré y saqué de él á Cora.

Ella os dice que cedió; ¿y quien no hubiera cedido como ella? ¿Por ventura, una ley será capaz de sufocar en nosotros los sentimientos de la naturaleza, para

vencer sus movimientos? ¡Vosotros exigis de la juventud la frialdad de una edad avanzada! ¡exigis de la flaqueza el triunfo de la virtud! ¡Ah!, la supersticion es la que os manda, en el nombre de Dios el ser crueles! ¿La creeis? ¿olvidais que el Dios que adorais es á vuestros ojos la bondad misma? ¡Que, el Sol, fuente de fecundidad, por quien todo se reproduce, haria un crimen del amor, cuando el mismo amor no es sino una emanacion de ese astro que os anima! Ese fuego esparcido en el seno de los metales y las plantas, en las venas de los animales, y sobre todo en el corazon del hombre, ese es el que adorais en su inagotable fuente. Vosotros condenais su influencia, y porque una virgen inocente, débil, temerosa, ha cedido á los impulsos mas naturales y mas dulces de un corazon que la ha dado el cielo, su padre, su madre, sus hermanos y hermanas, todos van á ser condenados á perecer con ella en medio de los tormentos! No, pueblo virtuoso, yo pongo por testigo á mi Dios y al vuestro, de quien el Sol es su imágen, que estos horrores no pueden agradarle, y la ley que os lo manda, no puede emanar de él de ningun modo. Ella es la hechura de los hombres; ella os viene de algun rey zeloso, soberbio y tirano, que atribuia á su dios un corazon como el suyo.

Se os ha dicho que el Sol hacia un delito á su sacerdotisa de ser madre, que para espiar este delito eran menester los suplicios mas horribles; y porque se os ha dicho esta absurdidad, ¡habeis tenido la sencillez de creerlo! ¡Ah! del mismo modo se engañó á vuestros abuelos, diciéndoles que sus dioses la serpiente, el buitre, el tigre, exigia que una madre derramase sobre sus altares la sangre del inocente á quien ella criaba; y la madre piadosamente crédula, como ahora lo sois vosotros, inmolaba á su hijo. Vosotros

habeis abolido ese mismo culto; y el vuestro no menos bárbaro que aquel, es todavia mas insensato.

Entonces, con el tono de un hombre inspirado por un dios. y como si este dios hubiese hablado por su boca, dijo: rey, pueblo, aprended á discernir, por señales infalibles, la verdad que viene del cielo, y el error que es hijo de los hombres. Echad los ojos sobre la naturaleza; contemplad su orden y su designio, y entonces conocereis que sea cual fuese el dios que preside á este orden inmutable, establecido por él mismo, él ha conformado sus leyes á él mismo. ¿Y que importa al orden eterno, el voto que imprudentemente ha hecho esa jóven débil y mortal, de secarse como una planta fresca en la languidez de la esterilidad? ¿Es esto lo que al formarla le recomendó la naturaleza? Ved, dijo, asiendo los velos de Cora, y despedazándoles con una audacia imponente, ved este pecho; contemplad la señal patente de los designios de Dios sobre ella! En estas dos fuentes de la vida reconoced el derecho, el deber sagrado de ser madre. Así es como habló y se esplicó aquel Dios, que nunca hizo cosa alguna en vano.

Durante este discurso de Alonso, un murmullo confuso anunciaba entre la multitud la revolucion que se operaba en los ánimos, y el monarca aprovechó del instante de decidir para siempre. Tiene razon, grita, y la razon comanda á la ley misma. No, pueblo, yo debo confesarlo; esa ley cruel no viene del sabio Manco: no fueron sino sus sucesores los que la hicieron; ellos creyeron agradar á su dios; pero se engañaron. El error cesa, y la verdad recobra sus derechos. Demos gracias al estrangero que nos desengaña, nos ilustra y nos hace revocar una ley inhumana. Yo ordeno, que las sacerdotisas del Sol no tengan, de aquí adelante, otro vínculo que el de un zelo puro y libre; y

que aquella que se arrepienta de sus votos, sea en el instante mismo absuelta de ellos. Un dios justo no puede querer que se le sirva por fuerza, y sus altares no están hechos para ser rodeados de esclavos.

Asi hablaba este príncipe, con el doble gozo de destruir un abuso funesto, y conservar un amigo. El anciano padre de Cora se prosterna con sus hijos á las plantas del monarca; todo el pueblo, levantando las manos al cielo, da gritos de alegría: Alonso, triunfante, se echa á los pies de su amante; pero ella desmayada en los brazos de su madre, obscurecidos sus ojos no perciben á Alonso. Viéndole comprometerse por salvarla, el enternecimiento, la turbacion y el espanto la habian sobrecogido. Yerta, trémula y casi exánime, cayó sobre el seno de su madre, quien creyendo abrazarla por última vez, no habia tenido la crueldad de animarla. Fué el grito de la naturaleza el que del regazo de los padres y de las madres, de todo un pueblo enternecido, se levantó á los cielos, y el que reanimó sus sentidos. Ella vuelve en sí del sueño de la muerte, respira, abre sus ojos, y se vé en los brazos de Alonso, que enagenado la dice abrazándola: Vive, amada mia; vive; tu eres mia, abolióse la ley fatal.— ¿Que dices? ¿Que haces infeliz? vete y déjame morir.— No, tu viviras, repitió Alonso. La naturaleza y el amor triunfan ahora: los santos nombres de padre y de madre no son ya un delito para nosotros. A estas palabras, Cora, en el esceso de la sorpresa y de la alegría, suspira, estrecha en sus brazos su amante y su salvador; y demasiado débil para sostener una revolucion tan violenta y tan repentina, desmayóse una segunda vez.

Mientras que Alonso la reanima, el pueblo se apresura á porfía para verles y regocijarse con ellos. Un padre y una madre atónitos, sus hijos, que aun tiem-

blan; Cora, que en los brazos de Alonso, recobra con trabajo el uso de la vida y del sentimiento; la turbacion, el espanto, la ternura de este amante, que aun cree verla espirar; el júbilo y el enagenamiento del pueblo que les rodea, forman un espectáculo tan tierno, que el rey, los Incas, los héroes mejicanos, no pueden contener sus lágrimas. Amazili, sobre todo, y su fiel Telasco, están sumamente contentos. — ¡Ay! Telasco, decia esta doncella hechicera: ¡cuan felices van á ser estos dos amantes! Ellos pasan como nosotros de la mayor desdicha á la felicidad suprema. ¡Como se van á querer! — Como nosotros, la dijo Telasco. El cielo les ha dotado de dos corazones semejantes á los nuestros.

Retirada la multitud, y el monarca con los Incas vuelto á su palacio, son llamados Cora y su amante, y el sacerdote les habla así: Cora es libre. Un dios que es todo amor, no quiere ni puede exigir nada por fuerza; y antes de bajar al sepulcro, tengo la alegria de ver borrar de su código sagrado una ley cruel que no era digna de él. Pero sabed que ante él, la santidad del himeneo es inviolable. El quiere que á su presencia el don de una fé mútua consagre sus vínculos. — ¡Ah! el cielo y la tierra son testigos, esclamó Alonso, de que soy el esposo de Cora, de que ella es la mitad de mí mismo, de que ella ha recibido mi fé, que mis dias son suyos, y que mi deber mas sagrado es el de merecer su amor. Solo pido, sabios y virtuosos Incas, que veamos ahora, de vuestro culto ó del de mi patria, cual es el mas digno del dios á quien debe adorar el universo. Yo espero que pronto no tendremos sino un mismo altar; y á los pies de él, delante del ser supremo, será donde la religion habrá de santificar los votos de la naturaleza y del amor.

CAPÍTULO XLI.

VIAGE DE PIZARRO Á ESPAÑA.—SU LLEGADA Á SEVILLA, DONDE VIÓ CELEBRAR UN AUTO DE FÉ.

La supersticion (1), que por toda la tierra va arrastrando sus cadenas sagradas con las cuales esclaviza las naciones, brama de rabia viendo abolir la sola ley que ella habia dictado á los adoradores del Sol. Mas, para consolarse, echó sus miradas sobre la Europa, en que dominaba aun; miró tambien la España, en donde habia colocado la silla horrible de su im-

(1) *El fanatismo es el frenesí del zelo. La supersticion es el delirio de la piedad. Aquel es la enfermedad de los espíritus violentos; y esta es la peste de las almas pusilánimes. Ambos ultrajan la religion; el uno por sus furores, y la otra por el miedo que infunde.*

perio. Prepárabase allí su triunfo; íbase á celebrar su fiesta abominable, en esto que el bajel de Pizarro, habiendo pasado los anchos mares, entró en aquel golfo famoso 1) por donde el Océano se ha abierto un paso hasta la ribera de Egipto y de la Escitia.

Ocupado aquel grande hombre de la importancia de sus designios, meditaba profundamente sus espantosas dificultades. Una de ellas era la de su fortuna; el poco oro que habia recogido en su primera correría se habia perdido y disipado en manos de sus compañeros. Su empresa, que habia pasado por insensata, no tenia ya partidario alguno. Estaba perdida la confianza, y los auxilios dependian de ella. Para reanimarla, era necesario el favor del príncipe. Pero, ¡que horror no debian causar á la corte de España los estragos, las crueldades que se ejercian en América! Aquellos foragidos, azote de la India, ¿no habian de ser mirados con horror en su patria, asombrada de los escesos que ellos habian cometido? Un rey jóven, sobre todo, á quien la avaricia no habia corrompido aun, debia detestarlos, y en la opinion que tenia de aquellos fieros corazones, iba á confundir á cualquiera que solicitase el derecho de imitar su ejemplo, y de hacer su reino odioso á los pueblos de uno y otro emisferio. El grito lastimoso de la naturaleza, el de la religíon, el de sus ministros fulminantes, y lanzando anatemas contra los profanadores que la hacian cómplice de sus sacrílegos furores, eso era lo que Pizarro revolvia en su pensamiento, cuando un viento favorable, trayéndole hácia las riberas de la fértil Andalucía, le hizo entrar en el puerto de Palos, de donde

---

(1) *El golfo de Cadiz.*

partió el intrépido Colon, cuando sobre la fé de un piloto instruido por las borrascas, fué á descubrir aquel nuevo mundo infeliz.

Pizarro, en cuanto saltó en tierra, cuidó de enviar á Trujillo, lugar de su nacimiento, la noticia de su regreso; y al instante se fué á Sevilla, donde tenia el jóven rey su corte. Las costumbres y el genio de este eran desconocidos á Pizarro, de forma que todo le pareció mudado en su lamentable patria.

El primer objeto de su sorpresa fué la soledad de las ciudades y el abandono de los campos, donde parecia que el contagio habia ejercido sus estragos. ¡Qué, decíase á sí mismo, por arrojarse á los desiertos del nuevo mundo, se han dejado unas campiñas tan fértiles y afortunadas! No se asombró menos al ver la reserva austera y la gravedad misteriosa y taciturna de un pueblo, en otro tiempo brillante, ingenioso, lleno de candor y de franqueza, noble hasta en sus placeres, y magnífico en sus fiestas. La tristeza y el abatimiento estaban pintados en todos los rostros; la desconfianza se mostraba á los ojos, y el temor habia sobrecogido todos los corazones. Apenas llegó á Sevilla, quiere recorrerla, y vela en el silencio y el luto. Hállase en medio de una plaza pública, lugar vasto y decorado con magnificencia por los templos y los alcazáres que la rodean. En el centro, estaba una grande hoguera, y no lejos de ella, un sólio resplandeciente de púrpura y de oro. Al ver aquel aparato, se detiene, y pronto vé llegar un pueblo numeroso sin tumulto, y guardando un profundo silencio tal cual le infunde el terror. Pregunta á los que le rodeaban, ¿cual es el sacrilegio, cual es el parricidio que va á castigarse con tanta solemnidad, y si el rey presidiria al suplicio de los delincuentes, como lo anunciaba la pompa de aquel solio? Mas nadie le res-

ponde. Seas quien fueres, díjole en fin un viejo á quien preguntaba, ó deja de tendernos un lazo, ó si eres hombre de buena fé, mira, oye, y tiembla como nosotros.

Pronto Pizarro ve presentarse el sequito espantoso de los jueces y vengadores de la fé. Véles subir y sentarse sobre aquel solio terrible. La serenidad estaba pintada en sus semblantes, y la alegría brillaba en sus ojos.

Adelántanse las víctimas, enciéndese la hoguera, y una multitud de infelices, pálidos, trémulos, agobiados bajo el peso de sus cadenas, vienen á escuchar la sentencia que les condena á ser quemados vivos: sentencia que es pronunciada con el tono afectuoso y tierno de la caridad que socorre, y de la bondad que perdona.

El jóven rey habia pedido que, á lo menos en aquel momento terrible, en presencia del pueblo, cuando oyesen su sentencia, les fuese permitido el hablar, el defenderse y quejarse; débil dulcificante que queria poner á los rigores de aquel tribunal, pero que habiendo disgustado á los jueces, fué tratado de escándalo, y no tuvo lugar sino una vez.

En el número de los miserables hallábase un viejo á quien habian sorprehendido observando las prácticas del judaismo. Las seducciones, las amenazas, se lo habian hecho adjurar en el tiempo de su débil juventud. Imbuido de la fé de sus padres, el sentimiento de haberla dejado vino á perturbarle, y volvió á adherirse á ello, y en el silencio y el temor dirigia al cielo los votos de la antigua Sion. Su delito era conocido: ni aun al contemplar la hoguera se habia dignado desaprobarlo; él marchaba al suplicio como una víctima al altar. Mas, cuando oyó que todos sus bienes eran robados á sus hijos, y entregados á sus crueles

y avaros jueces, le abandonó su constancia: ¡O crueles! dijo, asi devorais vuestra presa. Yo merecí la muerte cuando vendí mi alma, cuando desdije de palabra lo que adoraba en mi corazon; pero, ¿que han hecho mis hijos para ser despojados de los pocos bienes que yo les dejo? Ellos han llevado desde la cuna el yugo de vuestra ley nueva, yo os los he entregado. ¡Ah! hipócritas, todo me lo quitais; y para alimentar á mis hijos solo dejais á su infeliz madre un pan amasado con mi sangre y empapado con sus lágrimas

Y que, respóndele, con un aire sereno el jefe del tribunal terrible, ¿no sabes tú que Dios persigue en los hijos la iniquidad de los padres? ¿que el despojo de los criminales de lesa magestad divina pertenece á los ministros de las celestiales venganzas, como las entrañas de las víctimas pertenecian á los sacrificadores? ¿que el esclavo no tiene nada que no sea de su dueño? ¿y que en fin tus iguales han nacido esclavos entre los cristianos? Si ellos se apoderan de unos bienes que no eran tuyos, es para hacer con ellos un digno uso; ¿y que mejor uso puede hacerse de los bienes de los infieles, que el de servir de recompensa á los defensores de la ley? Si cada cual vive de su trabajo, el que persigue el error, ¿será privado de su salario? ¿y no es muy justo que una raza funesta pague al morir el cuidado penoso y saludable que se toma en esterminarla?

Hombres sin pudor y sin fé, gritó el viejo, la fuerza os sostiene, y vuestra hipocresía abusa insolentemente de la potestad de oprimirnos. Pero temblad que el cielo se canse... No le permitieron acabar, y arrojáronle á las llamas.

Despues de él se presenta un jóven sencillo y tímido, nacido entre los cristianos, criado en su creen-

cia, y no teniendo idea alguna de los errores que le atribuian. El amaba á una doncella tan sencilla como él, tan piadosa y tan dócil, y de quien era amado: un rival furioso le habia acusado de heregía, y este embustero habia tenido por cómplice un confidente digno de él. En los calabozos, en los tormentos, el desventurado jóven habia tomado mil veces el cielo y la tierra por testigos de su fé y de su inocencia; pero no se le habia escuchado. Al comparecer delante de los jueces, y á la vista de la hoguera, redobló sus quejas y alaridos. Ministros del Dios á quien yo adoro, dijo el desventurado, y tú, pueblo sensible, yo protesto al morir que he vivido fiel á la religion de mis padres. Yo creo en todo lo que nuestros pastores me han enseñado desde mi niñez. Digáseme en que error he podido caer involuntariamente; sea cual fuere, yo lo abjuro y abomino. ¿Que quereis mas? — Queremos, dijo el inquisidor, que tu mismo confieses tu impiedad. — Yo no la conozco. Manifestadme mis acusadores, que se presenten, y me confundan á vuestra vista. — No, dijéronle: el interés de la fé no permite que se descubra á los que velan en su defensa, y que nos denuncian el error. ¿No has declarado tú mismo que no tenias enemigos? — ¡Ay! no: yo no aborrezco á nadie; ignoro quien pueda tenerme odio. — Pues bien; no es el odio, sino el zelo quien te acusa, y el zelo es digno de fé. — O padre mio, dijo el jóven á un religioso que le exortaba á la muerte, yo amo la vida y este suplicio me estremece. Decidme que confesion se aguarda que yo haga, y por inocente que sea, consentiré en calumniarme. — ¡Yo! enseñarte la mentira, díjole aquel hombre piadosamente cruel. No lo permita Dios No, hijo mio, es preciso que mueras mártir antes que usar de soberbia para con tus jueces. Des-

pues de todo, no te lisongees que esta tarda confesion pueda salvarte. Ya no es tiempo. Mientras estabas en la prision, era cuando debias reconocerte culpable; mas al acercarte al suplicio, ya no puede mirarse tu confesion como señal de un verdadero arrepentimiento, sino como dictada por el temor; y así no te se escucha. —Entonces fué cuando el jóven, abandonándose á su dolor, y derramando torrentes de lágrimas, las hizo correr de todos los ojos. ¡O Dios! esclamó, me anunciaban tu religion como pura y santa, y como el apoyo de la inocencia; y tus ministros.... En esto le interrumpieron y le precipitaron en la hoguera.

Mientras que un torbellino de fuego le envolvia vivo, y que sus gritos despedazaban todos los corazones, un moro casi de la misma edad, pero mas firme y animoso, fué condenado como blasfemador por haber murmurado contra el fanatismo del odioso tribunal. Pronunciáronle la sentencia exhortándole á declarar, á la faz de Dios y de los hombres, quien podia haberle sublevado contra los vengadores de la fé. Pueblo, esclamó con indignacion, ¿sabeis á quien se quiere que yo acuse? A mi padre. Mientras me estaban atormentando, me nombraron á ese cómplice de quien querian que yo fuese el delator. A él es á quien quieren que yo arrastre al suplicio. Me prometian usar conmigo de indulgencia si fuese yo bastante vil y desnaturalizado para vituperar y calumniar á quien me dió el ser. Pero, ¡ah! lejos de acusarle y vilipendiarle, yo juro por el cielo que ese anciano es inocente. El gime como vos, pero en el fondo de su alma, y á menos que las lágrimas no ofendan á los tiranos, él jamas les ofendió. Mas fogoso, yo he hablado, he detestado altamente esta abominable tiranía. He preguntado, en nombre del

cielo, ¿por que odio á la verdad, por que horror á la inocencia, se niega al acusado el derecho natural y sacrosanto de una defensa legítima? ¿Porque se cuenta al delator en el número de los testigos, dispensándole de comparecer, y haciendo que dirija sus golpes como un vil asesino, á la sombra, y bajo el manto de los mismos jueces? Este modo infernal de enjuiciar, ese aparato de iniquidad, esos grillos, esos calabozos, esas tinieblas, ese silencio horrible, y todos los lazos del artificio y de la mentira, para sorprehender ó amedrentar á un infeliz, abandonado á la calumnia y al dolor. Ved aquí lo que me ha exaltado. Yo he dicho todo eso; y mi franqueza les ha herido. Ellos me castigan por ella; pero un dia vendrá en que esos impostores serán descubiertos; se les quitará la máscara, y sus crímenes recaerán sobre ellos, como un diluvio, con las venganzas del cielo.

A estas palabras, deshaciéndose de los brazos del que le acompañaba: Déjame, dijo, yo no reconozco al Dios que adoran mis verdugos. O Dios justo, Dios clemente, padre de todos los hombres, esclamó, recibe mi alma; y él mismo arrastrando sus cadenas, se arrojó á la hoguera.

Despues de él venia una multitud de jóvenes de ambos sexos, que habian sido criados sigilosamente en la ley mahometana, y entregados, por este delito, á los inquisidores de la fé. Habiáseles prometido que se les libraria del suplicio si se hacian cristianos. Débiles, tímidos y crédulos, habian consentido en ello, y á pesar de eso, fueron condenados al fuego. Ellos reclamaron la promesa sobre la fé de la cual habian adjurado el mahometismo. — Cumpliráse, les respondieron, pero será en el otro mundo. Allí se os libertará del suplicio; pero de otro suplicio, en comparacion del cual este de ahora no es nada. Hijos

mios, no penseis sino en morir fieles; y considerándoos felices de no tener que sufrir sino una espiacion pasagera, resignaos sin murmurar. Fueron inútiles sus lágrimas, y desde el medio de las llamas, á que fueron arrojados, sus brazos se estendieron en vano para pedir gracia: en un momento fueron todos consumidos.

Pizarro, que colocado lejos del tribunal, no habia oido sino alaridos, viendo todas aquellas víctimas amontonadas sobre la hoguera y devoradas por las llamas, mientras que el aire resonaba con sagrados cánticos de alegría, y piadosos fanáticos, levantando sus manos al cielo, le ofrecian por incienso el humo del sacrificio, llenóse de terror y de compasion, y se decia en sí mismo: ¿Ha mudado la España de culto? ¿La han traido de la India los dioses que adoraban los salvages, y á quienes alimentan con su sangre? Viendo el gentío disiparse pensativo y consternando, imitóle él mismo, y de vuelta á su casa halló en ella á uno de sus hermanos que acababa de llegar á Sevilla, ancioso de verle y abrazarle.

CAPÍTULO XLII.

Gonzalo hermano de Pizarro, viene á verle á Sevilla. — Su conversacion. — Pizarro es presentado al emperador, de quien consigue el gobierno de los paises que va á conquistar. — Vuélvese á América.

Despues de los primeros movimientos de la ternura y de la alegría, habiéndose asegurado Pizarro que ningun testigo podia oir su conversacion, ni perturbarle en ella, comenzó por hacer á Gonzalo la relacion de sus aventuras. Espónele despues el objeto de su viage, y acaba por preguntarle que estraña revolucion se habia operado desde su ausencia, en el genio, en las costumbres y en el culto de su patria, y cual es esa horrible fiesta de que acababa de ser testigo.

Demasiado jóven cuando dejaste estos paises, le dijo Gonzalo, no podias ver prepararse estos acontecimientos; pero, hoy que la fortuna depende de ellos, yo debo pasarlos á tu conocimiento. Escucha, hermano mio, y estremécete:

Nuestros vencedores, los moros, se habian derramado por la España; habian traido á ella las artes,

la agricultura y el comercio, é ilustrando los ánimos habian consiguientemente suavizado las costumbres. La prosperidad, la grandeza, la opulencia de este reino, cultivado, enriquecido, decorado por sus manos, mereceria que se olvidase su invasion y sus estragos. Vencidos y sometidos á su turno, ellos no pedian sino que se les dejase gozar de una legítima libertad, esto es, vivir súbditos de nuestros reyes, conservando el culto de sus padres; y si la supersticion no se hubiese apoderado del alma de Isabel, jamas reino alguno hubiera sido tan floreciente como el suyo. Mas esta reina, cuyo genio y cuyo valor la hubieran colocado en el rango de los mas grandes hombres, tuvo la desgracia de ser engañada por un confidente fanático (1), el cual, desde su juventud mas tierna, la embriagaba de un falso zelo, y la habia hecho jurar, si subia al trono, el emplear el yerro y el fuego para esterminar la heregia y hacer triunfar la fé. Para cumplir pues esta temeraria promesa, ella erigió aquel tribunal de sangre, llamado el Santo Oficio.

Armado de una potestad enorme independiente de todas leyes que protegen la inocencia, y consagrado por un pontifice (2) que le confiaba todos sus derechos, aquel tirano de los ánimos les llenó de un santo horror (3). En esta ciudad, en Sevilla, fué donde se celebró el primero de aquellos sacrificios bárbaros á que llaman *autos de fé* (4). Aquel dia execrable cos-

---

(1) *Tomas Torquemada, fraile dominico.*

(2) *Sixto IV.*

(3) *En el espacio de cuatro años, la inquisicion procesó á* 100,000 *personas, de las cuales* 6,000 *fueron quemadas.*

(4) Auto de fé. *El primero se celebró en Sevilla, en* 1480.

tó veinte mil súbditos á la España, que huyeron despavoridos y fueron á refugiarse al Africa. En Castilla y en el reino de Leon, nuevas hogueras se encendieron, y millares de infelices fueron arrojados á ellas. El mismo azote se estendió por Aragon, haciendo los mismos estragos. La España entera fué entregada á él, y de un reino á otro la supersticion veia, como otras tantas señales, las hogueras que devoraban á sus innumerables víctimas. Multitud de proscriptos escapados de la rabia de sus perseguidores, se abandonaban á la merced de las olas, y el Africa fué repoblada con ellos. En fin, Granada, conquistada á los moros, llegó á ser á su turno el teatro de aquellos deplorables furores (1) ¡Ah! Pizarro, que provincia ha asolado el fanatismo! Un pueblo industrioso, valiente, ilustrado,

---

(1) *El primer edicto contra los judíos fué publicado en 1492, obligándoles á convertirse ó á salir de los dominios de España. Consiguiente á esta providencia despótica, se convirtieron 100,000 familias por no perder sus bienes, y 800,000 se retiraron al Portugal, al Africa y al Oriente.*

En 1501, se publicó otro edicto contra los moros, forzándoles á bautizarse ó á ausentarse de una vez del reino dentro de tres meses, bajo la pena de ser hechos esclavos. Una asamblea de teólogos y juristas decidió que se podia, en conciencia, usar de esta santa violencia, á pesar de la fé prometida en los mas solemnes tratados. El Papa Clemente VII releva al emperador Carlos V del juramento prestado en punto á ello por sus predecesores, de permitir á los moros el libre ejercicio de su religion, y él le exorta á desterrar de España todos los que no se convirtieron cristianos.

mezclando á los trabajos el encanto consolador de las fiestas; mas de treinta ciudades soberbias, donde florecian las artes; otras ciento menos opulentas, pero todas ricas y pobladas; dos mil lugares llenos de labradores afortunados; las mas deleitosas y mas ricas campiñas del universo, todo está perdido, todo destruido: la muerte, el espanto, la soledad reina en ellas; la tiranía de los ánimos, la mas odiosa de todas, como la mas injusta y mas violenta, las ha convertido en vastos sepulcros, donde domina en silencio sobre cenizas y despojos.

Así, le preguntó Pizarro, ¿las rapiñas, las crueldades que se ejercen en América, asombrarán poco á la España? — Sus propias desventuras, respondió Gonzalo, la han hecho insensible á ellas. ¿Y de que quieres tú que se asombre y espante? Entre nosotros; en su seno, ella vé consagrar los crímenes mas odiosos. La humanidad no tiene ya derechos, la sangre perdió sus privilegios. Que el hijo acuse á su padre, el padre á sus hijos, la muger á su esposo, he aquí el triunfo del falso zelo. Ellos son acogidos, oidos, y sobre su delacion sola, perece el acusado. Una mera sospecha basta para hacer prender, arrastrar á los calabozos á la débil y tímida inocencia, y la impostura que le acusa, protegida al abrigo de un mortal silencio, está segura de su impunidad. El único recurso del débil, la fuga, es reputada como prueba del delito, y el anatema, que persigue al prófugo, rompe los vínculos mas santos. En él sus amigos desconocen á su amigo, sus hijos á su padre, sus súbditos á su rey: ya no hay asilo, no hay refugio seguro para él, ni aun siquiera en el seno de la naturaleza. La mano que le atraviesa el corazon es inocente, ella ha vengado al cielo. Todo cristiano es de derecho divino el juez y verdugo de un infiel y fugitivo. Tal es la ley del fa-

natismo, y yo omito el referirte los pormenores de mil atrocidades semejantes, que forman su código infernal (1). En consecuencia no temas que en España se espanten de los horrores que pasan en la India.

Y la corte, preguntó Pizarro, ¿está acometida de ese delirio? — La corte no piensa, respondióle Gonzalo, sino en sacar ventaja de nuestras calamidades. Que el pueblo tiemble y doble la cerviz, he aqui lo que ella quiere; y las desgracias de la India no la afligen sino muy debilmente. Los grandes, con plena licencia, oprimian en otro tiempo al pueblo; los jueces les eran vendidos, callábanse las leyes ante ellos, y sin freno como sin pudor, ejercian impunemente sus vejaciones las mas exasperantes. El pueblo ha recobrado sus derechos; la regencia de Jimenez le ha sacado de la opresion: él está armado, disciplinado, unido para su propia defensa; la fuerza está al lado de las leyes, y el pueblo, á quien ellos protegen, les protege á su turno contra los atentados de los grandes, sus comunes enemigos. Así, el fausto de la corte, no teniendo ya por dentro los recursos del latrocinio, ha hecho á los grandes mas avarientos de las riquezas de afuera, y la esperanza de partir, entre sí, los despojos del Nuevo Mundo, los convierte en zelosos partidarios del primero que promete pagar el tributo á su orgullosa avaricia. Todo es venal bajo este nuevo régimen, y cuando el oro es el premio de todo, todo se obtiene con el oro; esto es lo que he querido decirte. Lisongea la ambicion y la codicia; ellas son las que dominan. Ellas presidirán los consejos, ellas tie-

---

(1) *Véase* el Directorio de los inquisidores, *y el estracto de este, bajo el título de* Manual de los inquisidores.

nen los oidos del príncipe, y son el alma de la corte. La religion misma es aqui su esclava, y tu verás que se la hace callar cuando pretende incomodarles. Roma, sede de la Iglesia, acaba de ser tomada y saqueada; el soberano pontífice ha sido puesto en cadenas... — ¿Sin duda por los infieles? preguntó Pizarro. — Por nosotros, repitió Gonzalo, por el jóven emperador, que él mismo ha vestido el luto de su victoria. Vé á encontrarle; anuncíale una dilatada y rica conquista. Él gemirá, acaso sobre la desgracia de la India; mas si esta desgracia es útil á su grandeza y poderio, la dejará consumar.

Pizarro, aprovechando las instrucciones de Gonzalo, no encontró dificultad en introducirse en la corte. Preséntanle al emperador, y en medio del consejo reunido, habiéndose dignado este jóven príncipe oirle, hablóle el guerrero de esta forma:

Monarca glorioso y poderoso, yo soy uno de los primeros soldados que, bajo el reinado de Fernando, llevaron las armas de Castilla al Nuevo Mundo. Yo me llamo Pizarro; Trugillo me vió nacer el mas oscuro de vuestros súbditos; pero tengo la ambicion, que es acaso el medio de hacer olvidar mi nacimiento. Sobre la costa de Cartagena, y hácia las riberas del Darío, yo seguí á Alfonso de Ojeda, el hombre mas determinado que jamas hubo en la tierra. En su escuela aprendí que no hay peligros que no supere el valor, y yo puedo decir que él me ha puesto á prueba de todos los males. Despues de él, serví bajo Vasco de Balboa, y concebí la esperanza de igualar á Colon y á Cortés.

Os han ponderado las riquezas de la América, y yo os anuncio que no las conocen. Las islas cuyo descubrimiento ha hecho la gloria de Colon, y el reino cuya conquista ha dado á Cortés tanta fama, no

son nada en comparacion de los paises que yo he descubierto, y con que vengo á rendiros homenage. Estos son los del reino de los Incas, pueblo adorador del Sol, y cuyos reyes se jactan de ser sus descendientes, llamándole padre, sin duda á causa de las riquezas que el calor de sus rayos esparce sobre aquellos venturosos climas. Una cordillera de montes de oro, se estiende desde el ecuador hasta el trópico del mediodia, y entre ellas están los mas ricos collados y valles mas fértiles. Un mismo dia presenta en ellas todas las estaciones reunidas; la misma tierra produce allí á la vez las flores, los frutos y las cosechas. Los pueblos de aquellas regiones son valerosos, pero casi no tienen armas. Es fácil vencerlos, y mas fácil el ganarles por la clemencia y la dulzura. Yo habia desembarcado en sus costas y penetrado en su pais, y con solo un navio y doscientos hombres, yo habria sometido á vuestras leyes innumerables pueblos, y puesto á vuestros pies masas enormes de oro; pero el virey de Panamá, zeloso de una empresa comenzada antes de él, y cuya gloria no tenia, llamó á mis compañeros; de suerte que solo me quedaron doce, con los cuales, en una isla desierta, y en medio de las tempestades, he sostenido las mas terribles pruebas de la necesidad. Yo esperaba un débil socorro, el cual se me negó, acabándose todo por llamarme á España. Obedecí, mas sin renunciar á mi gloriosa empresa; y para someteros el pais mas rico del universo, yo no pido sino el honor de que goza Cortés en Méjico, el de mandar en vuestro nombre, y no obedecer á otro que á vos.

Entonces Pizarro puso á la vista del consejo la relacion de sus aventuras, certificada por sus compañeros, y esta relacion, aunque muy sencilla, no fué leida sino con asombro. Mas fuese que el jóven empe-

rador quisiese aun probar á Pizarro, ó que por su nacimiento no le creyese digno del título á que aspiraba: la audacia de tu empresa, le dijo, parece autorizar la de tu ambicion, pero conténtate con tomar parte en las riquezas que me anuncias, y no pidas mas. Cuanto á riquezas, respondió Pizarro, con tono de pesar y de desden, mis marineros y mis soldados, volverán cargados de ellas, mas yo no quiero sino la gloria. Todo lo demas es despreciable para mí. Si yo no soy digno de gobernar, tampoco lo soy de vencer. Nombrad el virey que deba reemplazarme, y yo le instruiré: mi plan, mis proyectos, mis descubrimientos, todo, todo se lo comunicaré escepto mi valor.... del cual yo necesito ahora para devorar la humillacion de vuestra negativa.

Esta franqueza adusta y altiva no disgustó al jóven monarca. El me servirá bien, dijo, pues que no sabe adularme. Otórgole su demanda, y desde el mismo instante, Pizarro vió á un tropel de cortesanos rodearle, felicitarle y empeñarse para que les concediese el honor de proteger sus crueldades y sus rapiñas, y mendigar el premio infame del apoyo que le prometian. Vió á una juventud fogosa, llena de ambicion, disputarse la gloria de seguirle y compatir sus trabajos; y vió la avaricia misma apresurarse, por el aliciente del lucro, á equiparle una flota, y arriesgar temblando los gastos de una empresa de que aguardaba tesoros.

Pizarro, sin creer que en ello engañase á los que se fiaban á él, les prodigó las esperanzas, se grangeó el apoyo de los grandes, y, segun la estimacion popular, escogió buenos marinos y soldados determinados, tomando entre los mas animosos á unos veinte de los principales para que mandasen bajo sus ór-

denes. De este número fueron sus hermanos (1). El jóven Davila no fué olvidado; Cárlos dignóse de encomendar á Pizarro que le llevase consigo al pasar á la isla Española.

Como todo favorecia así sus designios, Pizarro, en el templo (2) y sobre el mismo altar en que Magallanes habia hecho el juramento de fidelidad y obediencia á la corona de Castilla, pronunció él el suyo en manos de S. M. C.

Guerrero, le dijo el jóven príncipe, aqui se confunden todos los derechos; cada cual, segun sus intereses ú opiniones, hace inclinar la balanza entre los indios y nosotros (3). Cansado de todos estos debates, yo te encomiendo dos cosas: la una, de hacer á tu pais todo el bien que creyeres justo, y que dependiere de tí; la otra, de hacer á los indios el menos daño posible, pues, si yo deseo ser obedecido, ansio mas el ser amado de ellos. A estas palabras, ciñole la espada que debia ser la señal de su dignidad (4), y que no fué para él sino débil defensa contra cobardes asesinos.

Entretanto, su flota en la rada, y sus compañeros reunidos en el puerto de Palos, no esperan sino á Pizarro y los vientos. Llega él, y los vientos le convidan á partir; embárcase, hace levar la ancla, y

---

(1) *Fernando, Juan y Gonzalo Pizarro.*

(2) *En la iglesia de N. S. de las Victorias.*

(3) *Es notorio que la corte estaba compuesta de flamencos y españoles. Los flamencos estaban en favor de los indios, y querian su libertad; los españoles deseaban su esclavitud.*

(4) *Marques, gobernador, adelantado y virey.*

dá á la vela con las aclamaciones de todo un pueblo que le exhorta á volver cargado de las riquezas de la América, y deponer los despojos de los templos del Sol al pié de los altares del verdadero Dios.

CAPITULO XLIII.

AL LLEGAR A SANTO DOMINGO, PIZARRO ENCUENTRA A LAS CASAS, ACOMETIDO DE UNA ENFERMEDAD QUE SE CREE MORTAL. — NUEVA MUESTRA DEL AMOR DE LOS INDIOS POR LAS CASAS, DE LA CUAL ES TESTIGO PIZARRO.

Al llegar á la isla Española, adquiere Pizarro la noticia de que Las Casas, acometido de una enfermedad que se creía mortal, se hallaba en un estado de languidez á las puertas del sepulcro; fué á verle. Gonzalo Davila estaba al lado del respetable sacerdote, sirviéndole con aquel zelo tierno que tuviera un hijo por su padre.

El solitario, al ver á Pizarro, se sintió vivamente conmovido; sobre su rostro, en que se hallaban pintados el dolor, la flaqueza y la serenidad, derramóse un rayo de alegría. Amigo mio, dijo á Pizarro, tendiéndole la mano, voy á ver á aquel Dios que nos orió á todos para amarnos mutuamente, para vivir en paz, socorrernos y aliviarnos en nuestros trabajos. Contempla cuanto la imágen de la muerte es tranquila y risueña para el hombre sencillo y dulce que se dice á sí mismo: Yo no he hecho nunca gemir al inocente. Mira con que confianza mis ojos, antes de

cerrarse á la luz, se levantan aun hácia el cielo; con que consuelo mis brazos se estienden tambien hácia mi padre. El me ve moribundo, y dice: Ese hombre fué bien débil, mas nunca fué malo; su pecho encierra un corazon sensible; sus ojos nunca vieron las lágrimas de los infelices sin mezclar las suyas con ellas; sus manos, que él tiende hácia mí, él las tendia igualmente hácia los desventurados á quienes podia socorrer: yo seré misericordioso para con el hombre compasivo. ¡Ah! Pizarro yo te deseo una muerte semejante á la mia. Procura merecerla, ejerciendo la justicia y la humanidad.

A esta voz débil y lastimosa, á este lenguaje animado por una piedad viva y tierna, á aquellas miradas en que parecia resplandecer la última centella de la vida y del sentimiento, Pizarro se conmovió, estrechó con sus manos las del hombre justo, y le dijo: ¡O padre mio! vivid para verme practicar lo que me enseña vuestro ejemplo é inspiran vuestras virtudes. Para responderos de mí mismo, necesitaba hallarme revestido de una autoridad capaz de imponer respeto; lo estoy ahora, y espero enseñar á mi patria á conquistar sin oprimir.

Pidióle el solitario noticias de su amigo y virtuoso Alonso. El me dejó, le respondió con dolor, y fué á echarse entre los salvages.

¡Buen jóven! dijo Las Casas; él les amó siempre, y es digno de que ellos le amen. Pero dime, ¿cual es con respecto á ellos el espíritu de la nueva corte de España? Ella está dividida, le respondió Pizarro; mas el partido de la avaricia y de la tiranía es siempre el mas fuerte; en el sacerdocio mismo he visto hombres devotos á este partido cruel. Ellos se autorizan con la causa de Dios para aconsejar la violencia, y aun la ejercitan en España con un rigorismo

que no he podido ver sin estremecerme. Entonces le hizo una pintura de aquella fiesta abominable á la cual habia asistido él mismo. — ¡Monstruos! esclamó Las Casas con un sentimiento de horror tan profundo que olvidó su debilidad. O amigo mio, dígnate de creer en el testimonio de una lengua que espira, pues los temores, las esperanzas y todos los intereses humanos se desvanecen delante de quien no va á dejar en el mundo sino un polvo exánime, y este es el momento que yo escojo para dar gloria á la religion. Has oido y oirás todavía abominables escesos; el orgullo, la ambicion, la avaricia, la pasion insaciable de dominar é invadir, han hallado en el santuario, y hasta al pié de los altares, cobardes partidarios y apologistas feroces; y por una bajeza indigna de un ministerio augusto y santo, se ha creido deber colocarse al lado del poderoso, del fuerte y del injusto, para asegurarse de su apoyo. Pero, amigo mio, Dios es inmutable, y la verdad lo es como él; ni él, ni esta necesitan del favor de una corte avarienta, ni del favor de un pueblo codicioso. La cuchilla de la tirania, el cetro de la iniquidad serán reducidos á cenizas; los tronos mismos se acabarán, y Dios existirá y la verdad con él. Yo atestiguo pues aquí, por ese Dios ante el cual voy á comparecer, que él condena en sus ministros esa vergonzosa política, vil esclava de las pasiones; atestiguo que él no ha dado á ningun hombre en la tierra el derecho de forzar la creencia, y anunciar su ley con el puñal en la mano; que el que ha criado las almas de los moros y de los indios no necesita de nuestros tormentos para mudarles y reducirles, y que el Dios que hace amanecer el sol sobre estas regiones hará brillar tambien en ellas, cuando mejor le parezca, la luz de la verdad. Así pues, todas las veces que veas á hombres

sacrílegos poner el fuego en manos de los reyes y de los pueblos, y luego levantar las suyas al cielo, y decir: las nuestras son inocentes, ellas no han derramado la sangre, huye de esos hipócritas embusteros; son ellos mismos los verdugos; pero guárdate de atribuir á la religion la dureza, el orgullo y la crueldad de sus ministros. La paz, la indulgencia y el amor, hé aquí su espíritu y su esencia; bajo este carácter inmudable y eterno se la conocerá siempre. Amigo mio, yo lo he dicho á los reyes, lo he dicho á los tiranos de la India; y si Dios prolongase mis dias iria á decirlo á aquel jóven monarca, cuya razon se estravía; yo subiria sobre la hoguera en que hacen perecer, segun tu dices, tantas víctimas infelices; y de allí, yo pediría á ese tribunal sanguinario, si esos tizones ardientes los ha tomado en el altar del cordero. Yo preguntaria á ese rey quien le ha hecho el juez de los pensamientos y el tirano de las almas, y si esos sacerdotes fanáticos han podido conferirle un poder que ellos mismos no tienen. Ellos destruirian esa hoguera infernal, ó me harian arder en ella vivo.

Hombre justo, le dijo Pizarro, calmaos, y no abrevieis unos dias que nos son preciosos; bastante habeis hecho, y ese zelo heróico va aun mas allá de los deberes que os impone vuestro estado. — ¡Mi estado! ¿y quien dará gloria á la religion sino son sus ministros? ¿quien la vengará de la injuria que un fanatismo atroz la hace invocándola? Hé aquí nuestros deberes. Mientras los pueblos y los reyes no mezclan los intereses del cielo á sus proyectos de iniquidad, ellos pueden taparnos la boca; pero desde el punto que se autorizan de la causa de Dios, para ser injustos y crueles, á nosotros toca el gritar, entre las lanzas y espadas, que Dios desaprueba los de-

litos cometidos en su nombre. Desdichados nosotros si, por nuestro silencio, se le creyese cómplice en ellos. ¡Y que! ¿el zelo no sabrá jamas otra cosa que oprimir y destruir? La caridad, como la fé, no tendrá sus mártires? —

En tanto que Las Casas, con una voz reanimada por el amor de la humanidad, tenia á Pizarro este lenguaje, la noche habia envuelto á la isla Española con sus sombras, el silencio reinaba en ella, todo reposaba: no se oía sino el bramido de las olas que se estrellaban contra las rocas, revolviéndose desechas con murmullo lastimoso, y como imitando el de la naturaleza oprimida en aquellos climas.

Oyóse entónces llamar á la puerta del solitario. El jóven Davila se levanta, va, y vuelve con desasosiego; reclínase sobre el lecho de Las Casas, y consúltale en secreto: Sí, que entre, dijo Las Casas; Pizarro es magnánimo, y seria hacerle injuria el desconfiar de él. Vas á ver, le dijo, á un cacique que, habiéndose retirado desde mas de diez años á las montañas de la isla (1), se conduce en ellas con un valor y una bondad sin ejemplo. Por él su retiro agreste se ha hecho inaccesible, y este es el refugio seguro de todos los insulares que se escapan de sus tiranos. El ha disciplinado á tres cientos hombres llenos de valor, y les contiene en los límites de una defensa legítima. Vigilante, activo, ardoroso, y tan prudente como intrépido, se mantiene en su puesto, y no acomete nunca. El ha visto asesinar á sus amigos, á su familia entera; ha visto quemar vivos á su padre y á su abuelo (2), y si le cae en las manos uno

(1) *Las montañas de Bauruco.*
(2) *Xaragua, bajo el gobierno de Ovando.*

de los verdugos de su patria, le desarma y le devuelve: su enemigo mas cruel, si es tomado vivo, tiene su salvacion segura, pues ya no se vé en él sino á un hombre. Felizmente en gloria de la religion, el tal cacique es cristiano; yo he tenido la dicha de instruirle; él se acuerda de ello, y me ama tiernamente. Ha sabido que yo estoy malo, y figúrate tú á que peligros se ha espuesto para verme.

Apenas Bartolomé acababa su discurso, cuando el jóven Davila volvió seguido del cacique y de una india que le acompañaba. Enrique (así se llamaba el héroe salvage) se precipita enagenado sobre el lecho de Las Casas, y besándole mil veces la mano con una ternura inponderable: O padre mio, le dijo, yo te vuelvo á ver. ¡Se me hacia un siglo! Mas yo te veo doliente, y tu mano arde bajo mis lábios. Mis hermanos, tus hijos alarmados de tu mal, han venido á afligir mi alma; yo no he podido resistir á la impaciencia de verte. Si me cogiesen, bien sé lo que me sucederia; mas yo he querido esponerme á ello por venir á abrazar á mi padre. Oyeme, añadió el salvage levantando su cabeza; me han dicho que tu estás acometido por una enfermedad para la cual es muy saludable la leche de muger, y yo te traigo aquí á mi compañera. Ella ha perdido á su niño, que le ha costado muchas lágrimas; ella ha bañado con la leche el polvo que le cubre, y ya él no le pide nada. Véla sus pechos aquí. Ven, muger, y presenta á nuestro padre esos dos manantiales de la vida. Yo daria la mia por él, y si tú prolongas la suya, yo idolatraré, hasta mi último aliento, el seno que le habrá salvado.

Bartolomé, fijando sus ojos en Pizarro, gozaba de la impresion que hacía sobre el corazon del castellano la bondad del cacique; el jóven Davila vertía dulces lágrimas; y la india, cuya hermosura era ce-

lestial, y la modestia hechicera, mirando á Las Casas con ojos respetuosos y tiernos, no aguardaba sino una palabra de su boca, para acercar á él su casto seno.

Las Casas, conmovido hasta en el fondo de su corazon, quiso negarse á aquel socorro. ¡Ah cruel! esclamó el cacique, dinos pues, si tu quieres morir, ¿cual es el amigo que tu nos dejas? Bien sabes que solo eres nuestro consuelo y nuestra esperanza. Si tú nos amas, si nos compadeces, y si yo mismo te soy querido, concédeme lo que vengo á pedirte á riesgo de mi cabeza, en medio de mis enemigos. Ven, muger, abraza á nuestro padre, y que tu pecho obligue su boca á sacar de él la vida. Acabando estas palabras, toma en sus brazos á su muger, y haciéndola inclinar sobre el lecho de Las Casas: Adios, padre mio; yo dejo contigo á la mitad de mi mismo, yo no quiero verla sino cuando te haya restituido á la vida y á nuestro amor.

La jóven hermosa india, arrodillada ante Las Casas, le dice á su turno: ¿que es lo que temes, hombre de paz y de dulzura? ¿no soy yo hija tuya? ¿no eres tu nuestro padre? ¡Mi querido esposo me lo ha dicho tantas veces! El daria su sangre por tí; yo te ofrezco mi leche. Dígnate de sacar de ella la vida en este pecho, que tu has conmovido tantas veces y tan vivamente, siempre que se me contaban los prodigios de tu bondad.

Sumamente enternecido para desechar una súplica tan afectuosa, harto virtuoso para sonrojarse de ceder, el solitario, con la misma inocencia que le era ofrecido el beneficio, recibióle; permitió á la jóven india que no se alejase de él; y á la piedad de Enrique y de su compañera, debió la tierra la felicidad de poseer todavía mas tiempo á aquel varon justo.

Angel tutelar de este nuevo mundo, díjole Pizarro, ¡cuan feliz eres de reinar sobre los corazones! Otros habrán subyugado la India; mas tu solo la has sometido por el ascendiente de tu virtud.

El enternecimiento del jóven Davila le hizo notar de Pizarro, y Las Casas se lo nombró. — Hijo de un padre demasiado enemigo de los Incas, díjole Pizarro, vé aqui unos ejemplos bien diferentes del suyo. El le anunció que el emperador se lo habia recomendado, y que estaba destinado á seguirle. Pero Gonzalo en aquel momento no podia resolverse á separarse de Las Casas.

Amigo mio, le dijo el solitario, tu deber es el de obedecer; yo quisiera mas verte obscuro que culpable. Pero la confianza que me inspira Pizarro mitiga mi sentimiento de los pasados males y modera mis temores. Yo te aconsejo que le sigas, y te convido á imitarle. Ven á verme todavía mañana: yo escribiré á mi querido Alonso, y te encargaré de mi carta; y si Pizarro puede saber en donde respira este buen jóven, él la hará llegar á sus manos.

Cuando escribia esta carta fatal, ¡quien le hubiera dicho que iba á firmar la ruina de los indios!

CAPÍTULO XLIV.

PARTE PIZARRO DE SANTO DOMINGO, VASE Á PANAMÁ, EMBARCASE PARA EL MAR DEL SUR, BAJA AL PUERTO DE COAQUE, Y SE VA POR TIERRA Á TUMBES. — ESTADO DEL PERÚ Á LA LLEGADA DE PIZARRO. — BATALLA SOBRE EL ABANZAI, EN DONDE EL PARTIDO DEL REY DEL CUZCO ES CASI ENTERAMENTE DESTRUIDO.

Impaciente por volver al Istmo, Pizarro aprovechó del primer soplo de un viento favorable para dar la vela, y partió de la isla española. Su regreso á Panamá volvió la esperanza y la alegría á sus amigos; dieron prisa para armar una flota; y en cuanto se halló equipada, se embarcó con la resolucion de ir á desembarcar en las costas que habia reconocido. Los vientos le obligaron á arribar al puerto de Coaques, no lejos del promontorio del Palmar; y desde allí, para no depender mas de la inconstancia de las olas, marchó por tierra costeando la playa, y ordenando á su flota de ir á reunirse con él en el puerto de Tumbes.

Arenales, valles cubiertos de bosques erizados y espesos en que los sauces y mangleros formaban un tegido impenetrable; torrentes, rios impetuosos, un aire abrasador, los horrores de una profunda soledad,

cuanto la naturaleza tiene de espantoso, todo se opone á su paso y no puede contenerle en su marcha. El camina bajo un cielo de fuego y sobre una tierra ardiendo, sus compañeros, á quienes alienta en nombre de la gloria y del oro, penetran con él por entre aquellos bosques, donde jamas las serpientes venenosas, de que estaban llenos, habian visto las huellas humanas. Arrojándose en los torrentes, enseña á sus compañeros á pasarlos á nado; anima á aquellos á quienes espanta el peligro, ó á quienes abandonan las fuerzas; dispútales á las olas que se los llevan, y luchando con una mano, y sosteniéndoles con la otra, les conduce á tierra. Intrépido é infatigable, se adelanta; descubre en fin campiñas cultivadas, chozas y aldeas pobladas de indios, y el terror que esparce su vista entre los indios hace pasar pronto á Quito la noticia de su vuelta; pero el cruel estado de las cosas en el reino de los Incas no habia permitido el velar en la defensa de los valles.

Huascar permanecia cautivo en los muros de Canares; pero uno de sus hermanos, Mango refugiado en las angosturas de los montes del oriente con los restos de su familia y las reliquias de su ejército, meditaba la atrevida empresa de volver al Cuzco, y desalojar de allí á Palmore. Él veia ademas aumentarse el número de los suyos por nuevos transfugos, á quienes espantaba el dominio del usurpador del imperio y del opresor de su rey.

Cual los animales de una selva, cuando un vasto incendio se ha esparcido en ella, huyen de la rapidez de la llama que lleva á todas partes un viento impetuoso, se retiran bramando sobre peñas inaccesibles, y de allí, fijando sus ojos tristes sobre lo que abrasa el fuego, manifiestan secretamente su espanto y su dolor, tal era el estado en que se hallaban aquellos indios refugiados en los montes del oriente.

Pronto el impertérrito Mango desciende de ellos á la cabeza de los suyos, y la fama de su nombre esparció por todas partes la noticia de su marcha. Con la esperanza se reanima el valor en todos los corazones; en el Cuzco comienza á removerse el pueblo, y el ruido sordo y amenazador de la rebelion se hace oir en aquella capital.

A la señal de una sublevacion, y al acercarse un ejército, Palmore abandona la ciudad; hace proveer abundantemente la ciudadela que la domina, y se encierra en ella con los suyos (1).

Mango halla la ciudad abierta, entra en ella como en triunfo; y, orgulloso de tener bajo su mando un numeroso ejército, hácele acampar al rededor de los muros, y envia á Palmore una intimacion de rendir la ciudadela. Este le responde que no le desarmará sino la paz, ó la muerte. Hácesele entender que todo el imperio está sublevado; que Ataliba es perdido sin recurso, y que él mismo no tiene ya esperanza sino en la clemencia de Mango. Yo no sé lo que se pasa fuera de los muros que yo defiendo, responde este generoso guerrero; Ataliba es hombre, y puede esperimentar reveses; pero, pues que le quedan conmigo dos mil súbditos fieles, no lo tiene perdido todo. Si ya él no existiese, acaso entonces tomaria yo consejo de la necesidad; pero mientras está vivo, no dependo sino de él solo, y yo dejo á Mango ejercer su clemencia sobre los desventurados, si los hay entre ellos bastante cobardes para implorarla.

Pero, observando que algunos de los suyos estaban

---

(1) *Tupac Yupangue, X Inca, hizo construir esta ciudadela con los materiales prevenidos por su padre Yupanges.*

perturbados con tales amenazas, les dijo: Cuando fuese verdad que Ataliba estuviese en la desgracia, ¿habríamos por eso de serle menos fieles? Nos asemejaríamos á los pájaros que vuelan de un árbol, en cuanto le sacude un torbellido rápido. El árbol está agobiado; él se volverá á levantar; dejemos pasar la borrasca. Entonces, escogiendo entre ellos un mensagero inteligente y seguro: Vé, busca á Ataliba, y dile que la fortaleza del Cuzco es nuestra aun; que yo soy quien la guardo, y que tengo conmigo dos mil hombres resueltos á verter por él toda su sangre. Ved aquí, dijo, volviéndose hácia sus soldados que le escuchaban; ved como se debe hablar á sus amigos en la desgracia; y el mejor amigo de un pueblo es un buen rey.

Sobre los primeros avisos que se habian recibido del levantamiento del Cuzco, el rey se adelantaba á socorrer á Palmore; y Alonso habia querido seguirle, á pesar de las lágrimas de Cora. Ellos habian pasado las llanuras de Loja, visto el nacimiento del rio de las Amazonas, y de lo alto de los montes que dominan el Abanzai, descubrian las campiñas que riega este hermoso rio, cuando el mensagero de Palmore viene al encuentro de Ataliba, y le advierte que Mango marcha hácia él; que Palmore, con dos mil hombres, guarda todavia la ciudadela, y que el gefe y sus soldados le son adictos. Oyele Molina, y en el momento mismo toma su resolucion. Déjame, dice al Inca, escogerte, no lejos de este rio, un campo donde sea fácil atrincherarse y pueda reposarse tu ejército; aprovechemos de la ventaja que nos ha reservado la suerte. Hizo, pues, adelantar su ejército sobre el collado que dominaba la llanura, señalole él mismo su acampamento; al anochecer llama al mensagero de Palmore, le instruyó, y despachó al instante.

Mango pasa el Abanzai, adelántase y viendo al enemigo atrincherado en su campo, le insulta, y le llama al combate.

Ataliba, vivamente ofendido, se indignaba de no salir, creíase cubierto de vergüenza, y quejábase de ello á su amigo: ¿No ves, le dijo Alonso, que esos desafios y esas amenazas no anuncian en tus enemigos sino imprudencia y ligereza? Deja venir el dia que yo he señalado para su derrota, y entonces responderemos como hombres á esta temeridad de niños.

Dos dias despues, habiendo la aurora iluminado al horizonte, el rey de Quito vió aparecer, mas allá del campo enemigo sobre una colina opuesta, el pabellon flotante de Palmore. He aquí el momento, príncipe, dijo el jóven español, y si Palmore hace su deber, el imperio es tuyo todo entero. Dada la señal, el ejército abandonó sus trincheras, y fué á colocarse en la llanura.

Alonso se reserva dos mil combatientes de la tropa de Capana, armados de hachas y porras, para cargar él mismo á su frente, y este cacique anima á sus salvages á merecer el honor de combatir bajo las órdenes de Alonso. Entretanto la flecha y la piedra empiezan el combate; acércanse, y pronto un conflicto horrible confunde los golpes, y hace correr arroyos de sangre de ambas partes.

De lo alto de la eminencia en que se reposa Palmore, embiste al ejército enemigo, y con un ardor igual, el impetuoso Alonso marcha á la cabeza del cuerpo terrible que reservaba para este momento crítico.

Entre estos dos ataques repentinos y veloces, Mango sorprendido, espantado, disimula en vano su temor. La turbacion se apodera de su alma, y todo se dispersa, todo huye. La legion de los Incas sola resiste, y

permanece inmóvil como una roca en medio de las olas que la cubren con su espuma. En vano la debilitan sus pérdidas; en vano se vé abrumada por el número; tres veces se la invita á rendirse, y otras tantas, con un altanero desprecio, rehusa su salvacion. Su resistencia y la matanza que hace acaban de sofocar un resto de compasion en los batallones que la estrechan. Ella sucumbe enfin, pero ninguno de sus guerreros deja su fila, ellos perecen en el lugar en que pelean; y lo que queda de los vencidos, buscando su salud en la fuga, dejan á Ataliba solo sobre el campo de batalla. ¡Ay! esta victoria, que tantas lágrimas le arrancaba, era para él el término de la prosperidad, y como la última sonrisa, la sonrisa cruel y traidora de la fortuna que le abandonaba.

Aquel mismo dia, vió arribar á Pizarro sobre las márgenes del rio que baña las campiñas de Tumbes.

CAPÍTULO XLV.

UN FUERTE QUE ALONSO DE MOLINA HIZO CONSTRUIR EN TUMBES ES ATACADO POR LOS ESPAÑOLES, Y DEFENDIDO POR LOS MEJICANOS.

Hácia la embocadura de aquel rio, hay una isla agreste (1), donde Pizarro habia resuelto reservarse un asilo. Pasó á ella en canoas, porque habia adelantado á su flota; pero aquella isla era la mansion de un pueblo indómito y feroz. Pizarro, desdeñándose de perder un tiempo que le era precioso, no aguardó sino á su flota para volver á acamparse sobre la costa delante del fuerte de Tumbes.

Hallábanse encerrados en aquel fuerte mil indios destacados del ejército de Ataliba; á su frente estaba Orozimbo: bajo de él comandaba Telasco. La bella y tierna Amazili, con el arco en la mano y el carcaj en la espalda, tal y mas altiva en su porte, y mas veloz en su carrera que se nos pinta á Diana, habia seguido á su hermano y su amante, digna por su valor de compartir su gloria.

(1) *La isla de Puna.*

Acordóse Pizarro del pueblo de Tumbes, esto es, de la acogida llena de humanidad (1), de candor y benevolencia que habia recibido de él, y resolvió, de buena fé acabar de grangearse la amistad de aquel buen pueblo. Juntó pues á sus guerreros, y les habló de esta suerte:

—Castellanos, yo os he prometido riquezas y gloria. De estos dos bienes, el uno os está asegurado, y el otro depende de vosotros. Aquellos de entre vosotros que quisieren oro, se volverán cargados de él; yo os salgo garante de ellos; no os bajeis hasta el vil cuidado de recogerlo. Cuanto á la gloria, ya eso es otra cosa; otra empresa la promete, no la asegura. Solo la obtiene quien la merece; jamas la dá el delito. Los conquistadores de la América han hecho cuanto podia esperarse de la audacia y del valor; con todo, ellos no figuran nunca sino en el número de los insignes bandidos. El hombre asombroso á quien la España debió un nuevo mundo, Colon se ha degradado por una traicion; Cortés, por una alevosía mas negra y mas infame aun; y á él es á quien han deshonrado los yerros con que cargó á Montezuma. Los demas se han cubierto de ignominia por los mas indignos escesos. De nosotros depende, amigos mios,

---

(1) *La historia atribure al pueblo de Tumbes una traicion inverosimil: Él, dicen, inmoló á sus dioses tres españoles que se habian entregado á él con toda confianza. El pueblo de Tumbes no tenia ningun dolor; él no adoraba siño al Sol, y nunca le hacia sacrificios de sangre humana; de forma que la absurda imputacion de la historia, es aun mas desmentida por las buenas costumbres, el candor y la bondad caracteristica de este pueblo.*

el compartir su oprobio ó librarnos de él por una conducta opuesta. Todavia nos queda la eleccion. Trátase de colocar bajo el poderio de España la mas rica mitad del Nuevo Mundo, y dos son los medios de conseguirlo: la dulzura ó la violencia. Esta última es inutil, y entre naciones guerreras, en que nos hallamos en corto número, ella seria tan peligrosa como injusta. Bien sé que nada es el peligro; pero la gloria es el todo; y cuando habríamos oprimido, asolado y convertido estas regiones en eriales ensangrentados, en vastos sepulcros, ¿nos atreveríamos á volver á pasar los mares cargados de tesoros y delitos, perseguidos por el remordimiento, las maldiciones del Nuevo Mundo, las reprehensiones del otro, la ira del cielo, y en fin los gritos de la naturaleza y de la humanidad? ¡todo eso causa horror! Ni las grandezas, ni las riquezas no impiden de hacerse odioso; este es un valor que no me envanece, y vosotros no lo teneis mas que yo. Hagamos obras de que no tengamos que sonrojarnos, ó una desgracia que nos honre. Nada es tan justo sobre la tierra, como el imperio de la virtud; procuremos dominar por ella. Cual es, amigos, la conquista que no habrá costado ni lágrimas ni sangre? ¿Que triunfo es el que será debido únicamente al poder de los benéficos? El reconocimiento y el amor entregarian todos los bienes de estos pueblos; para vencerlos y cautivarles, nuestras armas serian inútiles, y entonces ellas serian indignas de adornar los templos de aquel Dios á quien venimos á hacer que ellos adoren.

Aplaudióle toda la juventud; pero aquellos que habian servido bajo las órdenes de Davila, y cuyas manos se habian empapado ya en la sangre de los pueblos del Istmo, sacaron un mal presagio de lo que ellos llamaban blandura de su general. Vicente de Valver-

de, sobre todo, aquel sacerdote fogoso y fanático, indignóse de reconocer en el lenguage de Pizarro los sentimientos de Las Casas, y frunciendo una ceja atroz, se decia á sí mismo: doblarán la cerviz bajo el yugo de la fé, ó seran esterminados.

Sin escuchar tan odioso susurro, Pizarro marchó á Tumbes, é hizo pedir al cacique que le recibiese como amigo. Mas el cacique, encerrado en la ciudad, respondió que ella dependia de Ataliba, rey de Quito, quien la habia puesto bajo de su custodia, y que el fuerte la protegia.

Era preciso atacar el fuerte, acércase á él Pizarro, obsérvale; ¡mas cual fué su asombro, al reconocer en su recinto, en sus ángulos, en sus muros de yerba, hechos á prueba de sus mas fulminantes armas, el arte de los europeos! Es Molina, esclamó Pizarro; él es quien enseña á los indios á atrincherarse delante de nosotros; él es quien ha construido estos parapetos, y quizá los defenderá él mismo. Ansioso por cerciorarse de ello, pide hablar al comandante del fuerte, y se presenta Orozimbo: Español, yo soy mejicano, sobrino de Motezuma; juzga si debo conocerte, y si puedo fiarme de tí. Este es mi último asilo, y él será mi sepulcro ó el tuyo.

¡Mejicanos en el fuerte de Tumbes! Nada habia mas inconcebible; Pizarro no podia creerlo. Sin embargo, fué preciso ceder á las instancias de los castellanos indignados de una resistencia que miraban como un insulto; murmuraban y pedian el asalto. Prometiólo Pizarro; pero, á fin que fuese menos sangriento, quiso obrar por sorpresa y á favor de la noche. Quejáronse de su prudencia; ella hacia injuria á los mismos á quienes parecia ser favorable; sus guerreros, sus soldados mismos se hubieran creido deshonrados por aquellas tímidas precauciones; no era

delante de aquellas manadas de indios, donde habia que temer la luz del dia tan propicia al valor. En fin, Pizarro cedió.

El ataque fué vivo y rápido. Los rayos de la Europa volaban sobre los parapetos; los indios espantados no se atrevian á presentarse, y la fagina amontonada iba á allanar el foso. Orozimbo, viendo el terror que acobardó todos los ánimos, les alienta y vigoriza. ¡Qué! amigos mios, les dijo, ¿que os espanta? ¿Es el ruido el que mata? ¿se necesitan tantos esfuerzos para romper el hilo de la vida? Esas bocas de fuego, no hay duda, vomitan la muerte; pero la muerte está tambien en la punta de una flecha; y el arco en manos de un valiente es tan terrible como el fuego. Cada cual de vosotros no tiene sino una muerte que temer, y mil que dar; vuestros carcajes estan llenos de ellas. Presentaos, pues, y rechazad una tropa de hombres atrevidos, pero débiles, vulnerables y mortales como vosotros. Esto dijo, y al instante una lluvia de tiros responde al fuego de los castellanos; el aproximamiento al foso, el camino del soldado que viene á echar su fagina en él, comienza á hacerse peligroso. Mas de una flecha, pero, sobre todo, las de los mejicanos se empapan en la sangre. Un ojo vengador les guia, y escoje sus víctimas. Penate, Mendez y Salado retíranse heridos; el intrépido Lerma oye silbar por entre su morrion el tiro que le estaba destinado. El valiente Peralta se asombra de ver una saeta veloz atravesar su espeso broquel, y venir á picar su seno. El brazo nervioso de Telasco la habia lanzado; pero el bronce la quitó la fuerza, y cayó suavemente á los pies del altivo español.

Benalcazar, que habia de ser, con otros muchos, el azote de aquellas regiones, hacia acelerar los tra-

bajos de los soldados sin apearse de su caballo fogoso. Alcanza á este una flecha partida de la mano de Orozimbo, y le hiere en un lado. El indómito animal se levanta de manos; bate el aire con ellas, cae y arroja á su ginete sobre la arena. Orozimbo viéndole caer, da un grito de alegría. Sombras de Montezuma y de Guatimozin, sombra de mi padre, dijo, sombras de mis amigos, recibid este débil tributo de venganza. Yo no moriré pues, sin haber hecho vomitar la sangre y el alma de uno de nuestros tiranos. Engañose: el castellano estuvo algun tiempo enterrado en la arena, pero se levantó de su caida mas furioso, mas implacable y mas sediento de la sangre de los indios.

El plomo mortífero vengaba con usura á Pizarro, pero no le consolaba. Para él la mas leve pérdida era funesta. Él se afligia, sobre todo, viendo á los indios aguerridos, acostumbrarse á aquel ruido y al fuego de las armas, que en todos los paises del Nuevo Mundo habia esparcido el espanto. Era menester ó hacerles aun mas intrépidos cediendo á su resistencia, ó hacerlo depender todo del acaso de un momento. El foso, en su profundidad, estaba cegado de uno á otro borde, y el escalar era posible. Pizarro se revolvió á ello, y lo mandó. Al instante redobla el fuego y protege el asalto.

Orozimbo no se desalienta. Prohibe á sus indios el esponerse al fuego. Imitadnos, dijo: Telasco, mis amigos y yo, vamos á daros el ejemplo. Tuvo cuidado solamente de apartar del lugar del asalto á su hermana que le tendia sus brazos, y le rogaba por sus lágrimas que la permitiese estar á su lado.

Entonces, armándose de hachas y de pesadas porras, aguardan, con la cerviz baja, los mas atrevidos de los del asalto.

Presentáronse tres á la vez, Moscoso, Alvaro y Fer-

nando, el hermano menor de Pizarro. Suben con la espada en una mano y el broquel en la otra.

Telasco dirigiéndose á Moscoso, y rompiéndole de un porrazo sobre la cabeza, el escudo que le sirve de defensa, le derriba de lo alto de los muros. Cáese cual si fuese herido de un rayo, sobre sus soldados que iban á seguirle, y rueda sobre sus broqueles mismos.

Fernando Pizarro va á arrojarse de la escala sobre el parapeto; pero aun vacilando sobre un apoyo frágil, no puede ni evitar, ni dar golpes seguros. Orozimbo, asiéndole del brazo con que tenia la espada, le desarma. Brega para zafarse; pero cae en tierra. Su vencedor le deja la vida, y el soldado que toma su lugar, recibe por él un golpe mortal.

Alvaro, en el instante en que se agarra al borde del muro, siente caer sobre su morrion la hacha mortífera; y el golpe, resbalando, le hiere en el brazo que le servia de apoyo. Es precipitado, cubierto de sangre, y sus soldados, viendo sobre sus cabezas levantado el mazo, no se atreven á esponerse tras de él á una muerte inevitable.

Pizarro cree haber perdido al mas tierno, mas amable, mas virtuoso de sus hermanos; pero oculta su dolor. Él contempla la consternacion de aquellos á quienes ha escuchado demasiado; y sin añadir la reprehension hace interrumpir el asalto.

El primer cuidado de Orozimbo, luego que su enemigo se retiró á su campo, fué el de hacer reducir á cenizas aquel vasto monton de faginas, con que habian cegado el foso, delante del parapeto, y se levantaban torbellinos de llamas por cima de los muros. Ven, dijo al jóven Pizarro, y mira esa hoguera encendida. Cuando yo te arrojase vivo á ella é hiciese arder contigo á tus compañeros, y con ellos á sus pa-

dres, sus hijos y sus mugeres, yo no os volveria los males que tu nacion nos ha hecho... Anda, vete, y dí á esos bárbaros, que los sobrinos de Montezuma, tienen á sus pies un brasero, y en sus manos á un castellano... Vete, te digo, y no tardes, pues yo creo oir las quejas de la sombra de Guatimozin.

Fernando Pizarro se fué, no atreviendo á confesarse á sí mismo que respiraba por la clemencia de un indio, sobrino de Montezuma. En la llanura que separaba el campo de los españoles del fuerte de Tumbes, encuentra un viejo estendido sobre la arena y bañado en su sangre. Este viejo respiraba aun, y tendiendo los brazos al jóven, le llamaba en su ausilio. Pizarro se acerca. El indio levanta sobre él un ojo moribundo, le muestra su costado despedazado, y hace señas á la ribera y al cielo, como para indicarle el delito y su vengador.

El guerrero enternecido le dá todo el ausilio de la humanidad; enjuga la sangre de su herida; y ayudándole á levantarse y sostenerse, quiere llevarle al campo. El viejo estremecido de horror, le suplicaba besándole la mano, que tomase un camino opuesto. No, decíale, por ahí es por donde han ido. — ¿Quien pues? le preguntó Pizarro. — Los asesinos, dijo el viejo. Ellos estaban vestidos como tú, y te se asemejaban... No, perdona, yo no quiero hacerte injuria: tan bueno eres tú, cuanto son malos ellos: venian del fuerte, iban hácia la costa, y yo atravesaba la llanura sin hacerles daño alguno. Uno de ellos me miró con ojos feroces de amenaza; yo temblaba, le saludé para suavizarle; y él, desenvainando su espada, me la ha metido en el costado.

¡Ah bárbaros! esclamó el jóven Pizarro, lleno de horror; y yo, yo.. en el momento en que te asesinaban... No pudo decir mas; sus sollozos sofocaron su

voz. Él abraza y baña con sus lágrimas al viejo indio. ¡Ah! ¡si tú supieras, continuó, cuanto yo detesto su delito! ¡cuanto debo odiarle! Buen viejo, yo aprecio tu vida, yo no te abandonaré. ¿Dime á donde es menester que te conduzca? — A esa aldea que ves ahí, dijo el viejo indio; allí es donde me aguardan mis hijos. En el nombre de tu padre, ayúdame á arrastrarme hácia mi choza: yo no pido al cielo sino ver otra vez á mis hijos, y morir en sus brazos. Mas no tuvo siquiera este consuelo. A algunos pasos de allí, sus rodillas se doblaron, desmayóse y dejándose caer en los brazos de Pizarro, fijó sus ojos en los de él, estrechóle tiernamente la mano, miró al cielo y, tornando su vista enternecida y moribunda hácia su aldea, espiró.

Fernando, penetrado de tristeza, vuélvese al campo de los españoles. Habíase juntado el consejo en la tienda del general, ¡y cual fué el gozo de este héroe al ver á su hermano á quien amaba entrañablemente, y á quien creia haber perdido para siempre! Levántase y abrázale. Los otros dos guerreros de la misma sangre manifestaron el mismo alborozo, y todo el consejo se interesa en su alegria. Interrógaule. Dice lo que ha visto, el valor de los mejicanos, la clemencia de su gefe, y el encuentro del viejo. Su alma se derrama en esta relacion que la alivia, su enternecimiento se esplica por lágrimas, y él las hace correr. Oh, hermano mio, dijo en fin dirigiéndose al general, nosotros somos los que enseñamos á los salvages á ser crueles y pérfidos, y ellos no pueden hacer que aprendamos á ser buenos y generosos. ¡Que vergüenza para nosotros! Yo pido venganza del asesinato de ese indio; pídola en nombre del cielo y de la humanidad. Descúbrase cual es entre nosotros el hombre bastante vil, bastante fiero, para haber clavado su espada en el seno de un hombre pacífico, de un débil y tímido anciano.

Habia en aquel consejo hombres duros, que sonriéndose decian, *quedo*, que el jóven Pizarro señalaba un gran precio á la vida, pues que se enternecié tanto cuando se dignaron dejársela. Apercibióse él de esta sonrisa, indignóse de ello; pero el general, por sosegarle, le dijo que tomase asiento en el consejo.

El grande interes de los castellanos era el de conservar sus fuerzas. Hallábanse en demasiado corto número para arriesgarse á un nuevo asalto. Era, pues, menester ó dejar atrás la ciudad y el fuerte de Tumbes, ó buscar una playa de mas facil entrada, ó reducir, por un largo asedio, los defensores de esta á las mas duras estremidades.

El partido de poner el sitio pareció el mas prudente y glorioso, y reunió todos los votos. El general, pensativo, parecia todavia no estar resuelto. Su cabeza, apoyada largo tiempo sobre sus dos manos, se levantó con magestad, y recorriendo con sus ojos lentamente la asamblea: castellanos, dijo, he querido daros por mi deferencia una señal de mi aprecio. He permitido el ataque del fuerte; el éxito ha demostrado la imprudencia de la empresa. Ahora quereis bloquear esos muros, lo quereis, y yo consiento tambien en ello. Pero entre pueblos que sin nosotros y bajo nosotros vivian quietos y sosegados; sobre riberas en que, dígase lo que se quiera, hacemos una guerra injusta, no espereis que yo haga esperimentar á una ciudad entera los últimos estremos de la penuria y de la hambre. Yo me propongo solamente hacérselos temer, mas si ese pueblo tiene valor para aguardarlos, no tendré la barbarie de hacérselos sufrir. Cuando en el combate arriesgo y defiendo mi vida y la de mis amigos, el peligro á que me espongo, compensa el mal que hago, y puedo perdonármelo. Mas sin peligro, ser inhumano, ¡ver languidecer á sus ojos una

multitud hambrienta, al niño en el seno de su madre, al viejo en los brazos de su hijo espirando, ver despedazarse, devorarse entre sí en los escesos del dolor, de la rabia y de la desesperacion; no, no, yo no me resolveré nunca á ello; os lo prevengo: sí, vivid seguros que yo haré todo cuanto autoriza la guerra, mas nada mas.

CAPÍTULO XLVI.

No habiendo tenido buen exito el asalto, sitian el fuerte. — Amazili, hermana de Orozimbo, es cogida por los españoles. — Su resolucion generosa y su muerte. — Los pueblos del mediodia se someten á los españoles. — Reembarcase Pizarro, y desde Tumbés va á desembarcarse en el puerto del Rimac.

Lo que Pizarro habia previsto, no tardó en suceder. El tesoro de las cosechas estaba depositado en los pueblos, y la carestía y escasez se hallaba en la ciudad. Era menester, para facilitar los socorros de fuera, atacar y forzar las líneas. Orozimbo quiso mandar las salidas; y ni su hermana, ni su amigo quisieron abandonarle.

Los españoles harto debilitados por la estension de su recinto, sorprehendidos, atacados durante la noche, hubieron en un principio de ceder al número. La primera salida habia por algunos dias vuelto la vida á los sitiados; pero la segunda fue fatal á los héroes mejicanos, pues que ambos perdieron en ella cuanto tenian de mas querido en el mundo.

El ataque fué tan vivo que, forzadas las líneas, se introdujo el socorro, y se retiraron los indios sin ser perseguidos. En aquella retirada fué cuando Amazili creyó ver á la incierta claridad de la noche, un jóven indio forcejeando entre dos soldados españoles. Ellos lo habian cogido, y se le llevaban. Telasco no está con ella, y aquel jóven se le parece. Acércase ella. Él es. Despavorida, gritó socorro; no se la oye, no tiene otra defensa que la suya propia; es preciso salvarla ó perecer. Ella, entonces, estiende su arco; pero, ¿con que fin? Ella va á atravesar el pecho de un enemigo, ó el de su mismo amante. Su ojo está seguro; mas su mano tiembla, y el temor añade fuerza al peligro. Dos veces apunta, y ambas su amante se presenta delante de la flecha que va á partir. Quédase casi yerta; dóblanse sus rodillas vacilantes, su arco se le cae de las manos. La naturaleza y el amor hacen por ella uno de aquellos esfuerzos reservados á los peligros estremados. Ella se aprovecha del momento en que uno de los españoles sirve de broquel al mejicano; parte el tiro; cae herido el soldado; el brazo de Telasco, el brazo que empuña la hacha está libre; el otro enemigo esperimenta su esfuerzo terrible, y libertado como por un prodigio, Telasco va á reunirse con sus compañeros que vuelven á entrar en los muros.. ¿Que haces, le dicen, desdichado? Tú dejas á tu amante en poder de los enemigos.

Apenas partió la flecha y vió Amazili á su amante libertarse y huir, faltóla la fuerza de seguirle. Aquel espanto de reflecion que sigue los grandes peligros, y que queda en el alma cuando ellos han pasado, se ha apoderado de su corazon exausto de ánimo, y tan violentamente, que un mortal desfallecimiento la ha hecho caer desmayada. Ella no se reanima, no abre sus ojos sino para verse rodeada de soldados castella-

nos, á quienes el ruido del ataque ha hecho venir en aquel lugar. Encuéntranla cadavérica y apresúranse á socorrerla. Reanimándose, su belleza les infunde un tierno respeto. ¡Corazon feroz!... á lo menos la hermosura te desarma: este es un derecho que aun no ha perdido sobre tí la sabia naturaleza.

El jóven y valeroso Mendoza, montado sobre un caballo soberbio, encuentra en medio de sus soldados á aquella jóven guerrera, y se sobresalta al verla. El penacho de plumas con que está coronada, su escudo de oro suspendido á una cadena de esmeraldas, el tejido con que está ceñida su cintura, y que coge por cima de sus costados los pliegues de su trage flotante, y sobretodo la noble altivez de su aire y su porte le anuncia un ilustre origen.

Jóven beldad, la dijo Mendoza. ¿Que desventura ó que imprudencia os ha hecho caer en nuestras manos? La venganza y el amor, dijo ella, las dos pasiones de mi corazon.—¿Sois la hija ó la esposa del rey de Tumbés?— No, dijo ella, yo nací en otros climas. Esos muros han sido mi refugio. La libertad, que se me ha robado, era mi único bien.— Ella os será vuelta, la dijo Mendoza; pero dignaos de confiaros á mi. Y habiéndola hecho sentar á ancas de su caballo, la lleva al campo de Pizarro.

El dia derramaba su luz, y Pizarro en medio de su campo se informaba de los acontecimientos de la noche. Llega Mendoza, y preséntale la jóven india cautiva. Recíbela el héroe con aquella bondad noble, modesta y consoladora que se debe al infortunio, y que siempre se tiene por la flaqueza y la inocencia protegidas por la belleza.

Pero la desgracia que perseguia á Amazili quiso que ella fuese reconocida por el jóven Fernando Pizarro, á quien habia visto en el fuerte de Tumbés. ¡Ah! her-

mano mio, ella misma es, esclamó la hermana de ese valiente cacique, de ese generoso mejicano que me salvó la vida y me volvió la libertad. Pagad mi deuda, yo os lo suplico. Pizarro iba á enviarla; pero el mayor número de los españoles quejóse altamente de ello. ¿Será dijeron, con los mejicanos con quienes sea preciso usar ahora de frívolos respetos, y de tímidas consideraciones? ¿Esperará un español hacerse amigo de ellos? Él tenia en sus manos el medio seguro, el único tal vez de obligarle á rendirse, y le dejaba escapar. ¿Habrá quien quiera ver antes perecer al rededor de aquellas murallas, ó de fatiga, ó de miseria, ó por las flechas de los salvages, á doscientos hombres que se han confiado á él?

El general hubiera despreciado estas quejas si el cange de los dos cautivos no le hubiese tocado de tan cerca. Pero un interés personal hubiera hecho odioso lo que no era sino justo, y él quiso ponerse por cima de la sospecha. Él hizo llamar á Valverde, el único hombre que por razon de estado pudo ser encargado decentemente de la guardia de su cautiva; confiósela, le encargó del cuidado de llevarla al navío. El mismo dia hizo saber al comandante del fuerte que su hermana estaba prisionera; que él la habia dado su navío por asilo; que todas las atenciones, todo el cuidado que pudiese suavizar la suerte de su posicion se le prodigarian; pero que un deber, todavia mas santo que el reconocimiento, le prohibia volvérsela, á menos que, renunciando él mismo á una resistencia obstinada, le recibiese en el fuerte.

Desde que los héroes mejicanos se apercibieron de la ausencia de Amazili, dieron gritos de dolor y de rabia. Buscábanla con sus ojos, llamábanla, recorrian todo el recinto de los muros que les separaban de ella, prontos á arrojarse fuera, atravesando mil muertes si

hubiesen oido su voz. Uno de ellos, su amante, atreviose á salir del fuerte y buscarla en el campo. En fin, desesperados y creyéndola perdida, llorábanla juntos, cuando el enviado de Pizarro les anunció que ella vivia. Su primer movimiento fué dado á la alegria; pero esta alegria era engañosa; siguióla el dolor y la venganza.

¡Amazili en la esclavitud y en poder de los españoles sin que fuese posible libertarla, á menos de rendirles las armas! esto era un género de desgracia tan cruel, como el de su muerte misma. Mas la indignacion en el corazon de Orozimbo habiendo reanimado el valor, respondió con orgullo: que su hermana le era bien querida; pero que él no seria traidor á un rey, su bienhechor y su amigo; que él daba gracias al gefe de los castellanos por las atenciones que tenia para con una princesa cautiva; pero que devolviéndole á su hermano, creia él haberle dado un ejemplo mas generoso.

Cuando Pizarro oyó la respuesta de Orozimbo, miró con un ojo severo á los castellanos que le rodeaban. ¿Ved, les dijo, cuan superiores son esos hombres á nosotros, y cuan viles, malvados y cobardes somos en comparacion de ellos? Resolvió de volver á Amazili, encargando á Fernando mismo de llevarla á su hermano. Mas como ya anochecia, creyó poder diferirlo hasta el dia siguiente.

Entretanto el falaz hipócrita, á quien ella estaba confiada, habiéndola llevado al navio, y viéndose solo con ella, sintió encenderse en sus venas el mas negro veneno del amor. Acércase á ella, y en un principio finge querer consolarla. — Hija mia, la dijo, modera tus dolores. El cielo vela sobre ti; el asilo que te proporciona y el guardian que te ha escogido, son señales de su bondad. Bajo de este hábito sencillo

y modesto, ¿sabes tu quien soy yo, y todo lo que puedo hacer por tí? Yo no tengo armas, pero mando á los que están armados; no tengo mas que decirles que viertan la sangre, y será vertida; no tengo mas que decir á la espada que se detenga, y se detendrá. Los pueblos, los ejércitos, los reyes mismos, todo está sometido á mis iguales; y nosotros dominamos sobre los hombres como sobre débiles niños.

Amazili, acordándose de los sacerdotes de Méjico, comprendia que Valverde ejercia aquel ministerio temible. —¿Sois vos, le dijo ella, uno de los intérpretes de los dioses?—¡Dioses! esclamó Valverde; sábete que no hay mas que uno y este es el que yo sirvo. Todo tiembla delante de él, y él me ha entregado su poder. Mi espíritu es el suyo, mi voz es su órgano, yo hablo, y es él á quien se oye; su voluntad es la que yo anuncio, y su voluntad se muda cuando y como á mi me place; pues él me escucha, y mis oraciones le irritan ó apaciguan á mi antojo.

—Haced pues, le dijo ella, que vuestro Dios sea justo, y que cese en fin de perseguir á unos infelices que no habiéndole conocido, no han podido nunca ofenderle.

—Tu desgracia, yo lo confeso, es digna de compasion, la dijo Valverde, y sin un prodigio no puedes salir facilmente del precipicio en que yo te veo. Consta que eres la hermana del guerrero que defiende esos muros: se le ha propuesto el rendirse, tu rescate está á ese precio. Si él te ama bastante para suscribir á tan indigna ley, os vereis reunidos en medio de la vergüenza y la esclavitud: digo en la vergüenza, hija mia, pues no será mas que un aleve y un cobarde si falta por tí á su deber.

Amazili, escuchándole, hallábase trémula y consternada.—¡Y bien! continuó el tartufo, ¿eres tú

que si viniese del cielo un ser benéfico que, cubriéndote con sus alas, confundiese y aterrase á tus enemigos, y te arrebatase de sus garras, debieses desdeñarte de sus desvelos y reusar tu favor? — ¿Y cual será le preguntó ella, ese ser ausiliador? — Yo, respondió Valverde. — ¡Ay! serias entonces, para nosotros, un dios libertador! — De tí sola depende que yo lo sea, repitió el aleve; y tú eres quien debes de estimularme á ello. — ¡Ay! ¿como? — Piensa en el momento dichoso en que ese hermano tan deseado, en que ese amante mas deseado todavia, viéndoos llegar se precipitarian en tus brazos. — Yo moriria de alegria, díjole Amazili. — Lo creo. Yo me represento ahora mismo tan venturosa entrevista. Hija amable, yo creo verte volar á su seno, colmarles de tus tiernas caricias; veo tus hechizos animarse y brillar de un modo celestial; veo tu corazon palpitar, tu pecho saltar de gozo, tus ojos lanzar las centellas de la alegría, y prontos á derramar las lágrimas del deleite mas dulce. Si, yo te volveré á ese amante dichoso; mas gusta de antemano las delicias de una reunion que será obra mia, y déjame gozar de ella yo mismo haciéndote la ilusion que yo me hago. Figúrate ver á ese amante lleno de gracias y de un amor tiernísimo. Arrójate en sus brazos, y comparte el estravio, la embriaguez, el delirio en que le pones. A estas palabras, inflamándose sus ojos, se abalanzaba.... Ella se escapa, y tomando del arco, armale con una flecha, y grítale con un aire de indignacion mezclado con el temor: — Detente, hombre falso y cruel. Ya te entiendo, ya veo á que precio tú pones tu indigna compasion. Yo soy débil, estoy cautiva y entregada á nuestros opresores; pero en mi flaqueza misma, tengo una fuerza que me sostiene. Esta fuerza, superior á los tiranos, es un soberano desprecio de la muerte.

—Imprudente, repitió Valverde, ¿no ves tú otra cosa que temer, sino la muerte y una eterna esclavitud? ¿y la desgracia de no volver á ver á lo que tienes de mas querido en el mundo? ¿y la desdicha espantosa de haber arrastrado á los hierros á tu hermano y tu amante? Tiembla, y arrodíllate delante de mi para aplacar mi enojo, ó esos desertores de un pais que hemos reducido á cenizas, tu hermano, tu amante, tú misma, esperimentareis á vuestro turno la suerte que sufrieron vuestros reyes.

—Anda, le dijo ella con horror: cuando yo viese ahí, bajo de mis ojos, el brasero de Guatimozin, yo preferiria echarme en él viva, á ponerme á los pies de un aleve engañador á quien abomino. Al tiempo que hablaba, tenia su arco tendido para atravesarle. Valverde, confundido, se aleja lleno de rabia, pero sin remordimientos.

Abandonada á ella misma, la infeliz se precipitó en el abismo de su dolor. Verse separada para siempre de su hermano y de su amante, ó verles entregarse ellos mismos á los asesinos de sus padres, á los destructores de su patria, ellos nunca se resolverian á ello.

En el silencio de la noche, estas reflecciones, animadas por la imagen de su patria, que se ofrecia ensangrentada á sus ojos, la ajitaron tan violentamente, que hubiera dado mil vidas por impedir que por querer su libertad, se consintiese en someterse á la ley de los castellanos.

Pero no, no era así como Orozimbo y Telasco meditaban libertarla. Escoger una noche oscura, salír de sus murallas, acometer el campo enemigo, perecer juntos ó penetrar hasta el navío en que Amazili se hallaba cautiva, y llevársela: tal era el digno consejo que habian tomado de la desesperacion.

Ambos ardian en la impaciencia porque viniese el dia

á iluminar el puerto. Ellos esperaban que Amazili se presentaria sobre la popa, en donde, desde lo alto de las murallas, pudiesen reconocerla. No fue vana su esperanza.

Amazili, con el alma aun llena de la turbacion de la noche, aguardaba sobre la proa que la claridad, que comenzaba á esparcirse, fuese mas viva; y entretanto sus ojos, por medio de la mezcla de las sombras y de la luz, se fatigaban en divisar el fuerte que dominaba al mar. Primero cree entreverle; vele en fin, y sobre el muro descubre á dos hombres, que su corazon le asegura ser su hermano y su amigo. Ellos me buscan con sus ojos, dijo; ellos no pueden vivir sin mi. Yo les haré débiles y cobardes, pérfidos para con su patria, é infieles para con su rey, su bienhechor y su amigo.... No, no, yo no pongo tan funesto precio á mi vida; y si esta es para ellos una cadena vergonzosa, yo sabré libertarles de ella. Entonces, para fijar sus miradas, desata su cintura, y la hace voltear en el aire. Uno de ellos, su querido Telasco, responde á esta señal, ajitando del mismo modo el penacho que adornaba sus sienes; y cuando se ha asegurado de que sus ojos fijos en ella observan todos sus movimientos, saca una flecha de su escudo, levanta el brazo, y dice sin esperanza de ser oida; Adios hermano mio, adios, Telasco infelice.

Lloradme, y sobretodo vengadme: vengad á Méjico. A estas palabras, atravesándose el seno, se precipita en el mar.

¡O cielo, mi hermana, Amazili! Acabose ya. Yo la he visto herirse y caer. Yo he visto, esclama Orozimbo, abrirse las olas y cerrarse otra vez sobre ella. Mi hermana, mi cara Amazili no existe ya. ¡Y nosotros, sin embargo, vivimos! ¡y los monstruos que la han reducido á darse la muerte!... ¡Ah! no-

sotros debemos vengarla. Esta es nuestra última esperanza. A estas palabras, bramando, pálidos, ahogándose con sollozos é inundados de lágrimas, abrázanse uno á otro, déjanse caer, arrastránse por el polvo, y su dolor se exhala en frecuentes gemidos que interrumpe un pavoroso silencio. Vueltos en sí, forman el proyecto de salir en la noche siguiente y llevar al campo enemigo el terror, el estrago y la muerte. ¡Ah vano proyecto! La fortuna, antes del dia, lo mudó todo.

Vióse á los pueblos de los valles de Ica, Piseo y Acari, correr en tropel al encuentro de los españoles, rindiéndoles homenage, y solicitando que fuesen á desembarcar al puerto de Rimac, sobre aquellas riberas donde, poco despues, se levantó la ciudad de los reyes que hoy se llama Lima. Esta revolucion repentina fué la obra de Mango. Pizarro aprovéchase de ella con alborozo; vuélvese á embarcar con los suyos, y los mejicanos, desconsolados, viendo que los castellanos se escapaban á su venganza, tornan á tomar tristemente el camino de las sierras, por los campos de Tumibamba.

CAPÍTULO XLVII.

ATALIBA HACE ACAMPAR SU EJÉRCITO EN LAS ORILLAS DEL RIO ZAMORA. — FESTIVIDAD Á LA MUERTE, EN EL SOLSTICIO DEL VERANO.

Ataliba que, despues de su victoria, supo la llegada de los españoles, dejó descansar su ejército á orillas del rio Zamora; y cuando el Sol, en el trópico del norte, llegó al término que una ley eterna tiene señalado á su carrera, se celebró la fiesta de la muerte en una llanura inmensa. Los pueblos corrian á ella en tropel; la corte del Inca fué tambien desde el palacio de Riobamba, en donde la habia dejado el príncipe, la mas querida de sus mugeres, la hermosa y tierna Aciloé, hallábase en ella con sus ojos bañados de lágrimas que le hacia derramar la memoria de su hijo y que no podia agotar el tiempo. Cora, cuyas desgracias habian conmovido sensiblemente á aquella princesa, y quien la habia admitido á su corte, la acompañaba. Ella volvió á ver á Alonso glorioso, y encantada de poseer en su seno la prenda de su tierno amor.

Todas las festividades del Sol tenian un grande ob-

jeto de moral pública. Esta la mas seria, y la que mas infundia respeto, era la de la muerte. Lo que la distinguia de las que se han descrito, era el himno que se cantaba en ella. El pontífice, con un aire sereno y llevando sobre su frente una magestuosa tranquilidad, entonaba aquel himno fúnebre; los Incas respondian, el pueblo escuchaba en silencio y meditaba la muerte: *vedle aquí.*

«Hombre, destinado al trabajo, á la pena y al dolor, consuélate, pues eres mortal. Por la mañana, tú te levantas para sentir la necesidad; te acuestas á la noche cansado, abatido de fatiga. Consuélate, pues te aguarda la muerte, y en su seno está el reposo.

«Tú ves una barca agitada por la tempestad ganar la apacible rada, refugiarse al puerto. Este mar, batido sin cesar por la tormenta, es la vida; ese puerto tranquilo y seguro, á donde jamas se acercaron las borrascas, es el sepulcro.

«¿Ves el tímido infantillo que su madre ha dejado lejos de ella, para hacerle ensayar sus fuerzas, que corre hácia ella con paso vacilante, y que, tendiéndola sus débiles brazos, llega, precipítase en su seno, y ya él no siente su debilidad? Pues ese niño, es el hombre; y esa madre tierna, es la naturaleza, á quien en este momento el vulgo llama la muerte.

«Hombre frágil, durante tu vida eres el esclavo de la necesidad, y el juguete de los acontecimientos. La muerte romperá tus cadenas, serás libre, y no existirá para tí, en la inmensidad, sino tú mismo y el Dios que te ha criado.

«Que de ese Dios que anima al mundo escápese un soplo, este es la vida. Retírale, esto es la muerte.

«Tú has visto espirar á tu semejante; sus convulsiones te han hecho miedo; y esos esfuerzos del dolor, al momento de soltar su presa, los atribuyes á la muer-

te. Esta es impasible, y en el borde de la tumba hay un dique en que se acumulan los restos de los males de la vida; pero fuera de ella, es una calma eterna.

« ¿No observas tú que el tiempo es lento en escurrirse? Es porque el tiempo trae la muerte, y que ella es el término de la vida. ¿Que hombre no desea llegar á mañana? Mas lo que hoy es la vida, es mañana la muerte.

«Hombre, ¿de donde te viene, pues, esa repugnancia por un bien hácia el cual eres arrastrado por una cuesta invencible? ¿Es porque tú eres mas sabio que la naturaleza, mejor que el Dios que te ha criado, y porque tomas por un abismo las tinieblas del porvenir?

« ¿Y quien querria suportar la vida, si el traspaso fuese menos espantoso? La naturaleza nos intimida, á fin de retenernos. Es un foso profundo, que ella ha cavado sobre los confines de la vida y de la muerte, para impedir la desercion.

«Si hubiese un Dios bastante inexorable para querer desesperar al hombre, él le condenaria á no morir nunca. El tedío, la tristeza afligirian su alma; y la necesidad de vivir, semejante á una roca, le abrumaria sin cesar. El signo de la reconciliacion, entre él y el hombre, es la muerte.

«No hay mas que un medio de hacer la vida mas preciosa que la misma muerte; es el de vivir por su patria, fiel á su culto y á sus leyes, útil á su prosperidad, digno de su reconocimiento, y de poder decir al morir: Yo no he respirado sino por ella; goce pues de mi último suspiro.»

Así cantaban los hijos del Sol, y estos cantares, que resonaban en el alma de los jóvenes guerreros, les elevaban sobre de ellos mismos. Pero las mugeres y los niños, mirando á sus esposos y á sus padres, con ojos en que la ternura y el espanto se veian

pintados, parecian suplicarles que amasen, ó, á lo menos, que sufriesen la vida, y opusiesen los movimientos mas candorosos de la naturaleza, á aquel entusiasmo que desafiaba á la muerte.

El monarca, despues de este cántico, habiendo hecho, por tribus, el elogio de los valientes indios que habian muerto en su defensa: Ya hemos llorado á los muertos, decia; dejemos lo pasado, que ya no existe, y no pensemos sino en el porvenir, que es para nosotros un nuevo ser. Unos bandidos, azote de las riberas de donde desembarcan, acaban de llegar á Tumbes Yo creo haber puesto á aquella ciudad en estado de defensa. Héroes la defienden; pero no basta: mañana voy en su ausilio. Pueblos, allí es donde nos llaman peligros dignos de probar al mas intrépido valor. Vais á ver animales veloces llevar al hombre á los combates; vais á ver la imágen del terrible Illapa (1), en las armas de esos bandidos. Ellos han sabido dar á la muerte un aparato espantosísimo: pero él no puede ser nunca mas que la muerte; y ahora acabais de oir si es, ó no de temer. Por lo demas, esos hombres son mortales como nosotros, y vienen en tan corto número, que, si les envolveis, se hallarán en medio de vosotros como hojas agitadas por el torbellino de las tempestades. Ahí teneis, prosiguió, mostrándoles á Alonso, el que sabe como se puede vencerles; á él toca mandaros.

---

(1) *El rayo.*

CAPÍTULO XLVIII.

ALONSO, EN EL CAMPO INDIANO, RECIBE CARTAS DE PIZARRO Y DE LAS CASAS. — SOBRE LA FÉ DE UNO Y DE OTRO, PROPONE AL INCA EL ENTRAR EN CONCILIACION. — VASE AL ENCUENTRO DE PIZARRO; CONFIERE Y PÓNESE DE ACUERDO CON EL, Y VUELVE AL CAMPO DE ATALIBA. — A PESAR DEL CONSEJO Y DEL EJEMPLO DE LOS MEJICANOS, PERSUADE AL INCA Á CONCEDER Á PIZARRO LA ENTREVISTA QUE LE PIDE.

Así hablaba Ataliba, infundiéndoles su valor. Pero al fin del dia vé llegar á su campo los guerreros mejicanos que le cuentan su desventura. Infórmanle que Mango, reducido á la desesperacion, supone y hace esparcir, entre los indios, un oráculo del rey su padre (1), el cual al morir predijo la llegada de los castellanos, y recomendó á sus pueblos que saliesen á recibirles y les adorasen; que Mango, en apoyo de esta opinion, ha dado él mismo el ejemplo, enviando una embajada al general de los castellanos, para im-

(1) *Huaina Capac.*

plorar su asistencia en favor del rey del Cuzco, contra el usurpador del trono de los Incas, el esterminador de su raza, el opresor del Inca su hermano, cautivo en los muros de Canares.

Las mismas noticias llegaban á un tiempo de todas partes y se esparcian entre el ejército; la inquietud y el miedo se apoderaban de todos los ánimos, cuando el cacique de Rimac vino á entregar al Inca las cartas del general español para Alonso. Pizarro, enviándole la carta de Las Casas, le escribió él mismo en estos términos:

Mi querido Molina, si tú amas aun tu patria, este es el momento de evitarla delitos; si amas á los indios, este es tambien el de evitarles desgracias. Tú no has conocido al amigo quien abandonaste. Lo que te afligia, me afligia aun mas á mi mismo. Pero sin títulos y sin poder para hacerme obedecer y temer, yo disimulaba, á pesar mio, lo que no podia castigar. Despues he hecho un viage á España. Llego enfin de allá revestido de todo el poder de nuestro invicto monarca. Aquel jóven príncipe ama á los hombres; él quiere que se use de indulgencia y de consideracion para con los indios. Él me ha recomendado para ellos los desvelos y la bondad de un padre. ¡Dichoso, si lleno sus miras! Está bien seguro que mi inclinacion está de acuerdo con mi deber. Pero bien sabes cuanto la autoridad cometida se debilita con la distancia, y con que precaucion yo debo usar de ella sobre hombres violentos y arrojados. Entre ellos los hay de alma desinteresada, de corazon sensible y generoso, y es fácil conducirles. Pero la multitud es ciega, inquieta, y sobre todo avariciosa; y yo te confieso que ella es la que temo ver escaparse de mi. Amigo mio, yo no respondo de ella, si las hostilidades la irritan. Una dulce acogida de parte de esos pueblos es el único medio

de establecer la concordia y la buena inteligencia. Tú eres quien debes ayudarme, disponiendo los ánimos. Yo veo á la mitad del imperio presurosa en reunirse á mí. Yo tengo ciertamente mas fuerzas de lo necesario para esparcir por aquí el estrago: pero, sin tus buenos oficios, no tengo bastante para mantener el órden y la paz. Yo marcho hácia Casamalca, donde dicen que el Inca de Quito ha juntado sus fuerzas. Muchos delitos se le han imputado; pero, ¿serias tú el amigo de un tirano? Yo no puedo pensarlo, y tu estimacion es su apología. Ven á mi encuentro, y nos concertaremos para conquistar sin oprimir.

Las Casas, tu amigo, y puedo decir tambien el virtuoso Las Casas, á quien yo dejé moribundo en la isla española, ha querido escribirte. Yo te envio su carta. Yo me temo, mi querido Alonso, que sea este un último adios.

El dolor de que Alonso fué penetrado al leer estas palabras, se aumentó, cuando echó la vista sobre la carta de Las Casas.

«Si vives, mi querido Alonso, si aun estás entre nuestros indios, y si Pizarro te encuentra en las riberas á donde va á desembarcar, recibe de su mano esta tierna y última prenda de una santa amistad. Yo me estoy muriendo. Yo no he vivido sino para gemir. Dios ha permitido que, en el corto espacio de mi vida, haya visto bajo mis ojos todos los delitos y todas las desgracias reunidas. ¡Que sentimiento puedo yo tener de dejar el mundo!

«Yo te he confiado mis temores acerca de la empresa de Pizarro. Se han calmado por las virtudes de ese héroe. Sí, amigo mio, el cielo ha conmovido su grande alma. Pizarro piensa como nosotros; él conoce que vale mas ser el protector y el padre de los indios, que su vencedor y su tirano. Unete con él, para conciliar-

te su estimacion y benevolencia: él es digno de ella como tú. Adios. Yo creo sentir que me llega la hora. Quizas mañana estaré ante el trono de mi juez; y si me es permitido implorar su clemencia, será para aquellos españoles que le adoran y le ultrajan; para aquellos indios estraviados en el error, pero sencillos, dulces, benéficos, á quienes él ha creado, á quienes ama, y á quienes no quiere hacer eternamente infelices. Protégeles, mírales como mis mas queridos amigos despues de tí, á quien amaré hasta mas allá del sepulcro.»

Esta carta fué regada con las lágrimas de la amistad; Alonso la besó cien veces con un santo respeto. Ataliba no pudo oirla sin compartir la emocion y el enternecimiento del jóven. ¿Cual es pues, le preguntó, ese Las Casas, ese varon justo? ¡Ah! dijo Alonso, pregúntalo á ese cacique y á su pueblo. El cacique de quien hablaba, era Capana. Este habia oido la carta de Las Casas, y apoyado sobre su porra, sus ojos se deshacian en lágrimas. No es un hombre, decia, es un ente celestial, enviado de su Dios para amansar los tigres y consolar á los hombres. Nosotros le habríamos adorado, si él nos lo hubiese permitido.

Este testimonio, pero sobre todo el de Alonso, pudo mas que las impresiones terribles, que el ejemplo de Montezuma, y que todas las desgracias de Méjico habian podido hacer sobre el alma de Ataliba. Yo me abandono á tí, dijo á su fiel Alonso. Vé á ver á Pizarro, asegúrate de sus intenciones, y si él es tal como se nos anuncia, respóndele de la rectitud y buena fé de un príncipe tu amigo, que desea serlo suyo.

Indios cargados de los presentes mas magníficos formaban el acompañamiento de Alonso, y estas ri-

quezas dispusieron favorablemente los ánimos (1). Pero, tal era la sed del oro que devoraba á los castellanos, que lo que debiera apaciguarla, la irritaba en vez de estinguirla.

La conferencia de Pizarro con Alonso fué el desahogo de dos corazones llenos de nobleza y de franqueza. De ambos lados, el estado de las cosas fué espuesto con candor. Pizarro no vió en el Inca del Cuzco sino un esceso de orgullo y de imprudencia, y en Ataliba la noble altivez de un corazon sensible y generoso. De su lado. Alonso reconoció el peligro de irritar en los castellanos aquella sed de oro y de sangre, que no hacia nunca sino adormecerse, pero que un fanatismo bárbaro se esforzaba por volver á encender. Fué dispuesto que Molina precederia á Pizarro á los campos de Casamalca; que el general español avanzaria con sus doscientos hombres, y que dejaria detras á los indios de su partido. Seguros uno y otro de su buena fé, abrazáronse, y Alonso se volvió al campo Indiano.

Aguardábale el rey de Quito turbado é impaciente. Mas pronto se tranquilizó, y juntó á sus guerreros para darles parte de su alegría. Los peruanos se regocijaron; mas los mejicanos, con un aire sombrío, y sus ojos fijos en la tierra, escuchaban en silencio las palabras de paz que traia Alonso. Su gefe, que creia ver caer al Inca en un lazo funesto, quiso preservarle de él. ¡Y que, príncipe, le dijo, ¿has olvidado la suerte de

---

(1) *En esta ocasion fué cuando, viendo los indios que los caballos hacian rugir el bocado del freno, y creyendo que estos animales comian los metales, les presentaban vasijas llenas de oro en polvo.*

Montezuma y la de Méjico? ¿Tú abandonas tu pais á los mismos bandoleros que han asolado el nuestro, y que le han inundado de sangre? ¿Tú te entregas á las manos que han encadenado á nuestros reyes y les han hecho arder vivos? ¡Ah! ¡ojala te ilustre y espante nuestro ejemplo! harto escarmentado por nuestras desgracias, sé cuerdo á espensas nuestras. ¿No ves aquí la misma ligazon en las causas de tu ruina, que en las de nuestra pérdida? Nuestro imperio estaba dividido, y este lo será tambien. Un oráculo mentiroso nos hacia una ley vergonzosa de doblar la cerviz delante de nuestros tiranos; un mismo oráculo os le manda. Nuestro rey, seducido y engañado por apariencias de paz, de buena fé y de benevolencia, se perdió, y perdió á sus pueblos; y tú, desventurado príncipe, ¿quieres entregarte como él? ¡Ah! si Montezuma hubiese tenido aquella alma firme y valerosa que tú nos has hecho ver, él habria salvado Méjico. ¿Porque, pues, dejarte abatir, y presentarte bajo el yugo? ¿Estás sin esperanza, sin recursos? Aléjate. Deja á Palmore á la cabeza de tu ejército; que él mande á los indios, y estos caciques y yo, con nuestros dos mil hombres, cargaremos sobre los castellanos, y tomaremos el camino mas corto de la venganza ó la muerte.

Alonso creyó deber responder. Inca, dijo, el carácter de mi nacion es el de ser altiva y noble; pero esto no es un mal sino para sus enemigos. Su pasion es la sed del oro, y tú puedes saciarla sin trabajo. Lo demas es personal: el vicio y la virtud nacen en los mismos climas: el pueblo, que es una mezcla de él, se hace malvado ó bueno segun el ejemplo que se le dá. Su alma es la del bandido ó del héroe que le conduce. Cortés ha destruido su conquista, y deshonrado sus hazañas. Pizarro, mas humano, mas sincero, pa-

ra querer conservar y pacificar á las gentes que haya sometido, y hacerse una fama sin remordimientos, es español; pero, ¿no lo soy yo mismo? ¿Me conoces tú falaz, avaricioso y feroz? No, tú me crees sincero y benéfico. ¿Porque pues, no has de creer, que á lo menos, Pizarro se me asemeje? Tú responderias de mí, y yo respondo de él sobre la fé de Las Casas, de aquel español, el mas verídico, mas virtuoso, mas sensible de los mortales, y sobre todo el mejor amigo que han tenido los indios en este nuevo mundo. Él no puede engañarme, pero puede muy bien engañarse á sí mismo; acaso habranle sorprendido con vanas apariencias. Sé pues prudente, sin ser injusto. Tiende las manos á la paz, sin dejar por eso las armas; y en medio de un campo numeroso, no te desdeñes de recibir á doscientos hombres que se presentan como amigos.

Lleno el Inca de la confianza que le inspiraba Alonso, no queria ni aun ponerse en defensa. Alonso le formó una guardia de ocho mil hombres de un valor esperimentado. En el ala derecha y delante de las tiendas del Inca, campó á los mejicanos, con la misma tropa que habian comandado. Los salvages de Capana formaban el ala opuesta; y Palmore, con su ejército, ocupaba el centro, y formaba un circuito al rededor del trono de su rey. Príncipe, yo hago votos al cielo, dijo el jóven, por que la buena fé presida en esta conferencia, y forme entre Pizarro y tú los nudos de una sólida paz. Si yo soy engañado en mis votos, si lo soy en mi esperanza, yo derramaré mi sangre por tí. He aquí cuanto yo puedo. Yo no he fiado nada al acaso, y de consiguiente nada tendré que echarme en cara.

CAPÍTULO XLIX.

Entrevista de Pizarro y de Ataliba. — Carnicería de los indios, causada por el fanático Valverde. — La tropa de los mejicanos es destruida. — Alonso es herido. — Gonzalo Davila es muerto por Capana. — Ataliba es encerrado en el palacio de Casamalca.

Vino la noche, y ella suspendió aquel flujo y reflujo de temores y esperanzas, que una penosa incertidumbre y presentimientos confusos hacian nacer en los ánimos. Mas estos movimientos apaciguados por el sueño, se renovaron cuando, á los primeros rayos del dia, vióse de lejos la tropa de Pizarro que avanzaba, y que era fácil reconocer por el brillo resplandeciente de sus armas. Ella se aproxima, el rey aguarda, elevado sobre un trono de oro, sostenido por doce caciques. Los españoles, desplegados sobre dos líneas, y Pizarro y veinte guerreros, que, como él, montan caballos belicosos, se adelantan con paso altivo y grave, á tiro de piedra. Pizarro, entonces, manda que se detengan, y acompañado de Valverde y de seis de sus tenientes, se presenta con una noble seguridad ante el trono del Inca.

Hácese silencio, y de lo alto de un caballo, que alza su cabeza al nivel del trono del Inca, el héroe castellano habla al rey de esta forma: «Gran príncipe, tu sabes quienes somos, ¡y ojala que el nombre español fuese menos famoso en este Nuevo Mundo! pues que no debe su celebridad sino á horribles calamidades. Pero la vergüenza del crímen no debe recaer sino sobre el criminal; y si la fama la ha estendido sobre el inocente, ella es injusta, y tú no debes serlo. Si yo creyese á tus enemigos, yo te miraria como el mas bárbaro de los tiranos. Pero tus amigos me han respondido de tu equidad, y yo les creo. Trátanos pues del mismo modo; ó á lo menos, antes de juzgarnos, empieza á conocernos, y no hagas recaer sobre nosotros los males que no hemos hecho.

«Cuando los Incas tus abuelos fundaron este imperio, y colocaron bajo de sus leyes á los pueblos de este continente, ellos les dijeron: os traemos un culto, artes y leyes, que os harán mejores y mas felices. He aquí el título de su conquista. Este título es el mio, y como ellos, yo me anuncio por beneficios. No tendré trabajo en persuadirte que somos superiores, por la industria y las luces, á todos los pueblos de este mundo. Con los frutos de tres mil años de trabajos y de esperiencia, es con lo que venimos á enriqueceros. En vuestras leyes yo no mudaré, sino lo que tú mismo creyeres útil de mudar para el bien de tus pueblos; y estas leyes y la autoridad, que es el apoyo de ellas, quedarán en tus manos, y tus pueblos no tendrán la desgracia de perder un buen rey. Protegido por el mio, tu serás su amigo, su aliado y su tributario; y este tributo, ligero para tí, no es sino la participacion á un bien que os prodiga la naturaleza, y que ella nos ha negado. En cambio del oro, os traemos yerro, presente inestimable, y para vosotros mil

veces mas útil y mas precioso. Nuestros frutos, nuestras cosechas, nuestros ganados, riquezas de nuestros climas; animales, los unos deliciosos al gusto, sirviendo de alimento al hombre, los otros á la vez robustos y dóciles, hechos para compartir sus trabajos; los productos de nuestras artes, que hacen el encanto de la vida; secretos para ayudar nuestros sentidos y multiplicar nuestras fuerzas; secretos para curar, ó aliviar nuestras dolencias; mil frutos que el hombre industrioso ha hecho á la naturaleza; mil descubrimientos útiles para subvenir á sus necesidades, para añadir á sus placeres: he aquí lo que yo te prometo en cambio de ese metal, de ese polvo brillante, cuya necesidad sois bastante felices para no conocerla. Tal es, Inca, la concordancia pacífica y el comercio mutuo que mi amo, Carlos de Austria, poderoso monarca del oriente, me ha encargado de ofrecerte. »

Ataliba, con el corazon lleno de gozo y de reconocimiento, respondió á Pizarro que él justificaba bien la opinion que le habian dado de su rectitud y de su generosidad; que á todo lo que le proponia, no veia nada que no fuese justo; que las montañas en donde nacia el oro serian abiertas á los castellanos; y que él no creia pagar, bastante bien con esto, la amistad de un pueblo ilustrado, que le traia sus luces, y la alianza de un gran rey.

« La mas sublime de todas nuestras luces, replicó el héroe castellano, es el conocimiento de un Dios, de quien la tierra, el cielo, el sol, son la obra. No te ofendas por ello, Inca: ese hermoso astro, de quien tus abuelos se decian los hijos, es sin duda la mas estupenda maravilla de la naturaleza; pero él mismo ha salido de manos del ser criador, y él no hace sino obedecer, dando su luz al mundo. Es pues, Dios quien de una ojeada ha prescripto al sol su carrera, al mar

sus límites, su reposo á la tierra, á los cielos sus revoluciones, á la naturaleza entera sus movimientos diversos, su órden, sus leyes eternas; de forma que á él es á quien se debe únicamente adorar.»

El Dios que tú me anuncias, le respondió el Inca, no nos era desconocido: él tiene un templo entre nosotros, el cual está dedicado al que anima al mundo (1): ¿Mas porque este ser tan sublime no habria de ser el sol? Esa brillantez, esa majestad me parece que son muy dignas de él.

«Inca, preguntóle Pizarro, si de una estremidad del imperio á la otra, yo viese todos los años á un viajante ir y venir, sin moderar jamas su carrera, sin reposarse un momento, sin estraviarse un paso, ¿lo habria yo de tomar por el rey del pais, ó por uno de sus mensageros? El Dios del universo no tiene hora prescrita, ni espacio determinado; él está sin cesar y en todas partes presente. Aquel á quien obscurece una nube, y que no puede iluminar á una mitad del globo, sin dejar la otra en la obscuridad, no es, él Dios del universo. En otro tiempo tus pueblos adoraban al mar, los rios y los montes. Todo eso, como el sol, tiene su puesto en la naturaleza; mas todo eso no hace sino obedecer y servir. Adoremos al que manda; y para tener una idea de él, escucha lo que nuestros sabios nos han revelado. Esos hombres ejercitados en ver lo que se pasa en los cielos, están todos persuadidos que el mundo en que estamos no es el solo mundo habitado; que hay otros muchos en el espacio, y que cada una de las estrellas es un sol mas lejano de nosotros, hecho para ilustrar á esos otros mundos. Deja ir tu pensamiento á esa inmensidad: y mira á esos

(1) *Pacha Camac.*

soles y esos mundos, todos sometidos á la misma ley. El que los gobierna á todos, y á quien todo obedece, ese es el Dios á quien yo adoro. Juzga cuan superior es este Dios al tuyo.»

Tu me confundes, pero me ilustras. Yo empiezo á creer que fueron engañados mis abuelos. ¿Dime solamente si tu Dios es justo y bueno, y si su ley hace al hombre un deber de serlo? — El es, le respondió Pizarro, la justicia y la bondad misma, y el único deber del hombre es el parecérsele. — Ya no te preguntaré mas, dijo el Inca. Ven á instruirnos, á iluminarnos con tu razon, enriquecernos con tu sabiduria, y te aseguro de hallar corazones dóciles y agradecidos.

Bajo tan nobles sentimientos todo anunciaba paz y buena armonia, cuando el mentiroso y frenético Valverde pide hablar á su turno. «Sí príncipe, dijo al Inca, lo que acabas de oir es positivo, y su verdad es sensible. Se trata ahora de olvidar tu propia razon, ó de humillarla bajo el yugo de la fé. He aquí lo que la fé te enseña (1). Entonces el imprudente se engolfó en la profunda obscuridad de nuestros misterios, en cuyo número comprendió la autoridad de un hombre, propuesto por Dios mismo para comandar á los reyes, dominar sobre los pueblos, disponer de las coronas como de todos los bienes de los soberanos y de los súbditos, y hacer esterminar á todos aquellos que no le estuviesen sometidos.

El monarca Peruano, asombrado de un lenguage tan estraño para él, pregunta con dolor al que acaba de hablar: ¿en donde habeis aprendido todo eso? En este libro, responde Valverde, con un tono lleno de

---

(1) *Creyó sin duda, que el príncipe vendria á ser en un instante un teólogo profundo.*

arrogancia; en esto libro inspirado y dictado por el espíritu santo mismo. El Inca, sin conmoverse, tomó el libro en sus manos, y despues de haberle recorrido con la vista, dijo: Todo lo que Pizarro me anuncia lo concibo, y lo creeré sin trabajo alguno; pero lo que tú me dices no puedo comprehenderlo, y ese libro, mudo para mí, no me instruye nada. Dicen que añadió algunas palabras ofensivas (1) contra aquel hombre que se arrogaba el derecho de mandar á los reyes y disponer de los imperios, y ya fuese por desprecio, ya por descuido, al devolver el libro á Valverde, lo dejó caer.

No fué menester mas. El sacerdote fanático arrebatado de ira, tórnase hácia los españoles, y pónese á gritar venganza en nombre de la religion, que aquel bárbaro menosprecia, pues que el libro sagrado le habia arrojado á sus pies.

Al instante, por un fuego rápido y mortífero el arcabuz anuncia la guerra, y la señal de la mas negra maldad. Abrese el batallon, y del centro truena el bronce y vomita la muerte. Al ruido de aquellos volcanes de bronce, que se abrasan y braman; al estrago imprevisto que invisibles golpes hacen delante del trono del rey, túrbase este; vé á sus pies su guardia despavorida y trémula; estréchanle por toda defensa, y perecen á su vista, cual un rebaño humilde en medio del cual caeria el fuego devorador del rayo. El Inca les habia prohibido toda especie de hostilidad, y ellos observaban su orden. Alonso, furioso, les urge para que le sigan y se arrojen desesperados sobre aquella tropa de asesinos. Vengaos y vengadme á mí

---

(1) *Que ese papa debió ser algun loco, pues que dió liberalmente lo que no era suyo.*

de esos traidores que deshonran mi patria. Defended, salvad al rey. A estas palabras el jóven siéntese herido y cae. El Inca vele caer, y Pizarro dá alaridos lamentables.

A nosotros nos toca, dijo Orozimbo, el esterminar á esos monstruos. Seguidme, amigos, apoderémonos de sus rayos. Dijo esto, y á la frente de los príncipes de su sangre y de sus dos mil Indios, marchó sin rodeo, hácia aquellas bocas asoladoras que truenan delante de él, y aun no las oye. Sus amigos rebentados le inundan con su sangre; los pedazos de su carne, los despojos de sus huesos, caen sobre él de todas partes; su furor le ciega y le arrastra. Quédale Telasco, y le sigue. ¡Amigos desventurados! Ellos van con la cabeza baja á arrojarse sobre las baterias; una esplosion formidable les reduce á polvo. Ellos desaparecen en torbellino de humo, y de su bizarra y desgraciada tropa el acero del castellano derriba lo que no ha destruido el fuego.

Este espantoso desastre, tan pronto como el pensamiento, no desalienta á Palmore, ni á Capana: ambos se adelantan para envolver al enemigo. Pero en aquel momento parten con una fogosidad indomable los dos escuadrones castellanos. Los gefes, no pudiendo contener el furor del soldado, se dejan arrastrar por él. Vuelan por medio de una nube de flechas. Los caballos son cubiertos de ellas; pero, furiosos como sus ginetes, derriban los batallones, saltan por medio de las lanzas, pisan, asolan á una multitud de indios echados por tierra, y el acero, empapado en sangre, redobla tan feroz carnicería.

De la guardia de Ataliba seis mil hombres son degollados; todos los demas van á serlo. Los que llevan el trono apenas tienen tiempo para remudarse, todos perecen, y el moribundo cae de repente sobre el muer-

to á quien ha reemplazado. Pizarro que, por retener una rabia desenfrenada, se habia arrojado por medio de sus soldados sin poder hacerse oir, ni obedecer, no vé ya mas que un medio de salvar la vida al Inca. Pónese él mismo al frente de los asesinos, adelántales, penetra, llega hasta el trono, aparta con una mano la espada que va á herir á Ataliba, y con que es herido él mismo, y con la otra agarra al príncipe, le arrastra, échale á sus pies, guárdale, y esclama: Que lo tomen vivo para tener sus tesoros. Tal voz infundió respeto á la rabia.

Pálido, turbado, fuera de sí, el rey cae y vese bañado en raudales de sangre indiana. Reconoce los cuerpos de sus amigos destrozados, atravesados, acribillados de golpes; él los abraza con gritos tan dolorosos que conmueven á sus verdugos mismos. En la multitud, descubre á Alonso. ¡Caro y funesto amigo! Tú me has perdido, dijo; pero te han engañado; tu desgracia es la de haber tenido el alma de un indio. A estas palabras, apercibiéndose que Alonso respiraba aun. ¡Ah! cruel, dijo á Pizarro, salva á lo menos al que me ha entregado á ti.

Pizarro háceles llevar á uno y otro; encarga á Fernando de guardarles y tomar cuidado de ellos; y él corre al llano, vuela y va á salvar los deplorables restos de la legion de Palmore, contra quien los suyos están encarnizados. Allí Valverde, en medio de la carnicería, con un crucifigo en la mano, y echando de su boca espumarajos de rabia, gritaba: Amigos cristianos, acabad, acabad. El angel esterminador os guia. No deis sino de punta, para no romper vuestras espadas, atravesadlos con ellas, empapadlas en su sangre. — Apártate, monstruo execrable, díjole Pizarro, aléjate de mi vista, ó te hago vomitar tu alma atroz. El monstruo espantado, retírase bramando.

Conteneos, crueles, aguardad, grita entonces Pizarro á los soldados, ó tornad contra mí vuestras armas.

Fuese por respeto ó por cansancio de sus fuerzas y de su furor, ellos obedecen, y Pizarro les hace volver á su primer puesto.

En aquel dia de horror y de delitos, la humanidad tuvo un momento. Capana, viendo el combate desesperado, huia con un corto número de sus salvages. Perseguíale un escuadron que va á alcanzarle y envolverle. El cacique, desesperado, tórnase, estiende su arco y escoge con ojos centelleantes al gefe de la tropa enemiga. Era Gonzalo Davila. La flecha parte, y cae el jóven mortalmente herido.

Rodean al cacique, prénden le, arrástranle á los pies de Davila, para despedazarle delante de él. Gonzalo entreabre un ojo moribundo, y reconoce al que le tuvo en su poder, al que le dió la vida y la libertad. ¿Eres tú, generoso Capana, le dijo tendiéndole sus brazos trémulos? ¿Es de tu mano que yo muero? Tú me habias hecho gracia una vez; yo respiraba por tu clemencia, estaba libre por tu bondad, y yo he abusado de ella. El cielo es justo: él te ha escogido para arrancarme tus propios dones. Castellanos, escuchadme, y temed, por mi ejemplo, la mano del Dios que ha descargado su ira sobre mí. Yo le debo todo á ese Indio; dejadme pagar mi deuda. Viva él, y sea libre con los suyos. Ven, hermano mio, mi asesino y mi amigo, ven, que al espirar yo te abraze. Yo debí aprender de tí la justicia y la humanidad. Estas palabras fueron pronto seguidas de su último suspiro; y Capana con sus salvages fueron á buscar mas allá de los montes del oriente, entre los Mojos, libres aun, ó entre los feroces Antis, que se alimentaban con sangre humana, un asilo contra la rabia de un pueblo todavía mas inhumano.

CAPÍTULO L.

PIZARRO VA Á VER ATALIBA EN SU PRISION — MUERTE DE ALONSO DE MOLINA. — VALVERDE SUBLEVA Á LOS CASTELLANOS CONTRA PIZARRO. — ESTE LOS APACIGUA, DESTIERRA Á VALVERDE Y LE ENVIA Á RIMAC, PARA SER EMBARCADO ALLÍ Y TRASLADADO A UNA ISLA DESIERTA. — ATALIBA SOLICITA SU RESCATE, Y ES ACEPTADA SU DEMANDA.

Los españoles, cansados de matar y cargados de los ricos despojos que habian cogido en el campo de los indios, se habian reunido, casi todos en los muros de Casamalca. Los unos, y era el mas corto número, retirados en silencio, vergonzosos y consternados, se echaban en cara la sangre que acababan de derramar. Primero, por evitar la vergüenza de abandonar á sus compañeros, habian cedido al ejemplo; pero el honor satisfecho, cayeron en el abismo de los mas crueles remordimientos. Los otros, altaneros y gloriosos, se aplaudian de haber vengado la fé, y espan-

tado á las naciones por un ejemplar terrible. A estos fué á quienes se quejó Valverde de Pizarro, con la violencia de un sedicioso furibundo.

Castellanos, les dijo, acabais de vengar vuestra religion, que habia ultrajado un bárbaro. Armaos de constancia, pues este zelo heróico es colocado ahora en el número de los delitos mas abominables. Pizarro os mira como asesinos dignos del último suplicio; y si tuviese el poder, como tiene la voluntad, os arrastraria todos á él. Apoderándose de ese buen rey, á quien guarda en su palacio, él no ha hecho sino sustraéroslo; no ha querido otra cosa que salvarlo; por él esperaba hacerse independiente y absoluto. El traidor Alonso, su agente mutuo, conservaba esta inteligencia, y habia urdido el complót. Si hubierais oido de la manera que hablaba Pizarro á ese salvage, os hubierais horrorizado. Él parecia un suplicante delante de Ataliba. En vez de una conquista, era una alianza, un comercio, un tributo que solicitaba humildemente. ¡Y la religion!... Eso seria lo que os habria sublevado. Pizarro ha hablado de ella á la manera de los impios; él no se atrevia á esponer la fé; sonrojábase de nuestros misterios: él mismo, á los ojos de los infieles, no se atrevia á presentarse como cristiano. Indignado, yo he tomado la palabra, he levantado la voz; he dicho que un cristiano no puede ni disfrazarse, ni callar. Habeis visto el ultrage por el cual me ha respondido Ataliba, y es eso lo que su amigo, su aliado, su protector os acusa de haber castigado. Cuanto á mí, yo le soy odioso y me consuelo de serlo. He visto hollar el depósito sagrado de la fé. y os he gritado venganza: he aquí mi delito. Era preciso disimular el sacrilegio, aplaudir la blasfemia y perjurar la religion en favor de la impiedad: no lo he hecho, y aguardo sin quejarme las humillaciones,

los oprobios, el destierro y acaso el martirio. Apenas acabó, cuando cien voces se levantan, y responden: tú serás protegido, defendido y reverenciado como el vengador de la fé.

Esta sublevacion de los ánimos se aumentó con la llegada de Pizarro. Colocados sobre su paso, los soldados no le muestran ni temor, ni confusion; míranle con ojos fijos, prontos á sublevarse si se le escapase una mala palabra. Mas lejos, Valverde, rodeado de sediciosos fanáticos, le muestra aun mas indiferencia; y con una frente en que estaba pintada la audacia, sostiene sus miradas amenazadoras. Pizarro atraviesa el tropel, guardando un profundo silencio. Pregunta donde está Ataliba; condúcenle á su prision; y alli, al rededor de aquel príncipe desventurado, nota un corto número de castellanos quienes, con los ojos clavados en tierra, se parecen menos á vencedores que á criminales condenados.

Ataliba, en su desgracia, guardaba todavia bastante entereza, para no haberse aun ligeramente quejado. Mas cuando vió entrar á Pizarro, se arrebató, déjase caer; y apartando con horror su vista, le repele y rehusa sus abrazos. Tu me crees pérfido ó perjuro, le dijo Pizarro; pero mira esta mano despedazada y sangrienta aun que te libertó del golpe mortal. ¿Es esta la mano de un enemigo? Yo te arrebaté de aquel trono, en que veinte espadas iban á atrevesarte; yo te prendí para libertarte de los foragidos á quienes no me habia sido posible desarmar, y á quienes no hubiera podido contener. Pregunta á esos guerreros si, durante aquella matanza horrible, no hice yo por impedirla los mas increibles esfuerzos. ¿Que quieres? ¿Que es lo que puede un solo hombre? Me han desobedecido; pero está seguro, infelice príncipe, que yo defenderé tu vida, aunque sea á riesgo de la mia.

A estas palabras el Inca le mira con ojos en que la ira da lugar al enternecimiento, y deja escapar algunas lágrimas. Al instante que te ví, le dijo, yo te amé; y mi alma sujeta á la tuya, te sometió hasta mi pensamiento y mi voluntad. ¿Porque, pues, me habrias tu vendido? ¿porque habrias querido ver degollar á hombres pacíficos, que te recibian como á un dios? No, no, tú no lo has querido. ¡Tu lloras! Ven, abrázame. Tu compasion alivia el corazon de un infeliz que te ama todavia. Pero dime: ¿está todo destruido, acabóse ya mi ejército? Yo he salvado de él cuanto he podido, le respondió el héroe. Si es posible, replicó el Inca, sácame de las manos de esos traidores: sus gritos de alegría me despedazan; su vista me causa horror. Evítame el suplicio de oirles y verles. Saciados de sangre, están hambrientos de oro; yo quiero tambien saciarles de él. Yo me obligo, por mi rescate, á llenar de ese anciado metal el recinto en que estamos, hasta la altura á donde ves que mi brazo se estiende. Llévense unas riquezas perniciosas y déjenos en paz.

Tu causa es la mia, le dijo Pizarro, y yo haré por tí cuanto puede esperarse del zelo de un amigo. Demos al furor el tiempo de apaciguarse, y armémonos, tú y yo, de constancia y resolucion. Yo te dejo. Voy á cuidar de Alonso, cuyo estado me aflije demasiado.

Pizarro, saliendo de la prision de Ataliba, sentia su corazon despedazado; pero un espectáculo mas cruel aun le aguardaba en el lugar en que espiraba Alonso.

Antes que el jóven hubiese vuelto del desmayo mortal en que habia caido, habian curado su herida. Mas, reanimándose con el dolor, vióse rodeado de un tropel de castellanos, humeando aun de sangre indiana. Estremecióse de horror, y recogiendo un resto de

fuerza: Bárbaros, les dijo, ¿osais acercaros á mi y procurar mi vida? Me la habeis hecho odiosa. ¡Es este el tiempo de mostraros compasivos y auxiliadores, despues de veinte mil asesinatos cometidos sobre la fé de la paz! He aquí los héroes cristianos, teñidos de sangre y ahogándose de rabia. ¡O monstruos fanáticos! El cielo, el justo cielo no dejará sin venganza tan execrable atentado. Yo os conozco. Veo al orgullo y la avaricia encender entre vosotros los fuegos de un odio implacable. Armados uno contra otro, os despedazareis como fieras carniceras; os arrancareis esas entrañas codiciosas y esos corazones sedientos de sangre, que no han podido conmover ni las lágrimas de la inocencia, ni los clamores de la humanidad. Retiraos, foragidos infames, cobardes asesinos, y dejadme morir. A estas palabras, arrancando el bendage de su llaga, la dilató con sus propias manos.

Hallóle Pizarro bañado en su sangre, y los castellanos, indignados, se alejaron al verle acercar. Alonso tendióle las manos, levantó los ojos al cielo, y exhaló el último aliento.

Al instante Gonzalo Pizarro vino á hablar en secreto al general. ¿Que haces tú ahí? le dijo; sábete que se conspira contra tí, que tus soldados van á sublevarse y á nombrar otro gefe. Preséntate, disipa ese complót, calma y vuelve á atraerte esos ánimos, ó somos todos perdidos.

Pizarro vió los dos escollos que tenia que evitar en aquel paso peligroso, la violencia y la debilidad. Muéstrase á las puertas del palacio, hizo juntar á sus soldados, y llevando en su rostro una tristeza magestuosa, les dijo: castellanos, acabais de degollar un pueblo inocente y pacífico, que se entregaba á vosotros, que os colmaba de bienes, que os veneraba, y que, renunciando á su culto, no pedia sino que le ilus-

traran, para abrazar la ley de los cristianos. Su rey le habia prohibido toda hostilidad para con vosotros. Lejos de cometer ninguna, se ha visto asesinar sin haber tirado una flecha, y aun antes de haber vertido una gota de vuestra sangre. Él está ahora revolcándose en el polvo, á la faz del cielo, vuestro juez y el suyo. El asesinato de veinte mil hombres, aunque fuesen criminales, seria espantoso al verlo; ¡cuanto mas no debe de serlo, cuando son otros tantos inocentes! Su rey os pide para ellos la sepultura. Concededle, á lo menos, esta señal de humanidad. Esta es una gracia que el hombre no niega á sus mas crueles enemigos.

En lugar de las quejas, de las reprehensiones y amenazas que se esperaban de un gefe justamente airado, un lenguage tan moderado hizo una impresion profunda. Los soldados respondieron que ellos no se negaban á sepultar los muertos, si lo que quedaba de indios en los lugares circunvecinos queria emplearse con ellos en una tan santa obra. Ellos os ayudarán, dijo Pizarro: mañana en esos llanos ensangrentados se juntarán al amanecer. Id á reposaros, pues que ya debeis estar cansados de tan horrible matanza.

Desde aquel momento, todos los ánimos se sintieron conmovidos de una relacion tan fúnebre; de forma que la naturaleza recobró insensiblemente sus derechos, y los remordimientos de conciencias se apoderaron del corazon de los culpables.

No quedaron en los lugares sino los viejos, las mugeres y los niños. Pizarro les hizo mandar que viniesen, desde el alba del dia, á inhumar á los muertos. Todos aquellos infelices obedecieron. Desde que la luz naciente pudo iluminar los trabajos de la sepultura, los castellanos, vieron á aquellas mugeres, aquellos niños, aquellos viejos consternados y tré-

mulos acudir á este triste deber. Su dolor profundo y mudo, su palidez, su abatimiento, llevaron la compasion á las almas mas feroces. Mas cuando sus ojos reconocieron entre el número de los muertos á aquellos que les eran queridos; cuando se les vió arrojarse sobre aquellos cuerpos ensangrentados y yertos, estrecharles en sus brazos, regarles con sus lágrimas, pegar sus bocas sollozantes, ya sobre sus lábios lividos, ya sobre la llaga entreabierta de un esposo, de un padre ó de un hijo, los asesinos no pudieron menos de manifestar publicamente su dolor y arrepentimiento. El asesino de un padre abrazaba á los hijos; manos empapadas en la sangre del hijo y del esposo sacaban á la esposa y la madre del hoyo en que querian sepultarse con ellos. De este modo fué variado, durante aquel dia lamentable, el largo suplicio de los remordimientos.

De vuelta á Casamalca, los castellanos inclinada su cervíz, sus ojos clavados en la tierra, sus corazones abatidos y humillados, se presentaron delante de Pizarro: ¿Acabóse ya, preguntoles él? — Si, concluyóse. — ¡Y bien! continuó el general, hombres insensatos y crueles, ¿habeis pues visto esa carnicería, de que se horroriza la naturaleza? Vosotros la habeis hecho.... Mas no, esclamó de este delito abominable, el mas negro y mas atroz que haya inspirado jamas la rabia de los infiernos, no sois vosotros á quien yo acuso: ahí teneis su execrable autor. El es ese tigre hambriento, esa alma hipócrita y feroz. Valverde, si, Valverde es quien, por vuestras manos, ha hecho correr esos torrentes de sangre. Sabed que en el momento en que os gritaba venganza en el nombre de un dios á quien se ultrajaba segun decia ese pueblo y su rey adoraban con nosotros á ese Dios, y saltaban de gozo al oir las maravillas de su poder. yo os lo juro, y pongo

por testigos á los guerreros que me acompañaban) Ellos han oido el homenage que le rendia ese príncipe virtuoso á quien ese impostor ha calumniado. Cargadle pues, á él solo con los delitos de que su impostura es causa; y como víctima impura, que vaya, lejos de nosotros, á alguna isla desierta á espiar, si puede, veinte mil asesinatos con que el aleve ha manchado nuestras manos. Que los buitres y víboras despedazen ese corazon desnaturalizado, ese corazon digno de alimentarles.

Valverde, entonces, quiso hablar y defenderse. Miserable, díjole Pizarro, asiéndole con fuerza y arrastrándole, á sus pies: Ven, habla, y dí si tú esperabas que un rey que nunca te vió, comprendiese lo que no puedes comprender tú mismo; y que, sobre tu palabra, creyese ciegamente lo que confundia á su razon. Tu libro era sagrado para tí; mas ¿como pudiera serlo para quien no sabe lo que es, ni de donde viene, ni lo que él encierra? Él le deja caer, y por este accidente involuntario, tu haces degollar á un pueblo entero, y yo te oia en medio de la carnicería gritar que no se escapase ninguno. Anda, monstruo, yo te dejo por suplicio una vida odiosa, pero vé á arrastrarla lejos de nosotros con horror al cielo, á la tierra, y á ti mismo, si te queda un corazon susceptible de remordimientos. A estas palabras, pronunciadas con el tono de un juez inexorable, los mas atrevidos de los amigos de Valverde no osaron tomar su defensa, y al instante la órden fué dada de librarse de él para siempre.

En fin, repitió el general, sin este hombre infame, la razon, la humanidad, van á precidir á nuestros consejos. El rey pide el pagar su rescate, y os espantareis del monton de oro que ofrece hacer acumular en la prision que le encierra. Castellanos, yo os lo he prometido; sí, vuestros bajeles volverán á España car-

gados de riquezas inmensas. Pero, en el nombre del Dios que nos juzga, en el del rey á quien servimos, os pido que cesen los escesos, no mas crueldades: hagamos gracia, á lo menos, á unos pueblos sometidos.

Desde entonces no se ocuparon mas que de las promesas de Ataliba. Aquel rey, conservando en las cadenas una igualdad de alma que tenia un medio entre el orgullo y la bajeza, mandaba á sus pueblos desde el interior de su prision; y sus pueblos le obedecian, como si hubiese estado sobre el trono. De todas partes se les veía llegar á Casamalca, los unos agobiados bajo el peso del oro, de que habian despojado los alcázares y templos; los otros, llevando en sus manos los granos de este metal que habian recogido, y con que sus mugeres y sus hijos se adornaban en los dias solemnes. Sobre el umbral del palacio en que su rey estaba encerrado, quitaban sus sandalias, besaban el polvo á la puerta de su prision, y poniendo en tierra su fardo, se prosternaban á sus pies, y los regaban con lágrimas. Parecia que la desgracia misma habia hecho mas sagrado este rey á los ojos de sus pueblos.

Habíase trazado una línea á la altura de los muros á que debia elevarse el monton de oro que Ataliba habia prometido; y por mucho que se acumulase allí, mucho faltaba todavia para que el espacio fuese lleno. Apercibióse el rey de las murmuracienes que la avaricia impaciente dejaba escapar delante de él. Representó que era imposible hacer mas diligencia, y que la lejanía del Cuzco (1) era la causa inevitable de las demoras de

(1) 250 *leguas de pais.*

que se quejaban; pero que esta ciudad tenia con que cumplir su promesa. Envió á dos castellanos (1) para informarse de la verdad; y en este intérvalo, fué cuando una revolucion funesta acabó de precipitar á los indios en la desgracia, y á los castellanos en el crimen mas horrible.

---

(1) *Soto y Pedro de Larco.*

CAPITULO LI.

Llega almagro de panamá.—Encuentra á valverde.—Su conversacion.—Muerte de huascar en su prision.—Ataliba es acusado de ella.—Pizarro, persuadido de su inocencia, quiere salvarle.—Reparto de los tesoros que ataliba hace amontonar por su rescate.—Fernando pizarro es enviado á españa.

Almagro con nuevas fuerzas venia de Panamá al socorro de Pizarro. Al desembarcar (1) habia llegado á su noticia el desastre de los indios; y así como una perrada hambrienta, al son del instrumento que la anuncia que el ciervo está en grande apuro, olvida la fatiga y redobla su carrera, anhelando de alegría y de ardor por devorarle, del mismo modo Almagro y sus compañeros se adelantaban hácia Casamalca para tener parte en la presa. En el camino, encuentra á

(1) *Puerto viejo.*

aquel impostor fanático, Valverde, á quien una segura escolta volvia al puerto de Rimac. El estado á que le veia reducido escitó su compasion; y preguntóle, ¿que delito habia podido causar su desgracia? El zelo que hace á los mártires, respondió el aleve, afectando aquel aire sencillo y sereno que hace la paz del corazon. Añadió que si Almagro quisiese oirle, le tomaba por juez, bien seguro de ser hallado inocente y aun laudable á sus ojos.

Almagro le permitió que le hablase un momento sin testigos, y mientras la escolta y la nueva tropa se entregaban á la alegría de encontrarse juntos en un pais cuya conquista les enriqueceria para siempre, Valverde, sentado junto á Almagro, á la sombra de un ciprés, le comunicaba en estas palabras el veneno de las furias de que su corazon infame estaba lleno.

Fiel y generoso amigo del mas ambicioso de los hombres, de sus triunfos y su gloria, de su elevacion, de la autoridad que ejerce, del favor de que goza: todo te lo debe. Vuestra fortuna se ha agotado en armarle flotas; vuestro valor le ha sostenido y ha relevado el suyo. Os hemos visto, por medio de las tempestades y de los escollos, pasar y repasar del puerto de Panamá á estas riberas peligrosas, y por ausilios imprevistos volvernos á todos la vida y la esperanza. Sin tí, Pizarro no fuera célebre sino por una imprudencia ciega, ó mas bien estaria aun en su primera obscuridad. Vas á ver que reconocimiento tiene reservado á tantos beneficios. El ha estado en la corte de España; ha obtenido del emperador las gracias mas señaladas, los títulos mas brillantes; mas ¿para quien? Para él solo. ¿Has visto sus títulos? ¿Ha pensado en pedir á su amigo, á su socio, al creador de su fortuna, á lo menos para comandar bajo sus órdenes? No es olvido, no, Pizarro no te ha olvidado; te ha te-

mido. Él quiere reinar, y un teniente tal como tú hubiera molestado su ambicion, y quiza obscurecido su gloria. Esto es lo que él tiene gran cuidado de ocultar, pero que yo lo he sabido descubrir. La estension de su poder en estos climas no es ilimitada, y sus títulos no le conceden sino la mitad de este imperio, cortado en dos, por el ecuador. La ciudad imperial, la soberbia Cuzco, está mas allá de sus límites: y el primero que osará disputarle su conquista tendrá tanto derecho á ella como él. Pizarro lo ha previsto; y con el vano pretesto del rescate del rey su aliado, á quien finge tener prisionero en los muros de Casamalca, hace sacar del Cuzco todos los tesoros que encierra. Anda, Almagro, vé á su encuentro; pero, sobretodo, guárdate de recordarle tus beneficios ó tus promesas; guárdate de pretender ser partícipe del oro que hace acumular; es el precio del rescate de un indio á quien sin tí se ha hecho cautivo: tú no tienes derecho de participar de él; Pizarro lo ha declarado así.

A estas palabras, el orgullo y la envidia se encendieron en el corazon de Almagro; pero fingió dudar todavía que su amigo pudiese ser ingrato. ¡Qué! ¿no faltará á la amistad y á la gratitud, replicó el impostor, el que ha sido traidor á su rey, á su patria y á su Dios? Aquí repitió todas las calumnias que habia levantado contra el héroe castellano. Y sabes tú, añadió, ¿quien es ese rey amigo y aliado de Pizarro? Un usurpador, un pérfido, que ha hecho degollar sin compasion toda la estirpe de los Incas; que ha espelido del trono á su hermano, le ha hecho cargar de cadenas, y le tiene encerrado en la prision mas estrecha. Esto es lo que nos han dicho los indios de aquellos valles, que bajo el yugo de Ataliba, lloran la desventura de su rey.—¿Y en donde está la pri-

sion de ese rey? le preguntó el ambicioso Almagro. —Está, respondió Valverde, en la fortaleza de Canares, ciudad sobre el camino de Quito á Casamalca. —Adios, ya basta, dijo Almagro; vé al puerto de Rimac. Pero de allí no has de partir sin haber recibido muestras de agradecimiento de parte de un hombre que aborrece á los ingratos, y que no lo será jamas.

Almagro, que desde aquel momento se hizo el enemigo mas mortal de Pizarro, vió que la libertad del Inca del Cuzco era para él un medio seguro y pronto de hacerse un partido poderoso, y de robar á su rival la mas hermosa mitad de su conquista; tomó su camino hácia Canares, donde la nueva de la matanza de los indios habia esparcido el terror. En cuanto él se acercó, veia á los pueblos huir despavoridos; ataca el fuerte, y amenaza esterminarlo todo sin piedad, si se niegan al instante mismo, á entregarle el Inca rey de Cuzco, á quien él toma bajo su proteccion.

Aunque reducido á la desesperacion, el intépido Corambé responde con altivez, que Ataliba respira aun, y que no obedece á otro que á él.

Entonces hicieron tronar la artilleria, y las puertas de la ciudadela comenzaron á temblar. A aquel ruido, al espanto que se esparce entre los habitantes, el fiero Huascar esclama arrebatado de alegria y de rabia: Ahí están mis vengadores. Muera, al precio de mi corona; muera el pérfido y sanguinario Ataliba. Óyele Corambé, y enfurecido por el esceso de su dolor: Tú que prefieres, le dijo, la cooperacion de esos bandidos á la amistad de tu hermano, y la ruina de tu pais á la paz que le habria salvado; tú cruel, no gozarás de tu implacable venganza. A estas palabras dióle el golpe mortal con la hacha que le servia de arma.

Apenas le hubo descargado cuando viendo á Huascar bregar á sus pies y revolverse en un polvo ensangrentado, se espantó del delito que acababa de cometer. Despavorido, estraviado, manda á sus indios que le sigan, y arrójase desesperado en el batallon enemigo, donde al instante fué acribillado de golpes; pero, buscando la muerte, abrióse paso, y el mayor número de los suyos pudo escaparse.

Almagro, impaciente por sacar á Huascar, se arrojó al fuerte; hallóle en tierra bañado en su sangre, luchando contra una muerte cruel, y pidiéndole venganza con alaridos de dolor y rabia. Vióle espirar, y lo sintió sobremanera. Sin esperanza ya de poder dividir el imperio, resolvió desde aquel momento quitar á su rival el apoyo de Ataliba, de un rey que, aun en cadenas, mandaba á sus pueblos. Hizo pues sacar el cuerpo del Inca del Cuzco, y llevándole consigo, tomó el camino de Casamalca.

Recibióle Pizarro con toda la fuerza de la amistad reconocida. Pero á aquel movimiento de alegría, sucedióle el del horror cuando, en medio de los castellanos, á los ojos de Ataliba, Almagro hizo levantar el velo que cubria el cuerpo de Huascar. ¿Lo conoces? díjole con el tono de un juez amenazador. Ataliba le mira; estremécese y retírase asustado, dando un grito de dolor: ¡O hermano mio! dijo, ¡esa espada despiadada no ha respetado ni aun la sangre de los reyes! A estas palabras, ya fuese por enternecimiento, ya por presentimiento de la muerte que le esperaba, no pudo contener sus lágrimas, y sus sollozos ahogaron su voz. — Tú le lloras, díjole Almagro, ¡despues de haberle asesinado! — ¡Yo! — Si, tú mismo, aleve, y por la mano de un traidor que, acosado por sus remordimientos, vino á caer en nuestro poder. Pizarro, añadió, tú le has

abandonado, si, tú has olvidado á ese rey, cuyos súbditos fieles habian venido hasta Tumbés á implorar su ausilio; y sin embargo su enemigo, el asesino de su familia y de sus pueblos, en el fondo de su prision le ha hecho asesinar. Yo supe el peligro que corria, y volé en su defensa. Esta determinacion mia no hizo sino apresurar su pérdida, y el infame que mandaba allí, ha cumplido muy bien la órden de Ataliba.

¡O celestial justicia! esclamó Ataliba indignado de verse acusado de un fratricidio. ¡Yo el asesino de un hermano ¡Ah crueles! á vosotros es á quienes están reservados tan grandes crímenes. Para vosotros es para quienes no hay nada sagrado. No os faltaba sino esta última accion de crueldad. Vosotros me habeis engañado vilmente, y me habeis hecho caer en un lazo el mas horrible. Vosotros si, vosotros habeis violado la buena fé, la paz, la hospitalidad, la amistad, cuanto hay mas sagrado, aun entre los hombres mas bárbaros: habeis degollado á mis pueblos; me habeis cargado de cadenas; habeis puesto mi libertad y aun mi vida á precio, y no estais aun contentos. Ni las lágrimas, ni la sangre, ni el oro, ¡nada pues es capaz de saciar vuestra rabia! Y, ahora, para darme un golpe aun mas cruel que la misma muerte, ¡me acusais de un fratricidio! ¡O gran Dios! ¿Decidme castellanos, que os he hecho yo sino el bien, en el momento mismo en que me haciais los mayores males? ¿Que me pedis aun? ¿quereis mi sangre? Vuestra es. Empapad en ella vuestras manos, yo consiento en ello; pero, ¿para que necesitais el hallarme culpable? Yo soy debil, estoy encadenado, sin defensa, abandonado del mundo entero; no tenemos sino al cielo por juez, ¡y el cielo me deja oprimir! Heridme, no teneis testigos ni vengadores que temer. Matadme. Poned fin á mis desgracias; pero sea yo mirado como inocente. Sí, traspasad este corazon sin ultrajarle.

Estas palabras, cortadas con lágrimas, conmovian á los castellanos, cuando he aquí que Almagro hizo adelantar á los indios que se habian cogido, y que atestiguaban su fratricidio. Aquellos infelices temblaban, guardaban silencio, ellos no sabian si debian decir ó callar lo que habian visto; pero, forzados por su mismo rey á hablar sin disfraz, confesaron que su gefe, el teniente de Ataliba y el guardian de Huascar, viéndose obligado á rendirse, le habia muerto por sus manos. No fué menester mas; y la calumnia, apoyada con las apariencias de un complot, hizo creer lo que se queria. Aquellos mismos indios intimidados por las amenazas se dejaron escapar algunas palabras injuriosas; de forma que, ellas y otros hechos que se esplicaron en el sentido mas odioso, de una sospecha de inteligencia entre los indios y su gefe, hicieron una prueba de la mas negra traicion. Ataliba entonces fué convencido en la opinion de todos, de haber conspirado sordamente contra los castellanos mismos, y cien voces se levantaron para pedir su muerte.

Pizarro que, en medio de aquellas pruebas falsas veia la inocencia de Ataliba, tuvo aun con sus amigos el valor de defenderle; pero el odio y la envidia hicieron despertar las sospechas que Valverde habia hecho nacer en ellos.

Al frente de los facciosos se hallaba Alfonso de Riquelme (1), fanático sombrío y feroz, de mejor fé que Valverde, pero no menos violento que él. Almagro mas disimulado, no se declaraba del mismo modo; él gemia con Pizarro del disturbio que habia causado, y se arrepentia de una imprudencia desgraciada. Pero Pizarro, por medio de aquel disimulo, conoció muy

(1) *Tesorero por el emperador.*

bien que el engaño triunfaba en su corazon.

Entretanto, creciendo ese disturbio, se encendia de nuevo la discordia. Ataliba mismo escitaba el fuego con la noble altivez de su defensa, y la amargura de las reconvenciones que hacia á sus tiranos; habia recobrado la energia que da al valor la injuria, cuando es llevada al esceso. Él no escuchaba ya á sus amigos, que le exhortaban á la paciencia. ¡Ah! Yo he sufrido demasiado, decia; y, ¿porque disimularlo? Si la dulzura del trato pudiese amansar esos corazones feroces, ¿no estarian ya mansos y blandos en estremo? Pizarro, ellos quieren que yo muera; quieren perder á tu amigo, yo lo veo. Pero ves tambien que es indigno de la virtud calumniada humillarse con bajeza.

Demasiado débil, en medio de una tropa de facciosos determinados, para poder infundir respeto por la amenaza, Pizarro se hacia violencia á sí mismo; y cual el piloto sorprehendido por la borrasca en un estrecho sembrado de escollos, ya cede, ya resiste á la tormenta, así él evitaba estrellarse contra todos los acusadores y testigos falsos. La altivez firme y animosa de Ataliba, y mas aun, el imprudente calor con que el jóven Fernando abrazaba la defensa de aquel príncipe desventurado, no hacia sino agriar los espíritus. Pizarro comenzó por alejar á Fernando. Escogióle para ir á llevar á España el oro que el Inca habia dado por su rescate. Anuncióse, y fué menester saber si la tropa de Almagro tendria parte en él. Propónelo Pizarro, y declara altamente que no habiendo contribuido á la conquista, no era justo que viniese á usurpar su fruto.

Almagro vió que iba á perder sus nuevos partidarios si disputaba la presa. Disimulemos, dijo á los suyos, pues se nos tiende un lazo. Al instante toma

la palabra y dice, que venian á compartir trabajos y no los despojos del enemigo; y que un pais inmenso en donde brotaba el oro, no merecia este metal dividir á unos hombres que estaban unidos por la estimacion, el honor y el deber. El pérfido con este lenguage tuvo el arte de apaciguarlo todo. Adhiriióse mas y mas, por su moderacion fingida, un partido numeroso y poderoso; y Pizarro, perdiendo la esperanza de debilitarlo, buscó inutilmente su amistad por largucas (1). Hizo pesar el oro y la plata que se habian acumulado; distribuyólo y enriquecióse su ejército. La parte (2) que habia reservado al emperador, fué enviada al puerto en que Fernando debia embarcarse; y este vino, con el corazon lleno de tristeza, á despedirse de Ataliba.

Habia concebido por el Inca aquella amistad noble y tierna que la virtud en la desgracia inspira á las almas generosas: dulce apoyo que el cielo reserva algunas veces al hombre justo á quien se oprime, para ayudarle á sobrellevar el peso de la abrumadora adversidad. Vengo á despedirme de tí, le dijo, me envian á España: mi deber me aleja de tí: pero llevo conmigo la esperanza de servirte, y de volverte á ver libre, justificado, restablecido sobre el trono, y de abrazar en él á un héroe á quien he respetado en las cadenas. — ¡Ah! generoso amigo, le dijo Ataliba, envolviéndole en sus yerros, y estrechándole entre sus brazos, ¡tú

---

(1) *Zazate asegura que Pizarro hizo dar mil pesos de oro, ó veinte marcos, á cada uno de los soldados de Almagro. Benzoni dice, que lo que distribuyó Pizarro fué* 500 *ducados á los unos y* 1,000 *á los otros.*

(2) *El quinto.*

me dejas! yo soy perdido. — ¡Y qué! le dijo Fernando, mis hermanos.... nuestros amigos.... — Ellos no tendrán tu valor, y Pizarro, por salvarme, no se espondrá á perderse. Mira, añadió, mira á ese hombre arrogante y soberbio que parece engordado con sangre (era Alfonso de Riquelme), y aquel otro que, con semblante taciturno nos observa (era Almagro); ellos no aguardan sino tu ausencia para hacerme perecer. No nos volveremos á ver mas. Adios por la última vez.

CAPÍTULO LII.

LLEGANDO AL PUERTO DE RIMAC, FERNANDO SE DEJA CONMOVER POR EL FALSO ARREPENTIMIENTO DE VALVERDE, Y LE CONCEDE LA LIBERTAD DE IR Á VIVIR ENTRE LOS SALVAGES. — RESOLUCION TOMADA EN EL CONSEJO DE INSTRUIR EL PROCESO DE ATALIBA. — SU FAMILIA ES TRANSFERIDA Á LA MISMA CARCEL QUE ÉL. — MUERTE DE CORA SOBRE EL SEPULCRO DE ALONSO. — LA CONSTANCIA DE ATALIBA LE ABANDONA DESDE EL PUNTO QUE SE VE EN MEDIO DE SU FAMILIA.

Despues de tan triste despedida se fué Fernando á Rimac. Allí encontró al implacable Valverde, quien, bajo la capa de una humildad pura, encubria su vergüenza y su rabia. Presentóse á la vista de Fernando. Un zelo estremado ha pedido estraviarme, le dijo; yo debo espiar todos los males de que he sido causa; y cuando se me haya espuesto, en una isla desierta, á la voracidad de las fieras, no seré castigado tanto como merezco. Si me dá el cielo la fuerza de espiar sin quejarme, yo os bendeciré. Mas si me falta esta fuerza, y si la desesperacion se apodera de mi alma, ella es perdida. ¡Ah! dejadme salvarla por la penitencia.

¿Que teneis que temer de mí? Proscrito, abandonado, cuando yo fuese malo, ya he perdido el poder de hacer daño. La gracia que yo imploro es la de espiar mi delito por los mas penosos trabajos, yendo entre los indios mas salvages de esas riberas, á esparcir á lo menos alguna luz, alguna semilla de la fé. Yo no deseo sino el morir martir. A estas palabras, pérfidas lágrimas corrian de sus ojos hipócritas.

El jóven, sencillo y crédulo como todos los corazones generosos, se dejó conmover y seducir. Volvióle la libertad; y el tigre, rompiendo su cadena, ahulló de gozo y de furor.

Las prodigiosas riquezas que se acababan de repartir, no eran sino una débil porcion del rescate de Ataliba (1). Para cumplir su promesa, se iba á cargar con aquel monton increible de oro, que la floreciente Cuzco habia visto durante once reinados, acumularse en los alcazares de sus reyes y en el templo del Sol. Almagro bramaba de rabia al considerarlo. Aquella ciudad soberbia, sobre la cual está fundada su esperanza ambiciosa, será arruinada para siempre; y cuando el rescate del Inca, no agotase aquellas riquezas, Pizarro solo dispondria de ellas, mientras este rey estuviese vivo. Tal fué el grande interés que le hizo solicitar su pérdida, y apresurarla con ardor.

Primero, por falsas promesas de usar de indulgencia con él, quiso se le empeñase en hacer la confesion de su delito, para obtener su perdon. Pero aquel desventurado príncipe, conservando en las cadenas la noble altivez de su sangre: A los criminales, dijo, es á quienes se perdona; pero yo soy inocente. Hablósele de la clemencia del príncipe á nombre del cual se le

---

(1) *La quinta parte.*

iba á juzgar. Mucho necesitará tener, dijo, para perdonar mi muerte á mis acusadores; pero, para con un rey su igual, que nunca le ofendió, su clemencia es inútil. Sea justo, y yo no temo nada.

A unos ánimos que estaban en la persuacion de que su delito era manifiesto, este orgullo pareció condenable. Votóse entonces, el ponerle en juicio, pues que tenía la audacia de pedirlo él mismo; y entonces fué cuando Pizarro hizo los mas generosos esfuerzos para salvarle. Espuso que el consejo establecido en su campo no estaba hecho para juzgar á los reyes; que un teniente de Ataliba habia podido creer servirle, encargándose por él de un fratricidio, sin que este príncipe fuese instruido de él, y sin que hubiese dado su consentimiento para efectuarlo; que se pudo del mismo modo, sin darle cuenta, intentar el libertarlo, y que, lejos de ser criminal, aquel zelo fué justo y laudable; que la conducta del Inca, llena de dignidad, de candor y de rectitud, no dejaba apariencia alguna á las sospechas con que le habian ultrajado; pero que, si fuese culpable, estaba reservado al emperador el darle jueces, y que él reclamaba en su nombre tan santo y augusto privilegio. Añadió que en sus cartas informaba al emperador de cuanto se habia pasado; que aguardaba su voluntad soberana, y que todo seria suspendido hasta la vuelta de Fernando.

Riquelme entonces tomó la palabra: Vais, dices, á informar al emperador, mas ¿de qué? de tu opinion, sin duda, y de la de un corto número de tus amigos que, como tú, han podido dejarse engañar. ¿Así es, Pizarro, como debe instruirse una causa tan grande? Yo, yo pido que el consejo oiga y juzgue á Ataliba, y que el proceso, revestido de la autenticidad de las leyes, sea deferido al tribunal supremo, en donde será decidida la suerte de ese usurpador, á quien tú llamas rey.

Este dictámen pareció prudente y moderado al mayor número; y Pizarro, viendo que sus amigos mismos se inclinaban á seguirle, cedió. Pero, como habia esperimentado que la naturaleza tenia aun derechos sobre los que queria aplacar, pensó que era preciso primero conmoverlos; y bajo un pretesto aparente de prudencia y seguridad, hizo venir de Riobamba la familia del rey cautivo, para reunirlos todos en la misma prision.

Fué por cierto un espectáculo bien digno de compasion, al ver aquellos niños, aquellas mugeres, llegar cargados de cadenas al palacio de Casamalca. ¡La inocencia en la desgracia es siempre interesante! Pero cuando sobre la frente de los desgraciados, queda alguna señal de gloria, y se vé en el abatimiento á los objetos del homenage y de la veneracion de los pueblos, la desgracia entonces parece mas injusta, porque es mas afligiente.

Veíase á aquellos ilustres cautivos, tristes, abatidos, llorosos, con los ojos bajos y llenos de lágrimas, caminando á pasos lentos por aquellas campiñas desoladas, y humeando todavia con la sangre que se habia derramado en ellas. La compañera de Aciloé, Cora, no lloraba: una palidez mortal hallábase esparcida sobre su rostro; y el fuego sombrio y devorador que enardecia sus ojos, habia agotado la fuente de sus lágrimas. Sus miradas, tornando de aquí para allí, buscaban en aquellas pompas fúnebres la sombra errante de su esposo. ¿En donde murió, decia, ¿en que sitio espiró mi querido Alonso? ¿Donde fué la carnicería de los que aguardaban á nuestro rey? Respondióle un indio: Tú tocas ya el sitio. Ahí, en ese lugar mismo estaba el trono del Inca, y al rededor de él murieron todos sus amigos: ahí están enterrados. Alonso estaba á su frente, y aquella pequeña

eminencia que tú ves, es su sepulcro. A estas palabras que conmueven el corazon de la tierna esposa de Alonso, un alarido espantoso parte del fondo de sus entrañas. Ella se precipita, cae despavorida sobre aquella tierra húmeda todavía, y aun no cubierta por la yerba; abrázala con el amor con que habria abrazado el cuerpo de su esposo; resiste al afan con que se procura arrancarla del sepulcro, y cuando quieren hacerla violencia, no parece sino que van á despedazarla el corazon. En fin, el esceso del dolor, rompiendo los nudos con que la naturaleza retenia aun en su vientre el fruto de un desgraciado amor, ella espira siendo madre. Pero este esceso de la desesperacion, no ha sido mortal para ella sola; el niño que ha dado al mundo tambien fué víctima del infortunio.

Hasta aquella época la constancia de Ataliba era el asombro de sus crueles perseguidores; pero aquella alma, que el infortunio habia elevado y fortalecido, cuya altivez tranquila desafiaba á los reveses mas arduos, se abatió de repente cuando vió en su prision á sus mugeres é hijos, cargados de yerros como él, arrojarse en sus brazos y caer todos juntos á sus rodillas. Túrbase; llénanse de lágrimas sus ojos; recibe en su seno, con un dolor profundo, á sus esposas é hijos; estréchales contra su pecho; mezcla sus suspiros á las quejas de ellos; olvida que su debilidad tiene por testigos á sus enemigos, ó mas bien no se desdeña de mostrarse esposo y padre.

Pizarro, observando en los ojos de sus compañeros enternecidos la misma compasion que esperimentaba él mismo, tuvo placer en ello; se alegró tambien de ver á Ataliba menos orgulloso y ordenó que le dejasen solo con sus mugeres é hijos.

Entonces fué cuando la naturaleza, abandonada á sí misma, dió un libre curso á todos los movimientos

del dolor y del amor. Bañado de un diluvio de lágrimas, Ataliba vé á sus hijos besar sus cadenas y preguntarle, ¿que mal hemos hecho? ¿cual es el delito de sus madres? ¿y si les han reunidos para morir juntos? Esposo tierno y buen padre, él echa una mirada lánguida sobre su familia desconsolada, y su corazon, oprimido de dolor, de compasion y de temor, no responde sino por sollozos.

CAPÍTULO LIII.

JUICIO DE ATALIBA.—USO QUE VALVERDE HACE DE SU LIBERTAD. — DASE GARROTE AL REY EN SU PRISION. —PIZARRO SE RETIRA Á LIMA. — EL PERU ESTÁ EN REVOLUCION COMPLETA POR LOS ESTRAGOS DE LOS ESPAÑOLES.— DESTRÚYENSE ESTOS ENTRE SÍ.— PIZARRO MUERE ASESINADO.

Llega el dia fatal y júntase el consejo. Formábanle los mas antiguos y de mas alto grado entre los guerreros castellanos. Pizarro presidia en él; pero Almagro y Riquelme estaban sentados á sus lados. Un silencio terrible reinaba en la asamblea. Comparece Ataliba; interrógaule; él responde con aquel noble candor que acompaña á la inocencia. Recuérdanle el destrozo de la familia de los Incas; opónenle los testigos del asesinato del rey del Cuzco, y del proyecto formado para sacarle á él mismo del palacio de Casamalca. La verdad hace su propia defensa. Él les espone en pocas palabras la causa y las desgracias de

la guerra civil; cuanto hizo por desarmar el inflexible orgullo de su hermano, y aun, para aplacarle despues de haberle vencido.

Si se hubiera podido querer su muerte, se le habria dado cuanto sublevaba á sus pueblos contra mí; cuando, desde el fondo de su prision, encendia todavia el fuego de la guerra; entonces era cuando este delito hubiera debido tentarme, por ser útil á mi grandeza y al reposo de este imperio. Yo no desconocí mi sangre; yo no quise derramarla, y si en los combates, sin mí, lejos de mí, y á pesar mio, el ciego ardor de mis soldados no ha respetado nada, mi defensa me obligó á ponerles las armas en la mano. Castellanos, mi victoria me ha costado mas lágrimas que las que harán derramar las desgracias que esperimento. Ved, prosiguió, si yo he hecho mi reinado odioso á mis pueblos. Yo he caido del trono; mi cetro se rompió; todos mis amigos han muerto; yo estoy solo en las cadenas con mis mugeres é hijos; nada hay que temer, ni que esperar de mí. En el estremo de la desgracia y de la flaqueza, es donde se puede conocer á un buen rey, y distinguirle de un tirano; ahí es donde resalta el odio público, ó se señala el amor. Contemplad pues, lo que yo he dejado en los corazones, y si se trata así á un malvado ó á un culpable. Ese respeto tan tierno y puro, esa fidelidad constante, esa obediencia á la vez tan profunda y voluntaria; en fin, ese amor de mis pueblos para con un desgraciado cautivo, esos son los mejores testimonios contra la calumnia; á menos que este triunfo no esté entre vosotros reservado al crímen tocándole á la virtud. Este momento, juez de mi vida, está á vuestra vista, y á él es á quien yo apelo. No, por mucho que se os diga, no creais jamas que el que en su prision, en el indigno estado en que me veo, hace aun adorar su

voluntad sin fuerza, y vé á sus pueblos venir á obedecerle, ó regar sus cadenas con lágrimas, no creais, repito, que haya sido sobre el trono injusto y sanguinario. Vosotros me habeis visto en los yerros tal cual se me habia visto en el trono, sencillo y verdadero, sensible á la injuria, pero mas aun á la amistad. Me acusan de haber intentado libertarme, y querido sublevar á mis pueblos contra vosotros. Jamas lo pensé; pero, dado caso que hubiese pensado, ¿seria esto un delito? Mirad esos llanos ensangrentados; ved las cadenas con que habeis amarrado las inocentes manos de un rey, y juzgad si para salvarme no me hubiera sido todo lejítimo. ¡Ah! vosotros habeis justificado demasiado lo que la desesperacion hubiera podido inspirarme. Sin embargo, yo pongo al cielo por testigo de que, habiéndome dado Pizarro su palabra y la vuestra de dejarme la vida, volverme la libertad, conservar mi familia, y dejar en paz al resto de mis pueblos desventurados, yo he puesto mi esperanza en él, y no me he ocupado de otra cosa que de hacer amontonar el oro prometido por mi rescate. Mi dios que sin duda es el vuestro, lee en mi corazon, y me es testigo de que os digo la verdad. Pero, si es poco la inocencia para conmoveros, ved mis desgracias. Yo soy padre, esposo y rey. Juzgad el dolor de mi corazon. Habeis querido verme con el todo humillante de la súplica; aquí me teneis de este modo, trayendo á vuestros pies las lágrimas de mis pueblos, las de mis débiles hijos y de sus sensibles madres. Ellos, por lo menos, son inocentes.

Este lenguage sencillo y lastimoso enterneció á algunos de los jueces, y Pizarro no dudó que les hubiese persuadido. Hacen salir á Ataliba, y levantándose los jueces, recógense los votos.... ¡Cual fué la sorpresa de Pizarro y de sus amigos, al oir que el

mayor número opinaba por la muerte! Al punto reclaman contra esta sentencia inicua: recuerdan al consejo la palabra que tiene dada de enviar esta causa al emperador despues de haberla instruido. Riquelme lo habia propuesto; todo el consejo habia suscrito á ello; ninguno se atrevia á negar este consentimiento unánime; y Ataliba condenado, tenia á lo menos la esperanza de pasar á España y de ser oido y juzgado allí en presencia de un rey. Pero la negra furia que perseguia sus dias no quiso dejar su presa.

Valverde, escapado de las cadenas y puesto en libertad, vuelve con la rabia en el corazon, disfrázase y entra incógnito en Casamalca en medio de una noche obscura. Era la hora en que Almagro, con sus partidarios, urdia sus tramas tenebrosas. El aleve se presentó á su vista. Amigos, dice, reconoced la fidelidad de las promesas del que dijo al justo: Hallarás el aspid y el leon. Vosotros me habeis visto cargado de cadenas, proscrito, enviado sobre la flota, para ser abandonado en alguna isla desierta, en donde estuviese espuesto á la voracidad de las fieras; vedme en medio de vosotros. Dios ha desecho los lazos del malvado; se ha burlado de los consejos del impio; ha tendido la mano al débil inocente y perseguido. Pero vosotros, guerreros á quienes él ha escogido para defender su causa, á quienes ha revestido de valor para vengarle, ¿que haceis? Consentireis que Pizarro envie á España un tirano, su amigo, vuestro acusador, él que puede por sus riquezas ganar la corte y el consejo; él que, si se le escucha, os denunciará á todos, como viles bandidos, como cobardes asesinos, hechos al asesinato y á la rapiña, sin fé, sin pudor, sin piedad, indignos del nombre de hombre, y aun tambien del de cristianos? ¿En que pensais? ¿porque ley podreis librar al criminal del suplicio? Ese usurpador,

ese tirano, ese fratricida, está convicto; está juzgado: ¿porque no ejecutar la sentencia que le condena? Que muera y todo está concluido.

La atrocidad de tal consejo asombró á los mas intrépidos. Pero Valverde, sin darles tiempo para dudar, les dijo: Vuestra vida, el honor, la gloria de la religion, y los intereses del cielo penden de ahí; ¡ y el Dios vengador que me envia, os veda suspender la sentencia! Pizarro está durmiendo; todo está tranquilo, y Riquelme, que es quien ha instruido la causa, tiene el derecho de ver á Ataliba é interrogarle á cualquiera hora: ordenad que él me haga abrir la prision, y me de otros dos hombres determinados.

La importancia del delito sobrepujó al horror de esta propuesta infame; y por un silencio culpable consintieron, estremeciéndose, á lo que no se atrevian á probar. Entonces con una voz mas suave, Valverde volvió á tomar la palabra. Quitando la vida á un infiel dijo, no perdamos de vista el cuidado de la salvacion de su alma. Yo quiero purificándole con las aguas del bautismo, hacerle á él mismo la muerte preciosa, tanto como es justa, y santificar el homicidio que nos está prescrito por la ley.

La familia de Ataliba, cansada de tanto llorar, estaba toda dormida al rededor del rey. Pero aquel príncipe, agitado por funestos presentimientos, no habia podido cerrar sus párpados. Oye abrir su prision. Ve entrar á Riquelme, y con él, á tres hombres embozados en unas grandes capas. Un movimiento de espanto se apodera de él: levántase, y venciendo su debilidad, va al encuentro de ellos: Inca, le dijo Riquelme, alejémonos; nō dispertemos á esas mugeres, ni á esos niños. Es muy justo que la inocencia duerma en paz. Escúchanos. Tú estás juzgado y condenado; el fuego seria tu suplicio, segun el rigor

de la ley, pero depende de tí el librarte de las llamas, y este varon religioso que vas á oir, viene á ofrecerte un medio para lograrlo.

Escúchale el príncipe, y palidece. Yo sé, dijo, que el consejo me ha juzgado; ¿mas no deben enviarme á la corte de España, y reservar á vuestro rey un derecho que pertenece esclusivamente á él? Créeme, prosiguió Riquelme, los momentos son preciosos, escucha á ese hombre virtuoso y sabio, que se interesa en tus desgracias. Valverde, entonces, volvió á tomar la palabra. — ¿No quieres, le dijo, adorar al Dios de los cristianos? — Seguramente, dijo el infeliz príncipe; si como se nos anuncia, es un dios benéfico, un dios poderoso y justo; si la naturaleza es obra suya; si el sol mismo es uno de sus beneficios, yo le adoro con la naturaleza. ¿Que ingrato ó que insensato será quien le niegue su amor? — Y tú, le pregunta Valverde, ¿deseas ser instruido de las santas verdades que él nos ha revelado, conocer su culto, y seguir su ley? — Yo lo deseo ansiosamente, respondió el Inca. Anhelando por abrir mis ojos á la luz, ilustréseme, y yo creeré. — Gracias á Dios, repitió Valverde, vedlo aquí dispuesto cual yo lo deseaba. Implórale de rodillas, á ese Dios de bondad y de clemencia, y recibe el agua saludable que regenera á sus hijos. El Inca, con un espíritu humilde y una voluntad docil, inclínase, y recibe de rodillas el agua santa del bautismo. Tienes ya el cielo abierto, díjole Valverde, y los momentos son preciosos. Al instante, hace señal á los dos satélites, y asesinan al Inca.

Desde el amanecer, la noticia de su muerte se esparció por los lamentables gritos de sus hijos y de las madres de estos. Horrorizáronse algunos españoles; pero el mayor número aplaudió la audacia de los asesinos, y creyóse hacer harto con dejar la vida á las

mugeres y á los hijos de aquel príncipe desventurado, abandonados, desde aquel momento, á la piedad de los indios.

Pizarro indignado, aburrido, cansado de luchar contra el crimen, despues de haber cargado de maldiciones á aquellos execrables asesinos y á sus partidarios, se retiró á la ciudad de los reyes (1), que empezaba á levantarse. La licencia, el latrocinio, la rapacidad furiosa, el asesinato, el saqueo no tuvieron freno; no se vió sobre la superficie de aquel vasto continente sino poblaciones de indios caer huyendo en los lazos y bajo el acero de los españoles. De las costas de Méjico llegó aquel mismo Alvarado, amigo de Cortés, y azote de ambas Américas. Rival de los nuevos conquistadores, fué á arrojarse sobre su presa y á saciarse de oro y de sangre. En toda la estension de aquel imperio inmenso, todo fué asolado y destruido. Una multitud innumerable de indios fueron degollados; los demas, casi todos encadenados, fuéron á perecer en las concavidades de las minas, envidiando mil veces la suerte de los que habian sido degollados.

En fin, cuando aquellos lobos carniceros se hallaron embriagados con la sangre de los indios, su rabia furibunda se tornó contra ellos mismos. Los gritos de la sangre de Ataliba se habian levantado al cielo. Casi todos los que habian contribuido al delito de su muerte sufrieron su pena: y mientras que los unos, cogidos por los indios en lugares estraviados, espiraban bajo el nudo fatal, los otros se degollaron entre sí. El execrable Valverde (2) capitaneando una cuadrilla

---

(1) *Lima.*

(2) *Esta accion execrable de Ihipólita Valverde hace gemir la humanidad.*

de aquellos foragidos en perseguimiento de los indios refugiados en los bosques, cae en manos de los antropófagos, y desgarrado vivo, devorado por pedazos, antes de espirar, muere con la blasfemia en la boca. Perjuro y traidor para con Pizarro (1), Almagro fué castigado con el mas vergonzoso suplicio, y su cobardía puso el colmo al justo oprobrio de su muerte. Pizarro, cuyo delito fué el de haber abierto la puerta á tantos delitos, vendido por los suyos, murió asesinado. Abrumado por el número, sucumbió, como grande hombre que menospreciaba la vida, y que arrostraba la muerte. Despues de él, la guerra se encendió entre sus rivales y sus hermanos. Cuzco, saqueada, desierta, vió sus campos cubiertos con los cuerpos de sus tiranos. Las márgenes del rio de las Amazonas fueron enrojecidas con la sangre de aquellos á quienes habian visto asolarlas; y el fanatismo, rodeado de asesinatos y despojos, sentado sobre montones de muertos, dió gracias al cielo por haber coronado su obra infame.

---

(1) « *Señor (juró Almagro sobre una hostia* « *consagrada en favor de los derechos de Pizarro),* « *si yo violo el juramento que aqui te hago, quiero* « *que me confundas, y que me castigues en mi cuer-* « *po y alma.* » *Él fue perjuro á este juramento.*

FIN

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO SEGUNDO.

		Pág.
CAP. XXVI.	*Habiendo amagos de guerra civil en el reino de los Incas, etc.*	1
CAP. XXVII.	*En un sacrificio hecho al Sol por el feliz éxito de la embajada, etc.*	10
CAP. XXVIII.	*Erupcion del volcan de Quito.*	16
CAP. XXIX.	*Embajada de Alonso, etc.* . .	25
CAP. XXX.	*Descripcion del Cuzco, etc.*	32
CAP. XXXI.	*Descripcion de los contornos del Cuzco, etc*	39
CAP. XXXII.	*Frústranse de repente las esperanzas de paz, etc* . .	44
CAP. XXXIII.	*Ataliba, rey de Quito, junta su ejército, etc*	49
CAP. XXXIV.	*Huascar rey de Cuzco, marcha á la frente de sus pueblos.*	57
CAP. XXXV.	*Sublevados los canarinos en favor del rey de Cuzco, etc.*	65
CAP. XXXVI.	*Llevan el cadáver del jóven príncipe á su padre, etc.*	74
CAP. XXXVII.	*Regreso de Ataliba á Quito con el cadáver del jóven príncipe*	81

Pág.

CAP. XXXVIII. *Fiesta de la paternidad, etc* 85
CAP. XXXIX. *Cora es convencida de haber quebrantado sus votos, etc.* 93
CAP. XL. *Cora comparece ante su juez* 97
CAP. XLI. *Viage de Pizarro á España.* 105
CAP. XLII. *Gonzalo, hermano de Pizarro, viene á verle, etc* . . 114
CAP. XLIII. *Al llegar á Santo Domingo, Pizarro encuentra á Las Casas, etc* 124
CAP. XLIV. *Parte Pizarro de Santo Domingo, etc* 132
CAP. XLV. *Un fuerte que Alonso de Molina hizo construir en Tumbés, es atacado por los españoles, etc.* 138
CAP. XLVI. *No habiendo tenido buen exito el asalto, sitian el fuerte, etc* 149
CAP. XLVII. *Ataliba hace campar su ejército, etc* 159
CAP. XLVIII. *Alonso, en el campo indiano recibe cartas de Pizarro y de Las Casas, etc* 163
CAP. XLIX. *Entrevista de Pizarro y de Ataliba, etc* 170
CAP. L. *Pizarro va á ver á Ataliba en su prision, etc* 179
CAP. LI. *Llega Almagro de Panamá.* 189
CAP. LII. *Llevando al puerto de Rimac, etc* 199
CAP. LIII. *Juicio de Ataliba, etc* . . . 205

FIN DEL INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

En la misma imprenta y librería de Juan Oliveres y Gavarró, se hallarán las obras siguientes:

Defensa de los Pueblos contra la tiranía de los Reyes: por Gerónimo Spanzotti; traducida del italiano: 1 tomo 8.

Ruinas de Palmira ó Revoluciones de los Imperios. Por Volney: 1 tomo 8 láms.

El Eusebio: por Montengon; 4 tomo 8.

Palabras de un Creyente: por el abate de Lamenais; un tomo en 8.

La Moral Universal: por el baron de Holbach; 3 tomos en 8 mayor, láms.

Aventuras del Barancito de Foblas: 4 tomos en 8 láms.

La Victima del despotismo ó la España en cadenas, bajo el poder arbitrario de Fernando de Borbon. un tomo en 8.

Carlos y Cromwell, los dos Cadáveres: por Soulié: 2 tomos en 18.

Julia, ó la Nueva Eloisa; 3 tomos 8 láms.

Cartas de Abelardo y Eloisa; 1 tomo en 16 láms.

La Abadesa, ó las intrigas inquisitoriales: por W. C. Ireland; 2 tomos 16.

El Solitario del Monte Salvage: por el vizconde de Arlincourt, 2 tomo 16.

La Estrangera ó la muger misteriosa: por el mismo autor: 2 tomos 16.

Los Rebeldes en tiempo de Carlos V.: por el mismo.

Derechos del Hombre: por Foz, 1 tomo en 8.

Matilde ó las Cruzadas y su continuacion: 4 tomos 8 láms.

Manual de Barnices y Charoles; 1 tomo 8 lám.
Chantreau (Gramática Francesa). 1 tomo 4.
Fray Gerundio de Campazas: 3 tomos 4.
Eusebio de los Niños: 4 tomos 8.
Matilde de Rokebi por Walter Scott: un tomo 8.
La Loca: (Drama). un tomo 16
El Fratricida: (Drama) 1 tomo 16.
La Enemiga de los Hombres, ó una Estratagema: (Drama) 1 tomo 16.

SUSCRIPCION.

Tesoro del Comercio, ó sea Biblioteca Mercantil.

El objeto de esta obra es, dice su mismo autor en el Prospecto de la misma: «nos proponemos ofrecer al comercio y á la España, en esta *Biblioteca* muy compendiosa y sin embargo completa, todo cuanto puede necesitar el jóven que desee prepararse con estudios sólidos á recorrer una provechosa y honorífica carrera, el padre de familia ocupado en formar y dirijir la edad tierna del hijo que le debe un dia descansar y por último reemplazarle, no menos que los directores de escuelas comerciantes, con todos los tratados elementales que deden entrar en la educacion comercial mas distinguida.

Dicha obra sale por entregas que cada una consta de 40 páginas en 4; con varios Mapas, Cuadros sinópticos, etc. etc.; de buenos carácteres de letra y buen papel. El tomo 1° y 2° han salido ya.

Se suscribe en la librería de Juan Oliveres y Gaarró calle de Escudellers, n. 25.

GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00060 6877